842591

Oliverio Coelho

Tierra de vigilia

Ediciones Simurg
Buenos Aires
2000

Este libro fue publicado mediante un subsidio a la creación de la Fundación Antorchas, Concurso 1999 de Becas y Subsidios para las Artes

TAPA: *El turbante* (1910), de Alexei von Jawlensky

ISBN: 987-9243-56-0

© Oliverio Coelho, 2000

© Ediciones Simurg
Jerónimo Salguero 33 6° D
1177 Buenos Aires - Argentina

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

A mis padres

"Nunca sirve, con el mero fin de consolarse de él, ennoblecer un destino que es forzoso padecer."

Gesualdo Bufalino

"Vaya tipo. Atiza el fuego que lo devorará."

Giuseppe Tomasi di Lampedusa

I

No había podido adaptarse a la imposición de viajar sin pertenencias, despojado; apenas le habían permitido cargar con su propio cuerpo. Había sufrido la falta de sus objetos, de su ropa, como si se tratara de la ausencia de un ser querido. Demasiado acostumbrado a los trenes, a tener el equipaje a la vista. Ahora advertía lo peligroso de los hábitos demasiado arraigados: más que implicar algún virtuosismo, producían una incomprensión torpe —e infantilmente dolorosa— frente a situaciones y condiciones de lo cotidiano.

Apenas el avión aterrizó, empezó a pensar que en realidad esa máquina no era tan siniestra; no parecía más impúdico que un autobús, aunque era menos privado y poseía más salidas y más aire... Y era más misterioso, desde luego, porque los pasajeros padecían desamparo y una inclinación perniciosa a revelar historias bajo la inti-

midad de lo ajeno. Lo cierto —si en lo cierto hay más que un artificio literario— es que Germán amaba los trenes; le fascinaba el mundo azaroso que se desenvolvía en los corredores, donde a veces no podían pasar al mismo tiempo dos individuos, y en los compartimentos, ese espacio íntimo y tenaz en el que los pasajeros se hacían cómplices de una familiaridad que no llegaban a desentrañar. Había algo pavoroso y placentero en la complicidad: no consistía más que en tantear disimuladamente las presencias e improvisar un lenguaje tímido y secreto que sólo los pasajeros conocían. Al fin y al cabo todos se servían de ella para superar la extranjeridad que exhalaban los vagones a través de los sonidos y de los paisajes calcinados por la velocidad.

Los aviones representaban para Germán algo totalmente distinto. No había complicidad, porque resultaba imposible humanizar la atmósfera de esa máquina; debía permanecer cristalizado en el desamparo, en el tormento físico de no poder mover los miembros ni pararse, pues adelante, atrás o a los lados, había alguien en el mismo estado de incomodidad. Además, al contemplar a los pasajeros, revivía temores infundados de la infancia; en los rostros, en la espera y en el sueño nervioso de algunos, intuía el miedo a la muerte: se preguntaban si llegarían a destino, y en la pregunta misma estaba implícito el temor a sufrir la casualidad humillante de morir en un avión.

—Son lentos estos hombres —dijo una anciana de aspecto mañoso que había viajado junto a Germán y había pasado varias horas de vuelo hurgando una cartera demasiado pequeña para justificar semejante artificio—. ¿Usted tiene la visa?

Germán asintió, mientras hacía la cola de migraciones, sin decir palabra alguna, y desvió la mirada, porque intuyó que unas pocas palabras conferirían a la anciana el derecho —o el deseo— de tejer un discurso interminable. Empezó a padecer una suerte de emoción contenida... El vuelo había terminado. Ansiaba otra experiencia similar; gozar, gozar de la ausencia de temor que siempre intuía en los hombres que lo habían probado todo. Algo similar había experimentado después de hacer el amor por primera vez. Hasta entonces aquel acto había estado rodeado de un misterio pavoroso. A través de enseñanzas religiosas que él mismo urdía sin auxilio de libros sagrados, había alcanzado la certeza científica de que el acto sexual era propio de las bestias esclavizadas por el instinto. Pero una vez experimentado, todas las conjeturas se desvanecieron, y al día siguiente sufrió la necesidad sofocante de repetirlo y llevarlo hacia un horizonte que su juventud aún desconocía. Desde ya que al liberarse de las conjeturas se había desembarazado de Dios, y con él de sus propias enseñanzas y certezas caprichosas. A medida que se habían multiplicado sus prácticas sexuales, Germán se había transformado en un firme y exquisito ateo que a veces entraba en las iglesias para respirar el

aire reseco de la infancia. Cerraba los ojos y tenía la impresión de que era el niño frágil de hacía décadas, y sentía en la carne el temor despacioso que erizaba su piel cuando observaba la figura de Cristo agonizando en una sórdida cruz que nunca había comprendido. ¿Por qué una cruz y no una X o simplemente un poste? La melancolía entonces cerraba su garganta; lo invadía el enmudecimiento que antaño carcomía su interior y que luego se derramaba en los brazos puros y alargados de su madre. A pesar del tiempo aún pesaba sobre él la infancia, e incluso, cuando cerraba los ojos en la oscuridad airosa de los templos, revivía imágenes de la fiesta tormentosa y melancólica de sus primeros años de vida. A veces creía descubrir —sólo lo creía, porque en cuanto su hallazgo se tornaba evidente perdía consistencia— que regresaba a las iglesias para palpar la mano áspera y fresca de su madre; era como sentirla viva, respirando sobre su nuca las palabras profusas de un rosario. Extendía el brazo, buscando su presencia, y ante el vacío abría los ojos húmedos y se descubría a sí mismo, envejecido y solo, y se ponía de pie para transitar con lentitud la nave principal hacia la salida.

Un hombre moreno, de mirada cansada y pulcramente vestido, estampó de un golpe el sello en su visado. Germán tomó su viejo pasaporte y se despidió en inglés. Esperó una respuesta, inmóvil junto a la casilla, pero el empleado, enajenado en su devoción por la burocracia, ya fijaba

los ojos en una señorita para verificar si su rostro se correspondía con la foto del pasaporte. Guardó el pasaporte en el bolsillo interior de su saco, donde a menudo metía todo tipo de objetos, desde caracoles a papeles escritos y sucios que recogía en las calles y conservaba en su colección de caligrafías ajenas. Se dirigió hacia la salida y se detuvo a contemplar el horizonte anaranjado y casi desvanecido apretándose sobre una tapia de cemento. La imagen encarnaba en el cielo algo del artificio femenino; los colores borrados de la tarde exudaban la belleza de una mujer madura. Podía comprender el cuidado oscuro que ellas se prodigaban sobre la piel; podía desentrañar el modo árido de exhibirse frente a los espejos; llegaba incluso a admirarse de su propia intolerancia frente a una feminidad envejecida, turbia como la del atardecer. Las mujeres maduras siempre habían escondido algo maternal, algo que las entorpecía; por ello quizás solía frecuentar jovencitas, mujeres que podía limitar con su propio deseo. Una mujer de su edad le parecía ilimitada, incontenible como una madre, y sumirse en el calor ostentoso de su cuerpo era como arrojarse a un río e intentar nadar contra la corriente. Además las jóvenes se amoldaban con más facilidad a la carencia de necesidad estética que presumía en sí: para él la juventud podía suplir sin problemas la belleza. Y mientras observaba a través de la ventanilla de un taxi cómo el atardecer caía empañado en Estambul, advertía que hacia las mujeres de su edad guardaba el mismo temor que lo había alejado de

los aviones durante años; el temor que en las antiguas tribus se tenía hacia lo sagrado, hacia el punto céntrico que ordenaba los ritos. En el fondo, dentro de su fértil ateísmo, había restos de una arraigada superstición, y el primero no era sino una excusa para esconder, como se esconde algo prohibido, esto último.

II

"Soñar es la evidencia del pecado", decía su madre cada mañana con tono distraído e inocente mientras echaba una densa cucharada de miel en su taza de té. Y cada mañana esa frase que en sus labios sonaba tan ligera y profana, parecía nueva, reveladora, y Germán intuía en ella un mensaje destinado a reforzar el del día anterior: tenía la convicción infantil de que no comprender el sentido de la frase era como olvidarla cada día. Tal vez fuera demasiado joven para comprenderla o deducir de ella un mandato; incluso para preguntarse si detrás de esas palabras había un significado o varias alusiones. En ellas hallaba un sonido tan misterioso e incausado que hurgarlas e ir más allá de la superficie pulida y húmeda que se revelaba en los labios de su madre, equivalía a forzar una puerta que no estaba destinada a ser abierta, o peor aún, intentar violar una puerta que no existía.

Doña Angélica en ese entonces procuraba no hablar demasiado, o en el mayor de los casos usar siempre las mismas palabras sin inclinarse, como los oráculos, por algún sentido en particular. Su religiosidad tenía un atributo ilimitado, expansionista a tal punto que su cuerpo y las paredes de la casa estaban pobladas de cruces que minuciosamente limpiaba, como si en ese acto derrochara todas las caricias que se había privado de prodigar a los hombres y en especial a su difunto marido. Aun así no quedaba satisfecha y extendía su fervor al cuerpo bien aseado de sus hijos: Germán había arrastrado tantas cruces desde su nacimiento que en la adolescencia las exhibía con una naturalidad tal que parecían partes de su cuerpo. Por lo demás, Doña Angélica no se tomaba más derechos que la frase matinal y el exceso de cruces para forjar la obsoleta vocación religiosa de sus hijos. Creía que todo debía revelarse a su debido momento y que por eso sus dos hijos no estaban capacitados para comprender la palabra divina; a edades tan prematuras, pensaba, los niños sólo podían entender ídolos, lo cual, por otro lado, les servía para sofocar temores caóticos hacia el mal y hacia "Lúcifer". Cosa entendible, porque quien creía en Dios no podía negar a "Lúcifer", y en rigor no podía sopesar sus influencias en el mundo sino a través de la experiencia. Doña Angélica escondía la certeza morbosa de que la presencia de cruces espantaba en los niños la curiosidad e incluso la necesidad de experimentar el mal, cuya consecuencia inmediata debía ser la fascinación des-

preocupada por el bien y por el sufrimiento ajeno —y no por el propio.

Germán a menudo era objeto de mayores cuidados que su hermano menor, Pietro, quien mostraba una apatía terminal cuando se lo llevaba "de paseo" a la iglesia. "Es una piedra; no tiene sentimientos", había oído que su madre le decía a una vecina durante una quieta e iluminada tarde de verano, y desde entonces había empezado a experimentar cierta desconfianza hacia Pietro. Dormían en el mismo cuarto; compartían la misma ropa, porque Germán tenía un talle anómalo para su edad o, como prefería explicar su madre, Pietro había crecido demasiado, más de lo necesario. Las noches siguientes Germán empezó a advertir que su hermano se dormía sin rezar, sin dar signos de vacilación o arrepentimiento. Primero atribuyó su descubrimiento a una incapacidad propia para percibir las plegarias de un indolente; luego reparó, casi con decepción, en que la inexpresividad de Pietro se trasladaba a cuanto lo rodeaba, de modo que él, bajo el aura de su poderosa apatía, quedaba protegido de palabras e inclinaciones ajenas. Sin embargo no concebía la idea de que alguien pudiera entregarse al sueño sin resistirse; envidiaba el don de su hermano para transgredir el llamado de la culpa, para ignorar los deberes cristianos, para evitar el mundo, el desamparo y la vergüenza. ¿Cómo se entregaba a sí mismo con tanta despreocupación, como si no temiera nada? ¿O cómo, si temía soñar, podía desear dormir? A la desconfianza que le inspiraba su desidia se sumó

el misterio que irradiaba su cuerpo enfermizo, indefinible. Germán pasaba horas acurrucado en un hueco de penumbra, reclinado sobre un catre, mirando la silueta de su hermano dormido. A veces una luz de la calle atravesaba la ventana e iluminaba su rostro pulido y tenso, y creía que Pietro en realidad estaba muerto y no durmiendo. Pero luego, cuando volvía la oscuridad temblorosa, la oscuridad leve y apretada que proyectaban los muros gruesos y los techos altos y fríos, tenía la impresión de que había soñado... Había soñado que su hermano estaba muerto: que el cuerpo era su tumba.

La oscuridad, interrumpida por franjas de penumbra, a menudo se transformaba en un recipiente sin bordes, pleno, en el que se sumía para aliviarse. En los demás cuartos de la casa la oscuridad era distinta, firme, casi sin profundidad, como la de dos ojos cerrados. Por eso de noche, cuando su madre ya dormía, Germán no se apartaba de su habitación. Se sentía feliz ante la ausencia de temor; sabía de otros jóvenes que no podían dormir sin luz. A veces la presencia de Pietro, estático, reforzaba su sentimiento; creía que allí había alguien a quien no conocía, su propio hermano, pero con quien compartía una nerviosa soledad. En su inercia hallaba amparo y pudor; su presencia parecía absorber el desasosiego frente a la creencia y el sufrimiento propio, inverosímil como las siestas o el amor, y por momentos ésa era su única función: aliviarlo de la culpa que le producía ser Germán, ese joven que desde temprano había asumido la respon-

sabilidad de ser un gran error.

En cierta ocasión tuvo el presentimiento de que Pietro sólo simulaba dormir. Sospechó que el acto mismo le resultaba medianamente imposible a todos los hombres. Lo llamó por su nombre y Pietro de inmediato reaccionó, entornó los párpados finos y violáceos que lo hacían más humano, y preguntó "¿Qué?". En sus gestos Germán no adivinó ningún sentimiento o inquietud; ni siquiera un resto de cansancio o fastidio... Quizás, gracias a su insensibilidad, jamás estaba dormido ni despierto, sino que flotaba, condenado a un estado vegetativo. Parecía obviar lo terrenal, ir más allá, apoyarse en ese punto invisible y doloroso que los ancianos eligen para descansar en intimidad la mirada. En definitiva todas sus impresiones podían desprenderse de un hecho: Pietro era casi mudo y de la ausencia de palabras él podía deducir una imposibilidad radical de ser humano. ¿Pero Pietro, en realidad, sólo no deseaba ser humano porque no deseaba hablar? Toda su existencia —y más tarde su ausencia— había sido un misterio alevoso. En la casa pasaba desapercibido; desde pequeño se había transformado en una suerte de fantasma cómodo e inasible que cumplía algunas necesidades, iba al colegio y volvía a la cama... a sopesar la mirada decorosa de su hermano.

—¿No temés soñar cuando dormís —preguntó Germán, aquel día, respondiendo al dadivoso "¿Qué?".

—No, yo no sueño nunca...

—Porque no hablás ni te movés.

—Sí, quizás.

—Entonces hoy vas a soñar.

—Nunca sueño.

—Hoy sí.

—No. ¿Por qué hoy si no sueño nunca?

Pietro lo miró detenidamente, los ojos cristalinos, hambrientos, casi sensuales. Germán agachó la cabeza; por primera vez temía la humanidad de su hermano; lo prefería inhumano, sin gestos, sin palabras, rendido y dadivoso ante sus ojos como un objeto. Cuando alzó la cabeza, la mirada, más templada, aún permanecía clavada en su rostro. Pietro respiraba con pesadez, como si expresarse lo fatigara.

—¿No temés soñar que dormís? —preguntó Germán cuando notó su rostro debilitado por el esfuerzo adicional que implicaba mirar, ser temido, acechar a un hermano, desear.

Era el momento para sacar ventajas: Pietro, como un animal vencido por el cansancio, estaba a su merced; había derrochado su caudal de humanidad al traducir al lenguaje carnal su fastidio y su inmenso mutismo.

—¿Nunca escuchaste a mamá? —y Germán repitió la frase que ella predicaba cada desayuno:— Deberías escucharla.

Los ojos seguros de Pietro brillaron otra vez, pero su mirada ya no tenía vigor para enfrentar ese fragmento

pulcro de realidad que era su hermano. Se incorporó sobre la cabecera de la cama. Germán lo observó, tímido y solícito, y tuvo la impresión de que era más fornido y alto de lo que siempre había supuesto; hasta entonces nunca había reparado en que sus brazos anchos y venosos y poblados de vello oscuro y arremolinado, en que sus manos profundas con dedos gruesos y uñas diminutas, parecían las de un hombre maduro. Le impresionaba ir descubriendo a su hermano como si fuera conformándolo con piezas obscenas de su propia imaginación. Sí, había algo irreal en ese torso desnudo: su proporción no se correspondía ni con la de su cabeza ni con la de sus miembros; parecía el torso de una persona insertado en un cuerpo ajeno. Presenciaba —o creaba— una escena siniestra en la que Pietro resultaba el ensamble de dos personas que no existían, pero de las cuales era el producto real.

Pietro se acomodó trabajosamente al borde de la cama y volvió a mirar a Germán como para continuar el diálogo. Sus piernas, tensas y viriles, tenían sin embargo un aire femenino en los pies pequeños y redondeados, de talones angulosos y dedos cortos. Germán no recordaba haber visto desnudo a su hermano más que parcialmente. Su desnudez, entera, revelaba un cuerpo embarazoso, macizo y deforme cuyas partes estaban incomunicadas entre sí a pesar de estar definidas por su unidad. O poseía un cuerpo desequilibrado, sin centro, cuyas partes obedecían a distintos impulsos, o era una composición ilimitada de cuerpos. Ambas alternativas, sin embargo, im-

plicaban una imposibilidad de coordinación. Tal vez Pietro parecía tan inhumano porque no se atrevía a poner en acto la complicada maquinaria de su cuerpo. Reposaba para ignorar su propia diversidad y aliviar, al mismo tiempo, su humanidad, una humanidad tan exagerada que cuando caminaba hacia el colegio cualquier espectador locuaz podía predecir que se descompondría como un castillo de cartas, empezando desde los miembros flojos hacia el centro mismo de su apariencia: el tórax ajeno.

—No dormís... —afirmó Pietro con un tono reflexivo que no exigía respuesta.

Sabía que tardaba en conciliar el sueño y que se entretenía repasando su apariencia. Él tampoco dormía; se conformaba con apretar los ojos y mantenerse inmóvil en la oscuridad ilimitada pero palpable, mientras la mirada casi sonora de Germán lo rozaba. No precisaba dormir demasiado: su cuerpo podía soportar sólo dos o tres horas de sueño; dormir más le incomodaba, sus sentidos se aletargaban tanto que despertar le demandaba un esfuerzo descomunal.

—No duermo, sí —admitió Germán—. No puedo. ¿No temés pecar?

—No, no temo pecar porque no quiero pecar.

—¿Pero cuando dormís...?

—Es imposible pecar y dormir al mismo tiempo.

—¿Y primero dormir y después pecar?

—Tampoco, es imposible, no hay relación entre dormir y pecar. Sólo es posible soñar.

Germán reflexionó en torno a esta proposición novedosa y por un momento creyó desentrañar la frase de su madre. ¿Ella le prohibía soñar para que no hubiera evidencias del pecado, o le prohibía pecar para que no soñara? ¿Dónde estaba el pecado: en el acto de pecar o en el de soñar?

Aquella noche —él tenía trece años— no hubo más palabras, pero Germán la recordaba como si entonces algo hubiera cambiado. En adelante conciliar el sueño le resultó menos trabajoso; se repetía las palabras de Pietro "Es imposible pecar y dormir al mismo tiempo", y un soplo de alivio corría por su cuerpo hacia los sueños.

Pocos años después la infancia, desovada y luego desgarrada por aflicciones y deseos vagos, se transformó en un estado ajeno e irrecuperable que asomaba desde el pasado y golpeaba su rostro con un llamado cada vez más inaudible y, por eso mismo, más violento y terrenal.

III

Los olores de Estambul eran más penetrantes por la noche, cuando el viento corría y el cielo recuperaba una luminosidad opaca. Los caminantes que a esa hora descendían por las calles angostas llevaban en los ojos la misma claridad impura; las mujeres apenas podían contener su belleza bajo ávidos ropajes negros. Germán descendió del taxi y permaneció respirando la brisa compacta con sabor a óxido y a polvo, de pie junto al conductor, que le golpeó un hombro levemente: "Pliss, ford milion, ford milion, pliss". Germán lo miró perplejo, no por la cifra, sino porque su frase encerraba una música extraña, simétrica. Experimentó una inaudita sensación de placidez: jamás había creído que en la voz humana, esa abstracción obscena, podía hallar la simetría, un exceso absoluto pero mínimo...

—¿Es acá?

El conductor asintió y pronunció "Sipahi Otel". Entonces Germán pensó, lamentándose, que su voz era como la de cualquier hombre y que en ella se había reproducido una simetría casual, irrepetible y, por lo tanto, inexistente. Le extendió un fajo de billetes y el conductor depositó a su lado la maleta marrón de cuero descascarado que Germán usaba en sus viajes a través de Europa desde la juventud. Un hombre desgarbado salió a su encuentro desde el interior del hotel y lo invitó a pasar con una amabilidad demasiado artificial para encubrir la malicia que la cortesía forzada lleva en sí. Germán se sintió algo intranquilo cuando el hombre lo tomó del brazo y quiso ayudarle con el equipaje.

—No, no, gracias, yo puedo —dijo en inglés.

—Lindos cuartos, entre —contestó el hombre en buen inglés.

—¿Usted trabaja acá?

—Sí, sí.

Germán desistió y dejó la maleta en manos del empleado. Subieron una breve escalera y entraron. El hombre se apresuró a depositar el equipaje en la recepción y lo miró fijamente, la cara ingenua, inflamada y hostil, la sonrisa tosca que denunciaba una satisfacción infame a la que estaba demasiado habituado. Se oyeron los pasos atropellados de alguien bajando las escaleras y el empleado, intranquilo, se hizo a un lado.

—Él está viniendo, espere un poco.

Un anciano diminuto de bigotes gruesos, rostro alar-

gado y piel verdosa, se ubicó detrás del mostrador y acomodó despacio algunos papeles, como si ignorara la presencia de Germán. A un lado, el improvisado botones sonreía sin apartar la mirada del nuevo huésped, de cuyo desconcierto obtenía un placer insensato y mísero como el de un engaño. Después de esperar unos minutos y soportar con estoicismo la tensión del silencio y la sonrisa obscena y los ojos sarcásticos del botones, perdió la paciencia:

—Perdone, ¿podría atenderme? ¿No ve que estoy esperando? Hice una reserva. ¿Me daría la llave del cuarto? Estoy muy cansado.

—Pasaporte —contestó el viejo descubriendo una mirada precisa y brusca como un fustazo.

—Sí, cómo no —contestó, amable y asombrado.

El mismo botones, ahora retraído, lo condujo a través de escaleras oscuras con olor a cebo, peldaños sueltos, huecos, crujientes.

—Disculpe, hoy no hay luz en la escalera. Éste es un edificio muy viejo.

Luego le comentó que su habitación era en el cuarto piso y que lamentablemente no había otra disponible. Sin embargo tenía la ventaja de estar más cerca de la terraza que otros huéspedes; incluso él, que vivía en el edificio, había anhelado dormir en la última planta, pero el administrador, desde tiempos inmemoriales, prefería alojarlo en el sótano —al que algún día lo invitaría— porque ningún extranjero estaba dispuesto a habitarlo. Se detuvo y

abrió la puerta del cuarto con cuidado.

—Aquí es...

Esperó a que Germán entrara para entregarle la maleta y preguntarle si la habitación le agradaba. Luego le enseñó una especie de cabina plástica que contenía una ducha, a cuyo lado había un lúgubre inodoro partido y sin tapas. Germán le respondió distraídamente que "sí", que el cuarto estaba bien, no porque fuera agradable o cómodo sino por el precio. Pensó que esas palabras bastarían para ahuyentarlo, pero el empleado no parecía tener intenciones de partir. Le preguntó de dónde venía, y al enterarse de que era italiano exclamó "Italia mía", y después improvisó una serie de vocablos inentendibles que aspiraban más al español que al italiano. El diálogo, de por sí árido, devino en un monólogo hasta que el botones, desilusionado por su propia incapacidad para hacerse entender y consciente de que ya no recibiría propina, hizo silencio y se retiró cerrando la puerta con un lujurioso cuidado.

IV

Despertó postrado en una cama estrecha, la nuca sobre una almohada dura y abultada; sudado y sin cansancio. No pudo recordar dónde estaba. Muros verde aguado; techos blancos y descascarados por una humedad abrasiva; una alfombra azul deshilachada y húmeda y salpicada de polvillo blanco. Entró al baño y buscó su imagen en un espejo jaspeado, quizás rajado, aunque no pudo reconocer al principio si la fisura era una marca en su frente o una rotura del cristal. Una rotura, tras palparse la cara, una rotura. Había poca luz; sólo a través de una pequeña ventana situada sobre la cabecera de su cama llegaba un resplandor turbio. Amanecía. Miró su reloj y se sorprendió. Siete de la mañana. No podía volver a dormir. Nunca conciliaba el sueño después de despertar; se agitaba entre las sábanas y a medida que pasaban los minutos pensaba, con una excitación inaudita, en lo inexplicable que

le resultaba el acto voraz y humillante de dormir. Para peor en ese momento un canto misterioso y enérgico llegaba desde afuera. Se asemejaba a un llamado metafísico... O al menos, en la melodía pausada y en el tono trágico de la voz, se insinuaba una búsqueda irracional. Un sonido demasiado hostil para merecer la belleza de las palabras inentendibles, se dijo, y se calzó los zapatos y abandonó el cuarto. A tientas se condujo por el corredor, pero sólo halló puertas y el olor a cebo y a polvo que venía de escaleras abajo. La escalera no continuaba hacia arriba; tal vez la terraza existiera como un espacio inaccesible destinado a excitar la imaginación de los huéspedes. El botones sólo le había dicho que estaba próximo a ella... Nada más. Se sentó en un escalón y se tomó el rostro. "Un matemático en la oscuridad." ¿Qué hacía en Estambul? ¿Habría allí algo que le perteneciera? La angustia empezó a desbordarlo... Los habitantes, detrás de esa amabilidad tan artificial y barroca, escondían una suerte de resentimiento. Estaba solo con su desconfianza; con sus temores de extranjero ajeno a su extranjeridad. Alzó la cabeza: un hombre le hablaba, aunque no pudo descifrar bien en qué lengua, hasta que reconoció al botones con su improvisado italiano extendiéndole el pasaporte que había dejado por la noche en la recepción. Aprovechó la ocasión para preguntarle por la terraza, a lo cual el otro contestó indicando hacia arriba con el dedo índice.

—¿Pero se puede subir?

—Ah, no, no todavía. Pero se puede bajar.

¿Que era ese "no todavía"? ¿Todavía no existía la terraza y estaba en proceso de construcción ontológica, o todavía no había cómo subir? Quiso aclarar la situación pero el botones se había esfumado; a diferencia del administrador él se deslizaba por las escaleras casi flotando. Quedó solo en la oscuridad y en un silencio abigarrado más por olores carnosos que por la ausencia de sonidos. Oía pasos y percibía un hilo cortante de luz cuando algún huésped, en el piso de abajo, salía o entraba. De pronto advirtió que un inquilino acababa de abandonar una habitación próxima a la suya, se detenía al borde de la escalera y lo interrogaba:

—¿Qué hace ahí? Acaba de llegar, ¿no?

Germán asintió mientras escrutaba a ese hombre bajo y corpulento, de pelo escaso y desflecado, vestido con bermudas azules y una musculosa blanca manchada.

—Sígame, ya se puede tomar el desayuno. Venga, no se aburra —e hizo un ademán tosco con la mano mientras bajaba.

No era mala idea. Se puso de pie y siguió al hombrecito que descendía las escaleras con una lentitud desesperante, aferrándose a la balaustrada como a un cuerpo femenino. En un entrepiso se detuvo a descansar y le explicó que tiempo atrás, en ese mismo hotel, donde vivía desde hacía seis años, se había caído y roto la cadera. El accidente no había sido tan doloroso como su estadía en un hospital público, donde había tenido que esperar meses para que lo operaran, digiriendo comidas espantosas, su-

friendo vejaciones, todo en un cuarto gris y minúsculo que compartía con otros minusválidos a menudo quejosos y vulgares en hábitos afortunadamente limitados por la postración. Desde entonces bajaba las escaleras con lentitud, y esta costumbre, dictada por la necesidad o por el temor —o por la necesidad del temor—, le había enseñado a disfrutar de los pequeños hábitos. Ahora gozaba enormemente dilapidando el tiempo. No tenía nada que hacer durante el día, por lo cual jamás había requerido mudarse a un piso inferior donde para peor escucharía inquilinos bajando o caminando sobre su techo; en el cuarto piso, en cambio, tenía tranquilidad porque arriba no había nada, nadie.

Reanudaron la marcha. Germán no podía amoldarse al ritmo del descenso; se sentía torpe, como si de tanta lentitud fuera a perder el equilibrio.

—También, aparte de bajar las escaleras, me gusta conocer a los nuevos viajeros... Me atraen sus rostros, por supuesto, no que caminen sobre mi techo —y agregó con una voz áspera que cada tanto suavizaba carraspeando:— Usted por suerte es silencioso; baja como yo las escaleras —y lanzó una risa grave y burlona.

El suplicio terminó en el primer piso, donde estaba el salón de desayuno. El hombre aceleró el paso, se dirigió hacia una mesa del fondo y se desplomó sobre una silla, satisfecho.

—Venga, acá me siento siempre.

En el salón no había ni siquiera personal del hotel.

Germán insinuó que quizás fuera muy temprano para el desayuno, ante lo cual el otro pareció molestarse, aunque luego, sonriendo, le dijo que entonces esperarían, pues no debía faltar mucho. A decir verdad él siempre era el primero y tenía que esperar unos minutos. También le agradaba esperar: el acto mismo, tan pasivo, insinuaba una forma sana y herética de manipular el tiempo; diez minutos bajando la escalera, otros diez aguardando y ya eran las siete y media. Había algo pecaminoso en ese abuso invertido que hacía del tiempo. Se levantaba a las siete en punto desde hacía años, exceptuando el período en el hospital, cuando estaba privado del derecho de levantarse, aunque algunos enfermos lo hacían secretamente para consagrar el primero de los cinco rezos diarios a Alá. Pero él no creía en Alá ni en dioses de ningún tipo, por lo cual no tenía excusas para levantarse... Aunque, ahora que recordaba, en aquel período nefasto y de tanta pereza había elegido un Dios cristiano al cual poder consagrarse sin levantarse de la cama. No obstante esto, nunca le rezó, porque lo había escogido ante cualquier desgracia eventual. Después de la operación se deshizo del Dios cristiano y se refugió en un ateísmo de la lujuria donde negaba no sólo el verbo sino todo lo que de él podía desprenderse. Según este credo, no había mujeres castas, todas perdían la virginidad al nacer; tampoco había pecadores ni culpables, porque el castigo no era más que una invención, la tentación irreprimible de quienes se creían incapaces de pecar.

Germán experimentó cierta incomodidad cuando pensó que su interlocutor no iba a dejar de pronunciar incoherencias hasta la hora del desayuno. Faltaban cinco minutos y notaba que su ánimo se iba dilatando, su cara ojerosa enrojecía mientras subía el tono de voz y agitaba el índice amenazando a los cristianos que defendían la santidad: la larga experiencia le había enseñado que la santidad se reducía a un estado abyecto de postración, propio de los vegetales, que se contradecía con la grandeza humana. Germán entonces recordó a un tío suyo, bastante blasfemo, al que su madre le prohibió la entrada a la casa porque había afirmado que incluso una piedra era más santa que una mujer. Y aunque nunca había entendido el sentido de la frase, igualmente le causaba gracia.

—¿De qué se ríe? ¿De mí? —dijo exasperado el hombrecito.

—No, de ningún modo. Perdone...

—No, no, perdone usted mi reacción —y se tomó la cabeza y acarició la calva como si acomodara mechones de pelo—. Todos tienen derecho a reírse, incluso de sí mismos. ¿Usted se reía de sí mismo?

Germán asintió, satisfecho por haber logrado desviar el tema de la conversación.

—Muy bien, yo soy George. ¿Usted?

—Germán.

—Mire, Germán, ahí está el personal del hotel. Van a servir el desayuno. Por favor cámbiese de mesa. Me incomoda que me miren mientras como... Es igual que si a

uno lo espiaran mientras hace sus necesidades en el baño. ¿Entiende?

Contrariado, Germán se puso de pie y ocupó la mesa contigua. George hizo un gesto de desaprobación; le dijo que era como si lo espiasen por la cerradura, y con la mano le indicó que se fuera más lejos. Germán se sentó lejos, lo más lejos posible, cerca de la salida. El mozo, que era el botones pero vestido con un delantal blanco hasta las rodillas, se acercó balanceándose levemente, y con afectación le preguntó si prefería té o café. Germán vaciló mientras seguía de reojo la figura de George. El mozo-botones, que más de una vez había presenciado ese tipo de escenas, le sugirió que no se preocupara por el hombre del fondo; era un viejo cliente un poco trastornado e inofensivo, con mañas y vicios como todos y también, como todos, una persona sensata en algún punto. De cualquier modo le recomendó no tratarlo íntimamente, porque más de un huésped alguna vez se había sentido incomodado y había presentado quejas en la recepción. Germán, reanimado, sonrió y pidió café oscuro y sin azúcar, y permaneció pensativo: ¿cómo un hombre podía vivir abocado a hallar formas para dilapidar el tiempo? Poco después le sirvieron la taza de café con tostadas. El mozo, empeñado en su pantomima servil, se dirigió hacia el fondo cargando una bandeja de comida, y luego regresó a su lado y apoyó una mano sobre el respaldo de la silla.

—Él come mucho. Tiene desayuno especial... —hizo una pausa y miró alarmado a una pareja que acababa de

entrar—. ¿A dónde va hoy?

Germán alzó los hombros.

—Ah, si no sabe, le conviene un guía... Sí, sí, usted no parece de los que van en tour. Fíjese bien. Disfrute la ciudad. Algún día visíteme en el sótano, escaleras abajo... vivo con mi hijo. Visíteme cuando quiera.

La idea de una guía, más que entusiasmarlo, le pareció segura para un hombre como él, rico en infortunios de viajero. El mozo le confirmó que a media cuadra sobre la avenida principal había varias agencias, y se despidió guiñándole un ojo que mantuvo cerrado hasta darle la espalda. Germán sorbió pausadamente el café; mordió en el humo la dulzura robusta de la borra y observó la escena casi vacía, con algunas voces discontinuas y extranjeras. Experimentó un bienestar ambiguo: una nueva ciudad, otras calles, rostros ocultos. Otra lengua, inservible y majestuosa como una alucinación.

V

Cuando finalizó el desayuno se puso de pie y escuchó una voz áspera e informe que venía del fondo: George se despedía de él, le decía que se verían pronto y lo saludaba agitando pausadamente una mano. Germán lo saludó con un ademán discreto mientras salía; esperaba que "pronto" no fuera esa misma noche. Subió al cuarto para tomar los documentos y la máquina de fotos. Le resultó reconfortante encontrarse otra vez con su vieja cámara Pentax; sin embargo nunca había tomado demasiadas fotos porque cuando percibía la escena buscada vacilaba tanto que la perdía. La fotografía, más que un medio artístico, encarnaba un instrumento provocador para la duda y en menor medida para el arrepentimiento y la ilusión de un progreso nimio, incontrastable. De todos modos, tal vez alentado por los sucesivos fracasos, él persistía en sus encantos y cuando la escena se presentaba sentía impacien-

cia, una emoción juvenil y halagadora. De niño le fascinaba aparecer en las fotos, no para mirarse, sino porque le enorgullecía que alguien poseyera su imagen, una imagen que, por el mismo motivo, creía más perfecta.

Lentamente bajó las escaleras. El olor a cebo, licuado por la luz del día, parecía más leve. Algunos turistas, a los que Germán prefería no tratar, dialogaban en la penumbra chata de los corredores. Guardaba hacia ellos una repulsión innata, porque para él un hombre fuera de su tierra estaba despojado, no poseía nada de la cotidianidad que le atraía y que con tanto esfuerzo había alcanzado en su patria. Apenas atisbaba en ellos una búsqueda supersticiosa —la búsqueda de todo viajero— destinada más a cubrir una carencia o una privación irreparable que una necesidad.

Salió a la calle. Se detuvo. Un paisaje rústico: trabajadores descargando sacos de un camión y hablando en un turco profuso y vehemente; varias tiendas de tapices y en las inmediaciones hombres que acosaban a los turistas preguntándoles su nacionalidad y ofreciéndoles manufacturas. Apretado en una malla de vapor y humedad, el calor se desprendía y fluía desde el suelo esfumando el horizonte ahuecado y azul. Caminó hasta Divan Yolu, la calle principal, donde un hombre bajo, obstinado en brindarle algún tipo de ayuda, lo abordó hablando un inglés complicado.

—¿Qué quiere? ¿Qué busca? ¿De dónde viene? —declamaba casi corriendo, las piernas cortas y ágiles, mien-

tras lo miraba fijo con unos ojos sin fondo como helados por la penuria.

Demasiadas preguntas para responder a un desconocido. ¿De dónde venía, qué buscaba? ¿Podría alguien alguna vez saberlo? Entró en la primera agencia de turismo que se le cruzó en el camino, y el perseguidor vociferó a sus espaldas unas palabras rabiosas en turco. El lugar estaba vacío y se sentó. Una mujer de piel clara, joven y esbelta, que parecía levitar sobre sus tacos, surgió de algún rincón insospechado y se acercó a atenderlo. Enseguida se pusieron de acuerdo en lo referente al alquiler de una guía durante varios días; ella misma podía cumplir esa función si esperaba a que se cambiara, porque no podía caminar por las calles de Estambul en tacos. Germán asintió y ella desapareció en el fondo del local para regresar poco después, jadeante, sin tacos, más baja y desgarbada. No era tan joven ni tan bella y tenía apego a ciertos gestos vulgares: sonreír sin el menor estímulo exterior, sacudir el pelo de un lado a otro, mirar con transparencia como si pretendiera desligarse del deseo que sus ojos pudieran trasmitir... Se detuvo a su lado y tomó asiento lentamente, por partes, primero flexionando las rodillas y manteniéndose unos segundos en el aire, luego cruzando las piernas y buscando una posición estrecha para sentir la entrepierna bien ceñida. Lo miró, como esperando algún cumplido por la maniobra; luego sonrió mostrando los dientes angostos y parejos, y le dijo que lo iba a llevar a un café cercano y cómodo para planear el

itinerario. Germán se puso de pie, decepcionado —no sabía si por la fuga de su belleza o por el esfuerzo maquiavélico que le había demandado sentarse— y la siguió a través de Divan Yolu mientras ella hablaba y sus palabras se perdían entre la estridencia de un tranvía deteniéndose en la estación o entre las voces agitadas de peatones que se atropellaban para avanzar hacia quién sabe dónde. Él seguía el movimiento tenso de sus labios pero no llegaba a comprender, como en una película muda, más que la expresión depurada de su rostro, una expresión azarosa y sensual que era el complemento manifiesto de ese rasgo indescifrable que ampara a todas las mujeres. Y a medida que caminaban se sentía más la mañana crecida, el calor dulce que perdía nitidez y reposo y se transformaba en un espacio aletargado, tórrido y palpable que se adhería a la piel.

—Aquí hay todo tipo de cafés... Y mire, arriba hay una exposición de alfombras —dijo ella en la entrada de un lugar llamado Muze Café—. ¿Quiere entrar?

Germán miró a un lado: rostros profundos y curtidos; rostros incompletos que incluso sin gestos eran expresivos y dolorosos. Entraron. Germán protestó porque quería estar junto a una ventana y ella pretendía sentarse en un lugar apartado donde pudieran tener más tranquilidad. Le fascinaba ver flotar los rostros desprevenidos, descomponer las expresiones detrás de un vidrio que disimulara el vaivén absorbente de sus ojos. Mientras la guía le explicaba cuál sería el itinerario que les convenía para

el día, él seguía el paso de lo cotidiano y decía a todo que sí porque no tenía idea de zonas tales como Fener, Balat o el Gran Bazahar.

Poco más tarde se pusieron en marcha. A los lados y a lo largo y en el fondo del camino, se veía el horizonte curvo y enredado en las cúpulas y en las espigadas torres de oración de la Mezquita Azul, la luz marfil como humo desbordando las casas toscas, la calle Divan Yolu, despojada de la belleza lujuriosa de Italia, atestada por restaurantes de comida recalentada y por pequeños puestos donde se ofrecían kebabs y algunas palabras amistosas reducidas en general a preguntar por la nacionalidad del extranjero y nombrar a un jugador de fútbol. A medida que ascendían por la calle se multiplicaban las mujeres con pañuelos en la cabeza y los hombres que cargaban sacos o cajas descomunales sobre sus espaldas rumbo al Bazahar. En esos personajes se transparentaba una forma atropellada de pobreza; las escenas, abrasadas por el aliento crudo de lo cotidiano, tenían algo que las volvía irrepetibles e incompletas en la mirada de un extranjero.

Llegaron a un espacio abierto, una plaza de piedra como en Italia, y Germán tuvo oportunidad de contemplar una mezquita de cerca por primera vez. Las calles de los alrededores estaban cargadas de gente, de autos y bocinas, de buses turísticos estacionados de cualquier forma para obtener un lugar en las cercanías del Gran Bazahar. Ellos avanzaron; el aire era más quemante y áspero y la gente apoyaba miradas despectivas de asombro en el rostro de

Germán. Varios niños inquietos se le acercaban con un banquito y un cepillo para lustrarle los zapatos y lo seguían, a pesar de las negativas, ofreciendo gratis sus servicios. La guía lo persuadía de que no prestara atención a los extraños, que tuviera en cuenta que durante su visita, por ser extranjero, todo tipo de vendedores y mendigos lo abordarían y no lo dejarían en paz hasta recibir una firme negativa. La tarea requería fuerza de voluntad, cierta premeditada brusquedad que debía aprender. Con los niños que pedían limosna o lustraban zapatos el "no" no era suficiente; la frase adecuada y cortante era "Shh", acompañada por un movimiento de cabeza repentino, no de negación o incomprensión sino de enojo. Con los vendedores de tapices siempre acechantes bastaba con seguir de largo y no responder a la pregunta "¿De dónde viene, amigo?" o a la proposición "pase, los mejores tapices de Estambul, aquí, baratos, muy buen precio", pues en el primero de los casos le resultaría difícil finalizar la conversación sin entrar al negocio, y en el segundo le resultaría imposible salir del negocio sin comprar una alfombra, más aún si aceptaba un "chai" de esos que los turcos —ya se lo haría probar— bebían sin parar en pequeños vasos transparentes. "Fuerte, firme", continuó ella, y le obligó a representar una pantomima de cómo debía actuar. Luego, con esa dulzura pueril y pedagógica de las mujeres conscientes del poder que ejercen sobre un hombre, le confió que había mejorado bastante y que ya estaban llegando al Gran Bazahar. Germán había oído hablar de ese

sitio alguna vez, aunque no sabía bien qué había allí; ni siquiera se había tomado el trabajo de imaginarlo porque el nombre le parecía demasiado hermético. "Gran Bazahar"... ¿Cómo penetrar esos dos vocablos? ¿Cómo proveerlos de un significado? ¿Cómo atravesar esa hache injustificada que presuponía entre las dos a finales, y que obviamente no existía para nadie más que para él? ¿Cómo definir la sensación de poseer una hache a la que casi nadie aspiraba...?

Las mezquitas de Estambul escondían una simetría tan extrema que no entraba en ellas un rasgo matemático. Las casas, al contrario, guardaban una asimetría particular, similar a la de un cuerpo mutilado. Eran profundas, imprecisas, demasiado humanas; los muros anchos parecían de carne llagada o envejecida. El detalle más humano, sin embargo, eran las ventanas abandonadas, incongruentes, detenidas en la altura, vigilando el ritual de lo cotidiano como ojos ancianos que cansados de mirar sólo reflejan las cosas. Sí, las ventanas vencidas, tan ajenas al ruido de la calle y al silencio interior de los salones, a la melancolía que exhalaban las telas y los trastos depositados en altos cuartos incandescentes. Algunas, de vidrios rotos, dejaban entrar el aliento denso y carnal del día, y por la noche recibían como una ofrenda el aire fresco, desnudo y tierno como la oscuridad de los desiertos. Las fachadas desconchadas conservaban colores oníricos y aguados, y eran de estilos disímiles en esa calle que descendía, como resbalada en la luz, y tenía varios accesos al

mercado cubierto. No, no, allí no quería entrar aún, le confesaba a la guía, pero ella insistía porque en el mercado había artesanías en oro, preciosas cajas pintadas a mano, antigüedades, arcabuces, cimitarras, vasijas... No. Él quería seguir caminando por esa calle inacabable de sombras brillantes y verdosas o azules; una calle sobre la que flotaban vapores y voces ansiosas que de un lado a otro se tocaban. A esa hora comenzaban a aparecer las mujeres arropadas de negro, veladas, con la mirada honda y esquiva a los ojos masculinos; caminaban con una incomodidad femenina y perezosa, y cuando se sentían palpadas por una mirada intrusa se retraían aún más en ese hueco sin fondo que era la apariencia, y que para ellas albergaba pudor, desesperanza, retazos lastimados de feminidad, aunque nunca resentimiento. Resultaba placentero verlas alejarse de espaldas, como si frente a uno hubiera estado la muerte y ella, vieja ciega aciaga, hubiera seguido de largo por timidez. También llegaban los vendedores de plátanos, descalzos y con gorros de lana inexplicables. En unos carros de armazón celeste, otros hombres de sonrisa mutilada vendían bellotas de un color amarillento y en parte negro, que tenían un sabor pastoso y crocante porque allí las cocinaban, y que despedían un humo dulzón y amarronado que impregnaba los rostros. No faltaban vendedores anunciando chinelas o pañuelos para aliviar y proteger de la culpa a las mujeres. Las tiendas exhibían mercadería todo a lo largo de las fachadas y de las vidrieras, donde se superponían los colores, las

texturas, los arabescos, y en medio de lo cual irrumpían rostros ajenos a esa obra genial: la abstracción brusca de una atmósfera —sujeta siempre a una mirada.

Siguieron descendiendo al ritmo pausado de Germán. Cada tanto paraba y miraba, y la guía, que en realidad no cumplía ninguna función, quería decir algo acerca de lo que estaban apreciando, pero él se ponía en marcha nuevamente. Dejaron atrás la zona en la que se vendía ropa y transitaron una parte extraña, donde de las vidrieras y de los techos colgaban palanganas, caños, herramientas, herrajes. Las calles eran aún más angostas y pobladas, a pesar de lo cual autos y camiones circulaban mientras vendedores de comida y baratijas corrían apresuradamente las mesas de venta o las carretillas para abrir paso, y la gente se apelotonaba en la entrada de las tiendas para no ser atropellada. Poco después la guía le advirtió que estaban por entrar al mercado egipcio. Él se detuvo, porque eso de egipcio no lo comprendía, y le preguntó si era peligroso, a lo cual ella respondió que no, que al contrario, era lo más interesante e inofensivo que podía imaginar, porque había especias, frutos secos y dulces turcos. Continuaron caminando entre mujeres enlutadas que hacían sus compras, entre hombres tozudos que se abrían paso con la cabeza gacha cargando sacos y cajas sobre las espaldas arqueadas por el peso inhumano. Circulaba un ruido marítimo que contenía una amalgama de sonidos: gritos —nada de horror o violencia, tan sólo gritos como expresiones estilizadas de lo cotidiano—, el ron-

roneo fúnebre de los motores viejos y la música turca, espaciada y sensual, que llegaba desde las tiendas y ondulaba unos segundos, el ritmo espumoso tatuado en los rostros descompuestos por la temperatura. Germán caminaba y la música llegaba, primero remota, luego más próxima mientras él se alejaba. Transitar los mercados equivalía a extenuar los sentidos, a agotarlos en ese hervidero de cuerpos, de sensaciones difuminadas y de maravillas veladas entre retazos incendiados de colores. En las proximidades del mercado egipcio los olores se dilataban aún más; en el mercado mismo los aromas eran elásticos, las sombras de las casas más acentuadas, las fachadas más grises y huecas que en el Gran Bazahar. En cada olor se tensaba un tono: amarillo, azul... Los aromas indefinidos de las especias y de los frutos secos se mezclaban en un sabor macizo y fresco. Germán se detenía, olía, percibía un torrente de dulzura y luego una aspereza entre salobre y picante que llegaba de otro puesto. Los vendedores le ofrecían sus productos para probar; él compraba pequeñas cantidades de cada uno y se los entregaba a la guía, que se preguntaba, espantada, cómo iba a comer todo eso. Entonces Germán se detenía en otra tienda y compraba dulces turcos, que no hallaba tan exquisitos como los frutos secos pero que igualmente, sólo porque reproducían la sensación remota del empalago, le resultaban comestibles.

—Pruebe, riquísimo, muy bueno —decía el vendedor en un confuso inglés.

Germán probaba, siempre, y aunque no hallaba sabrosos a la mayoría de los dulces, compraba una pequeña cantidad para no ser descortés. Pensaba que todo era barato y no valía la pena contradecir a esos empleados tan amistosos y sufridos; trabajar en esa atmósfera le parecía inhumano; tenía la impresión de que desde los techos goteaba un aceite espeso y negro, derretido por el recalentamiento, por el calor de julio que se ensanchaba y se arrastraba sórdido por las calles. Las vestimentas se adherían a la piel, los cabellos se apelmazaban, y Germán imaginaba, excitado por la mancha de bruma caliente reposada en el horizonte, muslos femeninos, pardos y aterciopelados, enrojecidos por el sudor bajo los ropajes negros; entrepiernas exhalando un aroma a nuez vieja y ramas de canela.

Por casualidad salieron del mercado y Germán quedó desconcertado, sin muslos, sin entrepiernas, sin pensamientos. Enfrente, el Bósforo, oscuro y reluciente, atravesado por el puente Galata que unía dos de las tres partes de Estambul. Desde las aguas subía un aire tibio y dulce que Germán respiró, inmóvil y con los ojos cerrados, porque sentía todo el vapor de Estambul inmiscuido en su cuerpo, mientras la guía le preguntaba si realmente iba a comer todo lo que ella cargaba.

—No —contestó él sin abrir los ojos y sin moverse—, es todo para usted. Le tengo gran aprecio —y ambos rieron, ella por compromiso, él porque no sabía qué decía, ni para qué, si lo decía por efecto del calor o por el

placer deficiente de mentir.

A unos metros había una avenida ancha sin semáforos, imposible de cruzar. A un lado, Yeni Cami, la mezquita que extrañamente apodaban nueva a pesar de tener cuatrocientos años. Germán recordó la ciudad de Nápoles que había visitado años atrás: las calles imposibles de cruzar, la forma desaforada de conducir, las calles estrechas y viejas atiborradas por un vapor chorreado y sucio, los tendederos voluptuosos de ropa descolorida, los niños acechantes.

—¿A dónde va?

Germán estaba al borde del cordón, contemplando el amontonamiento uniforme de casas sobre el otro lado de la ribera; entre ellas sólo sobresalía una torre con apariencia de faro o mirador. Esa zona era Taksim, explicó ella, y no estaba en el itinerario del día, aunque quizás más adelante, al día siguiente, podían ir si él quería hacer algunas compras. De pronto en el aire se inflamó un sonido enérgico y resbaladizo; alguien cantaba por un altoparlante en un idioma que para Germán podía ser indistintamente turco o árabe. Por un momento pensó que se trataba de propaganda política, pero la guía le enseñó la mezquita Yeni. Tendida en torno a ella, una plaza lívida cargada de palomas, de vendedoras de comida para palomas, de niños con palomas, de madres con niños y palomas. En la orilla había botes que la corriente balanceaba y en los cuales se vendían pescados cocidos a la brasa. Llegaban ferrys que anclaban en el puerto y arrojaban un

humo espeso y negrísimo que ablandaba el horizonte; salían grupos copiosos de gente y entraban quienes esperaban para ir hacia otras partes lejanas de Estambul. Y Yeni Cami, como una gran tumba, dominaba aquel paisaje portuario creado para insomnes.

Hora de rezar, le comentó ella y le explicó que los musulmanes rezaban cinco veces al día; cada llamado anunciaba una de las horas y alguien cantaba en árabe en nombre de Alá. Ése era el segundo del día; el primero había sido bien temprano a la mañana.

—Usted nunca me ha dicho su nombre.

—Nunca me lo preguntó —contestó ella, descubriendo en la boca y en las cejas finas una sensualidad atrofiada.

Germán miró hacia otro lado. Nunca me lo había preguntado antes. ¿Qué quería decir: que ahora sí se lo estaba preguntando? No, sólo afirmaba que no lo sabía... Todas las mujeres eran iguales: transferían su deseo al otro; se deshacían de él a través de argumentos fantásticos, como ése de que él quería saber su nombre cuando en realidad era ella quien quería decirlo. Le comentó que no tenía ningún interés especial en saberlo, y ella respondió con un gesto de asombro.

—Quiero solamente saber si alguna vez me lo dijo —agregó él.

Ella permaneció en silencio. Él le miró el rostro claro, los ojos indecisos, la nariz curva y suculenta, los labios tensos, temblorosos, e intuyó que esa indagación

brusca la intimidaba. Luego, en un acceso de lucidez que prefirió calificar "de compasión", pensó que ella quería decir su nombre, nada más, y que era descomedido mirarla con aversión: estaba desamparada ante esa necesidad, que por un lado la hacía muy femenina y por otro delataba la angustiante carencia de quienes desean ser nombrados. Podía admitir una "filtración" de feminidad, sí, pues ella no pretendía imponerle su cuerpo sino un vocablo con el que pudiera nombrarlo. Estratagema sugestiva... Interesantes las manías de una mujer que, en contraposición a las jóvenes subyugadas por la inocencia, podía dominar y conocer sus propias mañas para aplicarlas sobre el objeto deseado. Tal vez por ello las jóvenes le resultaran menos ilimitadas y peligrosas.

—No, nunca se lo dije porque nunca me lo preguntó —afirmó ella.

—¿Qué me quiere decir?

—No, nada, lo que usted entiende. Que nunca me preguntó mi nombre... Por eso no lo sabe. Disculpe, no sé que le pasa, pero me extraña que no quiera saberlo si soy su guía.

—¿Saber qué?

—Mi nombre.

—Insiste con su nombre... Bueno, a ver, dígamelo ya que tiene tantas ganas.

No, ella no tenía ganas de decirlo sino de dejar de ser anónima frente él. Su nombre en turco era impronunciable, pero su abreviación, "Ciçek" o algo similar, se en-

tendía. La traducción, Flower, resultaba pronunciable y casi racional, y Germán decidió adoptarla en ese momento para obligarla a entrar a la mezquita Yeni. Ella, detrás, intentaba persuadirlo de que no era horario oportuno. Subieron escalones espaciosos cargados de palomas e insondables ancianas mendigando bajo ropajes oscuros. Atravesaron la entrada principal hacia un gran patio en cuyo centro había unos abrevaderos con canillas donde los fieles se lavaban los pies antes de la oración. Germán observó, deslumbrado, la dedicación meticulosa que consagraban a esa labor, como si estuvieran moldeando sus pies o aliviándolos después de un largo camino. En el umbral de la mezquita se quitaron los zapatos.

—No es una buena hora —insistió ella, Flower, por supuesto.

Germán decidió obviar en adelante sus opiniones. ¿Para qué necesitaba una guía? Se internó en la mezquita. Olores añejos, a humedad y a productos químicos para limpiar las alfombras que cubrían la superficie de todo el templo. En lo alto, aberturas por donde entraban hebras de luz que se esparcían en el aire tibio y verdoso. Los fieles, que no eran muchos, se congregaban en un espacio demarcado por vallas. El culto se reducía a permanecer de pie unos segundos, inclinarse apoyando las manos sobre las rodillas; luego erguirse unos segundos, repetir la misma operación, y una vez enderezado el cuerpo practicar un violento desmoronamiento; las rodillas al suelo, el torso recto por unos instantes; después la cabeza con-

tra el suelo y todo el cuerpo inclinado y apoyado sobre la frente; y de vuelta el torso recto y los ojos fijos o cerrados, para reiterar el mismo proceso de inclinación e incorporarse sobre las rodillas; ponerse de pie y repetir toda la imploración.

—¿Usted reza? —preguntó Germán volviéndose hacia Flower, que siempre parecía desplazarse detrás suyo para no estorbar.

—No... Pero si quiere saber algo de esta mezquita, de su historia, pregunte.

Él se negó; todo eso lo podía averiguar leyendo un libro turístico. Ahora quería apreciar el interior, la atmósfera... En silencio. No quería oír un murmullo que lo persiguiera señalando cada cosa. Se alejó unos pasos y tras contemplar detenidamente la escena y los personajes, llegó a la conclusión de que el culto tenía rasgos arcaicos y se había transformado en un ritual de las clases más pobres, lo cual podía ser cierto, pues los fieles estaban arropados de modo muy humilde. Uno de ellos, al inclinarse sobre su frente y alzar los talones, descubría las medias pobladas de agujeros, y fácilmente saltaba a la vista que la mayoría llevaba ropa que no era de su talla. Las mujeres, cuyos ropajes sí se ajustaban a la talla de sus cuerpos, estaban fuera del cercado; rezaban esparcidas y armoniosas detrás de los gruesos pilares y llevaban la cabeza y el cuerpo velados.

Germán desenfundó la cámara y empezó a tomar fotos. Las mujeres, espantadas, se volvían hacia otro lado

cuando percibían a ese turista infame acercándose, enfocándolas con una lentitud desesperante e instándolas a que miraran el foco. No entendían su expresión ávida e incluso parecían más intimidadas por su inglés. Entonces Germán se resignaba y fotografiaba las espaldas vencidas de los fieles en la plegaria, o los techos combados y altos con dibujos entretejidos como ramajes, o los mármoles tallados e indefinidos en la penumbra. Hubiera querido apresar el aire inflamado de ruegos, y el aire, tan sólo el aire, sin ruegos, despojado, o mejor dicho el aire con su olor cerrado a mujer vieja en celo, a abandono, a sueños...

Guardó la cámara dominado por la impotencia de no poder aprehender siquiera una mínima parte del mundo interior de las mezquitas. Flower se acercó, aliviada; le avergonzaba la forma hostil en que la miraban por acompañar a un extranjero irrespetuoso. Caminaron, sin hablar, a través del patio hasta salir y descender los peldaños de piedra. El horizonte, más brillante y abierto, iluminaba la ciudad con una intimidad más hosca que la de la primera mañana, como si ahora dejara al descubierto la superficie tostada de las calles, los techos de colores áridos, las cúpulas y los minaretes incandescentes con su aire escrupuloso y sagrado. En la plaza tiró unas cuantas fotos más: mujer con palomas, niños con palomas, ancianos sin palomas pero con enormes y pomposos puestos para lustrar zapatos, unos junto a otros y protegidos de las impredecibles lluvias por toldos gastados y rojos

que daban sombras color ámbar. Del otro lado del Bósforo partían enormes vapores que enseguida se perderían acariciando el horizonte. A unos metros de la plaza se detenía el tranvía en la última estación; la multitud salía expulsada cuando se abrían las puertas y todos rápidamente desaparecían por un pasaje subterráneo para resurgir en otro lado y dispersarse donde los botes partían, donde el sol resplandecía quieto y todo parecía más atemporal.

—Ahora tomamos un taxi. Quiero mostrarle una zona muy vieja y humilde.

Germán le dirigió una mirada desabrida, como si la propuesta fuera un disparate, o como si en realidad no le correspondiera a ella formular propuestas. Flower detuvo un taxi. Él permaneció inmóvil mientras ella, entre melancólica y desesperada, lo llamaba con toda la expresión de su rostro y le decía que se apurara, que Fener y Balat eran las zonas que habían acordado recorrer. Fener y Balat, repitió Germán para sí, y de pronto halló en los nombres algo ancestral, algo que superaba el misterio de las mezquitas. Se aproximó al taxi y le cedió el paso a Flower; luego él se acomodó con cierta dificultad, pues Flower era una de esas mujeres que —usualmente ancianas— se sentaban en la mitad del asiento trasero y abogaban por no moverse más. Germán, si bien no tenía una dimensión voluminosa, se sentía limitado más por ese capricho que por el espacio. Entre la espada y la pared, pensó al percibir la vibración de la puerta y el aliento árido de Flower que sonreía, ruidosa y satisfecha, porque

había logrado meterlo en el taxi.

—A ver, por qué no se corre un poco para allá .. Se va a abrir la puerta y me voy a caer —hizo un gesto de fastidio con la mano—. Y usted se va a sentir muy culpable —sonrió, también satisfecho, porque en la cara de ella la sonrisa se esfumaba y dejaba un gesto de incomprensión.

Flower apenas se movió. Las mujeres hacen todo de poco, para que les insistan, se dijo él, impaciente.

—Más, más, hace calor. No puedo mover las piernas, me siento como en un avión.

Flower improvisó otro intento y apenas logró correrse unos centímetros. Germán desistió... Ya llegaban. El taxi aminoró la velocidad y se detuvo frente a una iglesia. Germán extrajo de su bolsillo unos billetes y empujó levemente a Flower para que bajara. ¿Qué representaba ese templo? ¿Una Iglesia en Estambul? San Esteban de los Búlgaros, explicó ella; una iglesia edificada completamente en hierro fundido durante el siglo diecinueve, cuando los búlgaros recibieron de parte del sultán reconocimiento étnico y religioso. Hacía tiempo que el templo parecía estar cerrado; incluso ella, que siempre pasaba por ahí, nunca había podido franquear las rejas. Más que cerrado parecía abandonado, observó Germán. Sí, estaba abandonado, le dijo ella, aunque ninguna mirada dejaba de admirarse ante ese templo; para los habitantes de Balat y Fener su presencia era un enigma halagador: casi nadie sabía que se trataba de un templo occidental. En los alrededores se extendía un parque, y más allá, pero muy cer-

ca, el Bósforo. Del otro lado de la avenida, en dirección opuesta al río, estaba la zona de Fener. Cruzaron hacia allí. Flower tenía talento para atravesar avenidas sin semáforo; Germán, asombrado, la seguía y se ponía a la par de ella, y ya en el otro extremo le recriminó la falta de cuidado: en cualquier momento la iban a pisar no sólo a ella sino también a él. Flower le respondió, quisquillosa y con ese aire intolerante de las mujeres incomodadas por las limitaciones de su propia belleza, que no, así se cruzaban las calles, si no era imposible, ya iba a aprender. En la primera calle doblaron y se adentraron en Fener. Allí algunas casas aún conservaban estructuras de viejos armazones de madera ennegrecidos por la humedad y la tierra. Otras casas, de ladrillo, en general de dos plantas, tenían fachadas sin revoque, carcomidas, ventanas sin transparencia, puertas entornadas, habitantes que en medio de la miseria asomaban sus rostros opacos e indiferentes, sombras desmenuzadas que apenas hacían ruido al deslizarse por lo oscuro. En otras calles las casas estaban pintadas y las ventanas bajas tenían rejas arqueadas; los colores diferían, desde el rojo hasta el amarillo, el azul y el verde, y en hilera las fachadas conformaban una deslumbrante pintura costumbrista. La puerta de una de las casas mejor conservadas era azul, y la fachada verde, y el edificio contiguo era en su parte inferior rojo y más arriba amarillo. Había ropa, sábanas, tapices, colgados en tendederos que iban de un balcón a otro y que cada vecina, con un poco de empeño, recogía desde su ventana.

Algunos umbrales tenían breves escaleras donde se desarrollaban escenas de familia: jóvenes madres con niños en brazos, adolescentes hablando, mujeres cautivas entre sus velajes, solitarias o dialogando. Los hombres se sentaban en banquitos, se apoyaban contra los muros de las casas y bebían chai; todos llevaban un espeso bigote y algunos tupidas barbas canosas que se atuzaban constantemente. Las miradas que le dirigían a Germán eran oscuras, no provocadoras sino perplejas y desbordadas como un par de manos nerviosas. Los niños, siempre dispersos, jugaban en las calles de tierra o miraban a los extranjeros que pasaban por allí, y se reunían en un movimiento precipitado cuando Germán estaba por sacar alguna foto. Luego le cerraban el paso y pedían más, y Flower, en su insaciado —e insensato— deseo maternal, les acariciaba la cabeza y los persuadía de que más tarde volverían. Entonces ellos corrían, se esfumaban en una esquina; se reproducían y volvían a aparecer en otra calle, riendo pausadamente y con pudor... Bajo el disfraz lujoso de la timidez parecían todos iguales.

Algunos vendedores pasaban con carretillas, ofreciendo roscas turcas de pan. En algunas esquinas, otros, de gestos y ademanes compasivos, vendían copos de algodón mientras los niños rodeaban su carro y luchaban por obtener piezas gratis o arrancarle un trozo al compañero. Germán les tomaba fotos; algunas, las más azarosas, eran esbozos de un hallazgo: un niño inmóvil, entristecido detrás de la infancia inmensa que goteaba por su rostro,

espiando desde la ventana de un primer piso mientras por la calle un grupo de señoras pasaba con niños en brazos; un carro tirado por un caballo blanco y dos jóvenes sentados en la parte posterior, y la imagen que se detenía frente a la encrucijada de dos calles, en el instante caótico de la decisión. Sí, eso era la fotografía: la aprehensión de un estado humano entre los escombros de la naturaleza.

Mientras caminaban por esa zona Germán sintió menos molesta la presencia de Flower; gracias a cierta gratitud que creía deberle, había pasado de ser una guía a ser una acompañante. Delante de ellos, desde hacía unos minutos, caminaba un anciano encorvado que se aferraba al brazo de una joven que debía ser su hija. Se alejaban de espaldas, y al contemplarlos Germán saboreaba la piedad que ella le ofrecía a su padre al prestarle el brazo y amparar en él todo el peso ambiguo de su vejez.

—¿Por qué no los seguimos? Me gustaría ver dónde viven... cómo viven.

Padre e hija entraron en una de esas casas derruidas, paredes de un azul crudo, ventanas sin vidrios. Poco después Germán empujó la puerta, la madera podrida crujió y un leve polvillo le cayó en la cabeza. Enseguida percibió un aroma macizo, a humedad, a muebles viejos, a excremento estancado y empalagoso. El olor parecía fundido a la atmósfera; recubría los muros sin revoque y la intimidad aciaga de los patios. Recorrieron un pasillo encajonado entre paredes desvaídas y húmedas, hasta un

patio luminoso y despoblado. No había señales del anciano y su hija. Germán miró a Flower, por primera vez distraída y silenciosa al borde de la belleza, y le apretó instintivamente la mano pequeña y mojada. Ella no se alteró, como si lo hubiera estado esperando, y él la condujo hasta otra puertecita que despidió un sonido metálico cuando la empujó con el pie. Del otro lado había una escalera de cemento, en una oscuridad absoluta, desde la que llegaba un ruido interrumpido de pasos. Aún debían estar subiendo. Avanzaron en la oscuridad; él delante, sin su mano, ella detrás, prendida de su camisa y todavía hermosa, porque cuando callaba el asombro incrustaba en su rostro gestos minúsculos de avidez y elegante desprecio. El olor, en la escalera, era menos sofocante y se mezclaba con un vaho tierno a frituras. En el segundo piso una luz sosegada entraba desde una ventana e iluminaba los escalones de cemento ennegrecidos. Los pasos, a pesar de estar más próximos, se hacían más leves y pausados. La escalera terminó en la boca de un pasillo, al fin del cual observaron cómo dos figuras se disolvían entre el aire insípido que llegaba desde un ventanal. No reanudaron la marcha hasta que las dos siluetas se evaporaron y resonó, despaciosa, una puerta que se cerraba. Las mujeres siempre cierran las puertas con cuidado, pensó Germán; él, en cambio, solía dar portazos para no preguntarse después si la puerta había quedado mal cerrada. Volvió a tomar la mano de Flower y se desplazaron en la oscuridad, hasta el final. No había puertas. O mejor di-

cho, no había puertas al final del pasillo, sólo un ventanal que filtraba aire caldeado en vez de luz. A los lados sí había puertas, pequeñas como entradas de baño. Germán propuso golpear todas, a lo cual Flower, resignada, asintió, cuando una mujer joven, la misma a la que seguían, aunque ahora no llevaba pañuelo sobre la cabeza, se asomó desde uno de los umbrales y preguntó, en turco, qué buscaban haciendo tanto ruido. Flower le explicó que ella era guía y le estaba mostrando a un turista el interior de las casas turcas. La joven, entre extrañada y desconfiada, quiso retirarse cerrando la puerta, pero Flower la persuadió de que no se asustara y le pidió que, si no le resultaba molesto, los dejara pasar para que Germán apreciara el interior de su casa. En principio ella frunció el ceño, como si el pedido fuera un disparate; luego dijo que vivía con su padre y que no valía la pena, que él se podría asustar y que además sus vidas eran tan aburridas como el interior de la vivienda. Germán intuía el significado del diálogo y deslizaba la mirada vigorosa y suplicante por los ojos grises de la joven, que no lo miraba pero reflejaba en el flujo de su timidez la insistencia de esos ojos masculinos. Finalmente, sobornada por la voz afectuosa de Flower y por la irreprimible tentación de ser mirada por un hombre extraño, les pidió que esperaran un segundo. Dejó la puerta entreabierta y Germán se apresuró a espiar. Vio un muro ocre, alto y despojado; más allá, en la pared lateral contigua a la entrada, una biblioteca pequeña, con libros antiguos; en el centro, una silla —nada tan simple como

una silla— y más allá... En ese momento la muchacha abrió la puerta y sonrió, meditativa, al percibir la curiosidad paralizada de Germán. Los invitó a pasar y se presentó como Maryam. En un extremo de la sala había una mesa cuadrada, de la misma madera que la silla, con un vaso de vidrio en el centro. Detrás, una ventana sin cortinas, a través de la cual se divisaba la vivienda desoladora de enfrente. En cada ángulo de la sala, una silla: cinco en total, porque una estaba en el centro. Eso era todo. A un lado, un pasillo largo e inservible que desembocaba en el único cuarto.

—¿Podemos pasar a la habitación? —preguntó Germán y Flower tradujo al turco.

Maryam sonrió —su sonrisa era fina, liviana, no parecía que sonreía sino que lamentaba algo— y con un gesto los invitó a adelantarse. Transitaron el pasillo sin luz, la penumbra suave y los pisos huecos, hasta el cuarto, un ambiente tosco y rellenado por la claridad que filtraba un amplio ventanal. El padre, con los ojos bajos, torturados y pequeños, las manos como garras sobre las rodillas, estaba sentado en una cama. Sus miembros eran delgados y huesudos; su rostro rugoso, consumido por algo ajeno al tiempo —tal vez dolor—. Al hablar apenas movía los labios flacos, trabados y casi indiscernibles como una cicatriz. La joven lo presentó como Akbar y ellos se acercaron a darle la mano, pero él no levantó la mirada ni dio signos de comprensión alguna. La hija le habló en una lengua que Flower no conocía. Tuvieron un corto diálo-

go, Akbar murmurando, sin traslucir en su cuerpo ninguna expresión, y ella haciendo ademanes con los brazos, como enfadada. Germán miraba a Flower para que le tradujera algo, pero ella meneaba la cabeza. "No sé en qué idioma hablan", le murmuró al oído y él sintió sobre el cuello su aliento espeso. Ambos continuaron observando la escena: Akbar parecía preso de una senilidad gozosa que ni siquiera las palabras de su hija podían penetrar. Poco después Akbar cedió y se puso de pie, sin levantar la cabeza y aún menos la mirada; fue hacia el baño y en unos segundos regreso con un tapiz que Maryam extendió sobre el piso.

—De nuestra tierra iraní —dijo ella señalándolo.

Flower, una mujer que no podía renunciar a ningún deber sin culpa, tradujo de inmediato. Maryam continuó revelando algunos pormenores de su familia. Habían llegado veinte años atrás, cuando ella tenía dos años, y con el dinero que traían desde Irán adquirieron ese apartamento y abrieron un negocio que la madre había administrado hasta hacía unos años atrás. Tras su muerte misteriosa —misteriosa sólo porque un día no despertó— decidieron vender el negocio y vivir de los ahorros. Y allí estaban, viviendo de la apatía en un apartamento ruinoso, esperando alguna recompensa por tanta resignación, contando el paso doliente y prometedor de las horas.

Impaciente, Germán empezó a caminar por el corredor; pasó a la sala y se entretuvo haciendo sonar rítmicamente los pisos huecos de madera. Luego miró en tor-

no suyo. En el cielo raso, corroído por la humedad y sin pintura y con tupidas telarañas en los ángulos oscuros y sin forma, se veían los cimientos desnudos y macizos. En algunas paredes había inscripciones indescifrables en tinta negra. Ese comedor tan monótono y gris contenía, sin embargo, un rasgo singular: los espacios vacíos, la silla en el centro, espacios vacíos; luego una mesa desvencijada y cuatro sillas en los extremos. Espacio vacío. Eso era todo... Y después, en el cuarto, el anciano, arraigado en su vejez tenaz como un músculo; la hija, dulce y siniestra en el dominio que ejercía sobre su padre; el ventanal que daba a un apartamento vecino; la cama estrecha, larga y cercada por un vago olor femenino; en un rincón un escritorio donde había varios libros apilados; luego un ropero alto y ancho, de madera oscura y densos espejos rajados —en Estambul todos los espejos estaban rajados—. Nada más. Espacio vacío... Y una alfombra persa, el único objeto que no parecía engendrado en el vacío, tendida en torno a él, como un lazo entre lo humano y la nada.

Flower, afeada otra vez por la jovialidad, de pronto fue hacia Germán e interrumpió sus conjeturas:

—Maryam nos ofrece té. ¿Usted quiere?

—¿Todavía hablan en el cuarto?

—Sí... Cuenta algo de su vida. Venga, escuche que le traduzco.

—No me diga... Ya son amigas, entonces.

Flower rió, otra vez, exhibiendo sus exclusivos dien-

tes de niña. Germán la miró desentendido: ¿qué le causaba gracia? Después de tantos años de incomprensión descubrió que no soportaba a las personas —y aún menos a las mujeres— sujetas a la necesidad de reír; era como si el tamaño de la risa revelara lo inescrupuloso del ser humano. Le contestó que no quería té, quería irse: la casa era tan aburrida como la vida de quienes la habitaban. Flower intentó reponer algo, pero él la interrumpió cruzando el índice sobre los labios, y se acomodó en la silla del centro:

—Vamos, despídase. Yo la espero acá.

No, no era cierto lo que acababa de decir; él sabía que en esa casa había algo ausente, algo que la hacía enigmática como la fosa deshabitada de una tumba; intuía que las vidas de Akbar y Maryam, a pesar de su presente estático, discurrían en hechos tan asombrosos como extravagantes. En realidad no quería permanecer porque en lo ausente se manifestaba algo chocante: en esa atmósfera menesterosa parecía cifrada la tragedia inconclusa de sus habitantes. Supuso que antes el salón había estado poblado de muebles y que se habían deshecho de todo tras la muerte de la madre. Lo que quedó había adoptado, irremediablemente, la forma de un resto; incluso el anciano, cuando hablaba en esa lengua desconocida, parecía escupir despojos de alguna lengua abolida o, como los mendigos, masticar las palabras hasta deformarlas con la necesidad. Todo, tras la muerte de la madre, se había convertido en un resto de ella: todo debía haberle perteneci-

do... O quizás ella hubiera sido una mujer tan avasalladora que se había apropiado de cuanto estaba a su alcance, incluso del cuerpo ahora desvalido de su marido. De esa forma no resultaba extraño que Akbar viviera fuera de sí, ¿pues cómo un cuerpo habituado a la ajenidad, al goce de pertenecerle a otro, podía volver a habituarse a sí mismo? Pietro, su hermano, había sido un caso análogo, aunque en él la imposibilidad de controlar el cuerpo se debía más al hábito de prescindir de él que al de ponerlo en manos de otro.

Poco después Flower volvió del cuarto; Maryam, a su lado, parecía apenada por tener que despedirlos tan pronto. El viejo, enfadado, en el otro cuarto hablaba en su lengua desdeñosa. Flower le comunicó que tanto Maryam como su padre agradecían la visita. La joven no despegaba de Germán los ojos vastos y encendidos. Él, enseguida, mientras atravesaba el pasillo para despedirse de Akbar, se preguntó asombrado a dónde había ido a parar la envolvente timidez de esa muchacha. En el umbral del cuarto divisó al viejo, terco, retorcido, apoyado en un marco, vociferando; tuvo la impresión de que esos sonidos eran los aullidos de un roedor, y lo saludó con la mano, sin acercarse, y el anciano intensificó sus alocuciones, ahora más cercanas a un lamento contenido. La hija le gritó desde la sala, reprendiéndolo por el espectáculo, y él enmudeció y todo su rostro, sin mirada, sin gestos, pareció descomponerse en el silencio. Germán le dio la espalda y fue hacia Flower. Las dos mujeres se despidieron

con un abrazo breve pero elocuente. Él sólo le extendió la mano y le devolvió la sonrisa firme y ancha que ella le dedicó. Después salieron y descendieron rápidos la escalera. La atmósfera del edificio ya contenía algo familiar; los olores, más que intensos y repulsivos, ahora parecían piezas minuciosas de un infierno cotidiano. Se detuvieron en el patio ya desdibujado por ágiles perfiles de atardecer. Germán miró el cielo desparejo y dijo que era hora de volver, era suficiente por ese día: ya estaba cansado.

Tomaron un bote en el embarcadero de Fener, rumbo al centro de Estambul. En el borde del horizonte se acumulaba un humo gris y blando. Empezaba a declinar la tarde.

VI

Masticó saliva y sintió la boca pastosa, ardiente. Hubiera querido seguir durmiendo, pero ya se había despertado varias veces y había prolongado la siesta indefinidamente. No podía dormir más; un sopor denso le comprimía la cabeza, los párpados, todo el cuerpo mojado, aturdido y sin reflejos. Improvisó un intento por levantarse. Los miembros no le respondían. Esperó unos minutos, tendido, sin comprender dónde estaba ni qué hacía ni quién era. En torno a él, muros de un verde aguado, techos descascarados; una escena que alguna vez, lejos en el tiempo, había vivido. Recordó la mañana de su llegada; el primer despertar en Estambul; el vecino que lo había abordado en la escalera; luego el desayuno; el recorrido por los mercados; la casa, el olor penetrante y las escaleras frías e impalpables; Maryam con su sonrisa y sus ojos esquivos; los cuartos despojados, los espacios vacíos, el

anciano que hablaba una lengua muerta, una lengua que nadie entendía excepto su hija, quien se había pronunciado ante él al ofrecerle una mirada abierta y despejar la mancha obscena de la timidez. Y todo parecía haber ocurrido no ese mismo día sino en un tiempo remoto donde él apenas tenía la función y el placer obsoleto de un testigo.

La luz del anochecer, turbia y porosa, preñada de ruidos y misterios necios, entraba a través de la ventanita que estaba sobre su cabeza. No había cómo cubrirla: ella y sus vidrios ahumados formaban parte de la decadencia. Pisó la alfombra azul, todavía húmeda y fría. Fue hacia el baño y orinó larga y placenteramente fuera del inodoro; sin encender la luz, permaneció con el sexo entre las manos, inmóvil, los párpados bajos, saboreando un alivio que abría paso a la angustia, la deliciosa angustia del anonimato: la extranjeridad que bullía en ese cuarto recalcitrante. Se enjuagó el rostro y apenas pudo vislumbrar sus facciones dispersas en el espejo. Mejor, pensó, mejor no verse en el espejo después de despertar. Volvió a la cama. No tenía ánimo para salir; tampoco para permanecer en la habitación. Especuló con desaparecer, convertirse en una recta, pero las rectas eran infinitas e infinitas rectas cruzaban una recta. Volvió a recordar al vecino y por un momento creyó que era buena idea golpearle la puerta. ¿Pero para qué? ¿Qué podía hacer junto a ese individuo extravagante? Por lo pronto debía salir al pasillo, recuperar aire... Bajar.

Nuevamente las escaleras caracol, el olor untuoso que exhalaban las alfombras, los peldaños chirriantes, la risa y la voz hosca de alguna pareja de turistas que hacían alarde de su engañosa felicidad. Salió, sin reparar en el encargado indolente que levitaba detrás de la recepción y sacudía una mano grande y floja. La luz que quedaba de la tarde se ahondaba en la brisa inflamada y áspera, como desgarrada por tantas plegarias. Se apoyó sobre un muro, junto a la entrada del hotel, y miró pasar el tumulto de gente que se diluía por las calles a esa hora, la hora de la hendidura, como solía decir, la hora atemporal en la que se juntaban, similares a labios, los bordes del día y la noche. Empezó a sentir cansancio, no sabía si de mirar o de estar parado. En todo caso no quería ni estar parado ni mirar. Mientras, lentamente como en cualquier perdición involuntaria, se hundía en la vigilia: la grieta sofocante y hermética, la instancia en la que nada puede satisfacer la necesidad y en la que todo, sin embargo, puede alentarla. Se le ocurrió comer y fue hacia la calle principal, donde por la mañana había visto varios lugares de comida recalentada, pero al abordarla se detuvo porque una voz familiar sonó a su espalda.

—¿A dónde va?

Germán investigó el rostro del desconocido; retrocedió unos pasos para aclarar su memoria. El hombre sonreía, lo observaba complacido y le confesaba, mientras se acercaba para palmearle el hombro, que era una grata sorpresa volver a encontrarlo. Lo identificó por la voz:

otra vez George. Llevaba lentes oscuros que tapaban sus ojeras, bermudas y una gorra de beisbolista.

—¿No me reconoce?

—Sí, ahora sí... Disculpe, estoy atontado por la siesta. ¿Cómo está?

—A dónde va así, tan dormido y despeinado.

—A comer.

—¿En serio? Yo acabo de comer.

George se tomó el mentón, se mordió los labios y con una solemnidad premeditada se ofreció a acompañarlo, pues era triste para un hombre cenar solo, como era triste no tener mujer en la cual sufrir. Germán lo persuadió de que no había ningún tipo de tristeza ni en comer solo ni en la soledad misma, y lo instó a que imaginara la soledad inconmensurable de un matemático. Sin pretenderlo, sus palabras despertaron en él un acceso de simpatía y optimismo, como si transmitieran un gesto amistoso o de obsecuencia: en efecto, George siempre comía solo, hablaba solo, caminaba solo, dormía solo... Estaba, en fin, encadenado a una soledad elástica que torneaba según sus necesidades o carencias.

Entraron a un restaurante de comida recalentada, "Pudding Shop", mítico punto de encuentro de viajeros que en la década del sesenta peregrinaban hacia la India. Germán se sirvió arroz, pagó y se sentó en una mesa junto a la ventana. George, mientras, caminó a lo largo del salón arrastrando sus pies malformados y balanceando la cabeza, como si en ella ajustara las partes de un monólogo

que, en efecto, se materializó cuando decidió tomar asiento en la mesa y empezó a hablar de su pasado. Germán, incomodado por su presencia, o mejor, por la repentina visión de ese accidente que eran sus pies, sus pantorrillas gruesas y sus rodillas menudas e imperceptibles si no fuese por el relieve tosco que delineaba su chuequera, lo interrumpió insinuándole que él no hablaba mientras comía, lo cual creyó bastaría para hacerlo callar. Pero no... O sus palabras no habían sido exactas o su interlocutor era un imbécil. George le dio la razón, seguro, era difícil hablar con comida en la boca, y desplegó su monólogo agregando, a cada rato, que no se preocupara por responder, que siguiera comiendo: más tarde podría decir todo lo que quisiese. Volvió a relatar, con aire ensoñado, su estadía en el hospital, revelando ciertos detalles que antes había omitido por distracción. En general eran infamias inventadas por los enfermos en confabulación con el personal del hospital. Cuando anochecía, las enfermeras, que siempre eran las mismas, de blanco, piernas al descubierto, largas, castañas y atléticas —parecía que las preparaban para torturar a los convalecientes—, venían y le ponían unos pañales no muy higiénicos —que además le apretaban— porque lo acusaban de hacer sus necesidades por la noche. Ya al amanecer otras señoritas menos acicaladas le retiraban los pañales, siempre impecables por supuesto, y le ataban las manos porque los enfermos de camas contiguas más de una vez se habían quejado de que él, diariamente y en horarios impredecibles,

se valía de ellas para perpetrar actos indecorosos. Según creía, aquello había sido una maniobra vil para privarlo de sus manos tan bellas y blancas, de dedos largos y tersos, casi de pianista... La envidia había llevado a todos los enfermos del pabellón a pergeñar las mentiras más denigrantes. Él no recordaba qué hacía con las manos, como no podía recordar qué hacía con las piernas, con las orejas, con la boca... ¿Por qué iba a recordarlo? ¿Quién si no un demente podía recordar ese tipo de cosas? Bueno, tal vez fuera posible que entonces jugara con las manos; estaba tan aburrido que podría haber hecho cualquier cosa, incluso atarse los dedos unos con otros. Sólo sabía, esto lo recordaba muy bien, que permanecía postrado, subyugado por una corriente de impulsos que no podía satisfacer; a veces en esa cama blanda y viscosa, se sentía una ballena anclada en una playa —por supuesto, una ballena con dedos de pianista—. Pero tras la operación y durante el tiempo de rehabilitación le dejaron las manos en paz, pues sus compañeros de cuarto —los llamaba compañeros porque no tenía otra palabra— habían cambiado. Nadie volvió a quejarse, aunque por la noche, después de que le sacaron el suero post operatorio, el personal del hospital siguió ultrajándolo con pañales diminutos. Y el ultraje, ciertamente, era necesario para que el convaleciente no se revelara; él mismo, si no hubiera sido por esos pañales que ejercían una suerte de contención ontológica y afectiva, hubiera huido. Por fortuna halló en la cama contigua un enfermo nuevo, un señor

muy fino, de apellido italiano pero nacido en Sudamérica, con quien podía entablar amistosos diálogos en inglés. Por la noche el desdichado tenía pesadillas en castellano y gritaba, no sabía qué, porque no entendía la lengua, pero gritaba lastimosamente y despertaba sofocado mientras las enfermeras lo acomodaban y él gemía diciendo, en inglés, que su ciudad había desaparecido, ya nadie quería comer carne, ahora los habitantes y los edificios arrastraban una pesadumbre irreal: los edificios eran altos bloques de cemento que saturaban las calles con sombras espesas como costras; los habitantes, androides acomodados a la civilización que habían perdido el habla y traducían el silencio al color del dinero. De aquel personaje exótico no pudo despedirse, porque un día, al despertar, halló su cama vacía. Preguntó por qué y le dijeron que lo habían trasladado a terapia intensiva. Cuando le dieron el alta dos días después, salió caminando con muletas y antes de abandonar el hospital quiso hacerle una visita para recompensar el sosiego que él le había deparado. Pasó por terapia intensiva, pero le dijeron que no existía ningún hombre con las características que mencionaba.

Germán terminó el plato de arroz y le hizo señas a George para que se detuviera. Supuso que no hablaba durante el día y que cuando encontraba a quien someter expulsaba las palabras contenidas, las anécdotas indiscretas. Meticuloso, las acumulaba y se desprendía de ellas en un monólogo atropellado; apenas se permitía respirar

y los titubeos, tan halagadores para cualquier oyente, estaban fuera de su aceitada parafernalia. Quizás le atormentaba tanto el deseo de decir todo que no podía controlar su necesidad... Además poseía una capacidad ilimitada para hacerse inentendible; parecía un hombre que, aun siendo una refinada antología de patologías, conocía y gozaba de la solemnidad de los indescifrables.

—Dígame —dijo Germán encendiendo un cigarrillo—, ¿hay en esta ciudad algún lugar para escuchar jazz?

—No puedo ir hoy. Estoy ocupado —contestó George, despectivo, bajando los ojos y mirándose las manos con vanidad lúgubre.

Le reconfortó que hubiera rechazado de antemano una invitación que no iba formularle. Perseveró para obtener información y George, del mismo modo, insistió en que tenía la noche ocupada. Germán contempló la posibilidad de recurrir a esa ironía que siempre había intuido en sí y que había aplacado por creerla insana, casi una deformación moral; entonces le insinuó que se sentía apenado por no contar con su compañía esa noche, pero que igualmente haría un esfuerzo e iría solo si él le daba la dirección de algún club de jazz. George, con un gesto recurrente, se tomó el mentón y se mordió los labios, mientras indagaba su cara como si estuviera por confiarle algo demasiado íntimo y dudara de su fiabilidad.

—Taksim... Cerca del Tünel, sobre Istiklal Caddesi —susurró y volvió la cabeza hacia otro lado, como avergonzado por la confidencia, aunque enseguida le pregun-

tó si realmente iba a ir. Germán le contestó que sí, que no iba a poder conciliar el sueño porque acababa de despertarse y tenía, sobre todo, ganas de salir y perderse en esa noche incierta.

—Ah, bueno, cualquier cosa, si cuando vuelve tampoco puede dormir, golpee mi puerta, yo siempre estoy semidespierto. No duermo realmente, porque desde que salí del hospital...

Germán lo interrumpió poniéndose de pie. Carraspeó levemente, le extendió la mano, le dijo que se iba y que en otra ocasión escucharía pormenores de su ya célebre estadía en el hospital. George enmudeció, los ojos estáticos, la boca entreabierta, una hilera de dientes amarillentos y torcidos asomando, los labios fruncidos y detenidos en un gesto de amante despechado. Al salir Germán se volvió hacia él; lo vio de espaldas, corpulento, aún inmóvil, y sintió repulsión hacia las historias de hospital que acababa de escuchar. Apresuró la marcha, no fuera a ser que él cambiara de parecer y aceptara "la invitación". Tomó un tranvía vacío en Divan Yolu, hasta el puente Galata, desde donde podía caminar hasta el Tünel. Bajó en la última estación y atravesó un pasadizo subterráneo que durante el día estaba poblado de vendedores y que ahora sólo conservaba papeles y restos descompuestos de comida. Salió al puente. La noche descendía delgada sobre el Bósforo; en el fondo del horizonte manchado por vapores y luz de luna, sobresalía la silueta rasante de mezquitas más oscuras que el cielo. En la orilla las em-

barcaciones se balanceaban bajo la corriente, y en ellas hombres vigorosos cocinaban y vendían pescados que difundían un humo rosáceo y perfumado, con olor a brasas y carne cocida. A esa hora zarpaban los últimos ferrys hacia oriente; los pescadores empezaban a abandonar el puente y los ruidos se estiraban, demorados como el agua del Bósforo, contra el silencio nocturno, el silencio ambiguo de caminantes y mujeres que traficaban sus deseos. Germán se detenía cada tanto, respiraba la brisa que subía desde el agua hacia el puente, y Estambul le resultaba una ciudad desbordada por la feminidad caprichosa de un felino.

Al final del puente los caminos se bifurcaban. Ante semejante dilema, decidió abordar un taxi hasta Taksim. El coche subió por una cuesta a través de un camino que se ramificaba en pasajes y callejuelas partidas por la penumbra. Pasaban las casas inclinadas y los habitantes, también inclinados, sentados en umbrales o cerrando tiendas fantasmales para ellos tan dolorosas como entrañas o hijos muertos. En los bares se atisbaba una luminosidad cruda, densa como miel; el interior borroso estaba poblado de hombres que bebían chai y jugaban al backgamon o a las cartas entre el humo ámbar que ondulaba difícil sobre sus cabezas y parecía disipar la presencia agria de la noche. El taxi se detuvo y el conductor le indicó con la mano un pub, en una esquina. A través de los vidrios la noche parecía más renegrida y remota. Germán bajó y caminó sin apuro. Un tranvía de un solo vagón, de

ésos que andaban en su infancia, pasó a su lado. Dos niños que corrían tras él para montarlo, lo alcanzaron y de un salto brusco se colgaron de la parte trasera. Una escena que debía haber visto, aunque no tan espontánea, en algún film. El tranvía se perdió en las sombras sigilosas; quedó un sonido elástico e impenetrable similar al de las flautas encantadoras de serpientes. Germán sonrió y pensó que siempre los niños alcanzaban el tranvía; incluso él, en su infancia, cuando regresaba del colegio junto a dos amigos y esperaba a que el tranvía se alejase para ir tras él y montarlo. Su hermano Pietro, que no estaba en condiciones de correr —incluso en su estatismo había cierta torpeza—, pagaba el boleto, y a veces Germán distinguía, tras el vidrio del fondo, su rostro gris flotando sin aflicción pero con el resentimiento de quienes ya han sufrido demasiado para admitir placeres ajenos al castigo. Eran sólo recuerdos... Estambul, como una ciudad fabulosa, estaba cargada de recuerdos, de trizas, y caminar por sus calles implicaba tropezar con ellas y unir su intimidad en la memoria.

En la entrada del pub estaba anunciado sobre una pizarra: "Jazz round midnight by Bill and Jim". Extraño, no había apellidos. Espió a través de los cristales: había bastante público, aunque la sesión aún no había empezado. Decidió entrar, atraído más por la gente que por el aviso, pero las mesas estaban ocupadas. Consiguió un asiento en la barra y ordenó un whisky doble con hielo. Las luces levemente amarillas se esparcían sobre el público, mien-

tras el angosto escenario permanecía en una oscuridad interrumpida por algunas siluetas. No se distinguían los rostros, pero el racimo de voces se condensaba en un murmullo nervioso, más audible que la música de fondo, un jazz viscoso y sin relieves.

—¿A qué hora empieza? —le preguntó Germán a un hombre voluminoso que bebía a su lado y que meneó la cabeza porque no hablaba inglés.

El barman se acercó y le dijo que no se podía saber con los músicos de jazz, más cuando eran buenos: podían llegar de un momento a otro o no llegar nunca, porque la noche, porque la noche, repetía ebrio y en un inglés latoso, porque la noche tenía caminos que se bifurcaban, y los artistas tenían un hábito, un hábito de perderse en esos caminos. Germán, confundido, hizo un gesto de renuncia; entonces el barman volvió a repetir lo mismo y agregó que quienes iban a tocar eran dos músicos que estaban de paso en Estambul y se habían presentado en el pub, muy alegres, dos noches atrás. Pidieron una guitarra y un piano. Piano no había; había órgano. El pianista, tan simpático, se conformó con el órgano y se sentó frente a él, mientras el otro, apodado Jim, se paró a su lado, chasqueó los dedos e inició la sesión. Eran las dos de la mañana y casi no había gente presente, pero ellos tocaron magníficamente, como grandes músicos norteamericanos. Después de media hora se pusieron de pie, fueron hacia la barra, bebieron un whisky que prefirieron pagar y se presentaron como Jim and Bill. No quisieron revelar

sus apellidos ni hablar de honorarios; sólo prometieron regresar dos días más tarde, alrededor de las diez, para tocar con más público. Luego se alejaron caminando, despojados como si el talento no les pesara, las voces roncas, el inglés turbio uniéndose a la oscuridad.

Cuando el barman se apartó Germán miró con cierto malestar su reloj: doce menos cuarto. Se palpaba la atmósfera expectante, porque el barman había difundido la misma historia ante casi todos los presentes. Recién a las doce, cuando en el pub no cabía una persona más, entraron dos hombres blancos, bien trajeados, uno con guitarra, el otro con gafas redondas y un cigarro oscilando entre los labios. Sobrevino un silencio inestable y el público se volvió hacia ellos. Vacilación. El barman aplaudió y de inmediato el público se sumó a la bienvenida. Bill y Jim llegaron a la tarima esquivando las piernas del público sentado que intentaba abrirles paso sin levantarse. Se acomodaron en el reducido espacio que les quedaba, pues el público había usurpado parte de ese escenario para novatos. Jim empezó a afinar la guitarra mientras el bullicio crecía y se generaban discusiones, porque alguien dijo que ese pianista, Bill —no se acordaba qué, Bill algo—, era uno de los más virtuosos en todo el mundo, y que él lo había visto en Berlín con las mismas gafas y el cigarro entre los labios. Alguien lo tildó de infame y propuso preguntarle a los mismos músicos quiénes eran en realidad. Pero de pronto el piano, terso y formidable, traspasó las voces. Bill, con el cigarrillo consumido, pro-

nunció casi para sí "My funny Valentine", y en ese momento se acopló la guitarra, resbalosa, y el público quedó inmóvil en una penumbra ondulada y sofocante.

VII

Una hora después la función finalizó. Los dos músicos se pusieron de pie y el publicó se desató en estrepitosos aplausos. Bill sacó un pañuelo blanco de su bolsillo, se secó la frente mojada y sonrió distraídamente, balanceando la cabeza, mientras Jim, imperturbable, empezaba a enfundar la guitarra. Una luz arenosa fue saturando la atmósfera, y el público empezó a surgir de la oscuridad combada por tanto swing y tristeza... Porque en el jazz hay una tristeza elegante; la tristeza honrosa de lo perdido o el dolor de lo irrecuperable; el ritmo tenaz de la sangre que se derrama, como otra derrota pasajera, en el vientre de los artistas. En el jazz está tatuado lo imborrable: la silueta de una mujer caminando solitaria por la noche abierta y húmeda de un puerto; la risa vasta de un grupo de negros en una taberna mientras el alcohol los exaspera e ilumina en sus ojos lastimados la tierra

dura y sin arar; la soledad abrasadora del artista frente a su mundo sigiloso de sombras falsas y certezas lábiles como cuerpos.

Era ya medianoche pasada y el público, con su rumor áspero y su satisfacción pretenciosa, se fue dispersando en la noche tibia. Los músicos, en cambio, ocuparon una mesa donde bebieron gratis y permanecieron solos, interrumpiendo el silencio con risas y frases breves, hasta las últimas horas de la madrugada.

Después de la sesión, Germán entabló un diálogo con una joven rubia y delgada que decía ser rumana y hablaba en un inglés complejo y sin acento. Había llegado a Turquía con su hermana mayor, diez años atrás, cuando la policía secreta encarceló a sus padres por disidencias con el régimen comunista. No había vuelto a verlos ni había regresado a su ciudad. Con una sonrisa ingenua y gruesa confesaba que amaba Estambul casi tanto como a los hombres mayores, y vivía en Taksim, todavía junto a su hermana. Germán no hablaba mucho; mientras la escuchaba observaba a los músicos en una mesa apartada, riendo y bromeando con el mozo que les servía whisky y permanecía atónito, como intentando descifrar las palabras con los ojos oscuros y atentos entre los párpados fruncidos. En un vaso largo ella sorbía despacio una gaseosa. Aunque en realidad no bebía, porque se entretenía despintándose los labios con el extremo de la pajita, o frotando

la lengua afilada y graciosa, casi pálida, contra los bordes del orificio. Mientras, deslizaba los ojos levemente, siempre sobre el rostro de Germán, como exigiéndole una respuesta a su temerosa seducción. Pero él estaba demasiado habituado a esos sobornos ingenuos para responder; prefería mantenerse distante y dócil, esperar a que ella agotara sus artificios para demostrar el efecto que surtían sobre él. Por eso desviaba la mirada hacia los músicos, sin ignorar la lengua infantil, lívida y sin consistencia; los labios extenuados; los ojos movedizos e intermitentes, de un color azul suave como piel; las piernas cruzadas y largas y enfundadas en medias negras de red.

Ella le pidió un cigarrillo; lo puso entre sus labios y dejó que la lumbre que Germán le ofrecía le iluminara los ojos calientes, cristalinos y espaciosos como huecos en los cuales las cosas y los hombres parecían quedar estancados. Descruzó las piernas, las separó y sonrió humedeciéndose los labios con el movimiento calculado de la lengua. Le rozó la mano, se puso de pie y Germán le miró las piernas armoniosas, el cuerpo erguido, los senos firmes y sinuosos y la boca amplia dilatada por la seducción. Le preguntó a dónde podían ir, y ella le contestó que ante todo tenían que acordar el precio: ella no era una mujer de mala vida que trabajaba todos los días; estudiaba durante la semana y sólo los sábados pasaba la noche con algún hombre, un hombre maduro, mejor dicho, porque a ella le gustaban los hombres que sabían

satisfacerla y tenían clase. Prefería los extranjeros... Mejor si eran europeos y tenían dinero. En definitiva ella no era una puta; no vendía su cuerpo sino ese objeto invaluable que era su propio placer. Gozaba quizás demasiado y se creía obligada a ofrecer, casi por un impulso caritativo, ese rasgo ilimitado de su sexualidad a cambio de dinero, pues no se lo podía entregar a cualquier hombre gratuitamente y el amor no era suficiente para recompensarlo ni inducirlo. Sólo los fines de semana se ofrecía, repetía con más elocuencia, ardiente por días de abstención. Después estudiaba y tenía sus amigas, que nada sabían de sus prodigios. Con el dinero se pagaba los estudios y se compraba alguna ropita de mujer, como tacos aguja y medias de red, gracias a lo cual nunca le faltaba un compañero de ésos que ella denominaba serios. ¿Qué más quería? Era joven, sabía disfrutar su propio destino y tenía derecho a hacer lo que quisiese con él, porque era suyo, sí, bien suyo y profundamente femenino. Profundamente femenino, repitió Germán y le ofreció cien dólares, seguro de que no era mucho, pero sí suficiente. Ella lo envolvió en sus brazos y lo besó sin pasión, con un egoísmo vicioso, provocador. Germán sintió los labios carnosos y tibios, la lengua avara, ágil y pulida, la saliva dulce, penetrante; luego los dientes, que apretaban su lengua y mordían sus labios y volvían a ocultarse tras esos besos gruesos que tenían algo artificial y hostil, y que sin embargo estaban cargados del relieve y del sabor pulcro que delata a la juventud. Ella apartó la boca despa-

cio y alejando su cuerpo con las manos; masticó una sonrisa insulsa y lo miró con fijeza, los ojos ávidos y casi traslúcidos, mientras con un pie le rozaba una pantorrilla y sentía el borde de la media y un poco más arriba el vello escaso; finalmente meneó la cabeza y transformó la sonrisa en un descompensado gesto de espera.

—¿Ciento cincuenta? —propuso Germán.

Un sonrisa de satisfacción atenuada se insinuó en sus labios de pronto pacíficos y sin tensión. Germán se levantó y pagó los tragos. Fueron hacia la salida, tomados de la mano, y él miró por última vez a Jim y a Bill, afirmados en la penumbra, ajenos a la escena, sus voces imbuidas en el ritmo rabioso del jazz. Rememoró los sonidos y pensó que esa noche había descubierto qué era el jazz; había avizorado el modo de escucharlo, el modo de comprenderlo sin pensar. Caminaron rumbo a Taksim por Istiklal Caddesi, la calle de las tiendas y de la moda, que nada tenía que ver con la otra parte de Estambul, la de mercados detenidos en el tiempo, indescifrables como rajaduras, la de las mujeres profusas y veladas por un pudor cercano al recelo. Por los alrededores de Taksim, desde principios de siglo, estaban ubicadas la mayor parte de las embajadas y las residencias de las clases adineradas.

—¿A dónde vamos?

—Yo conozco un hotel —dijo ella tomándolo por la cintura y agregó:— Papá...

—Germán.

—Mi pequeño Germán —dijo ella, parpadeante y haciendo puchero con la boca—. Yo soy Ileana.

—Ibeana, ¿eh? Ibeana —y la apretó contra sí sin fuerza y la besó, y ella se resistió levemente al principio porque él había pronunciado dos veces mal su nombre.

Doblaron en una calle lateral y empezaron a caminar cuesta abajo. El paisaje de las casas iba variando a medida que se alejaban. Volvía a traslucirse en las fachadas cierta indolencia; en la luz tibia de los faroles había desgarro, y el desgarro se suspendía en las ventanas desveladas y sucias entre el aire plomizo, en el paso sigiloso de los habitantes, en las miradas recelosas y bajas. El viento, arrastrándose a través de las callejuelas, traía un olor asentado a hojas secas y a combustible quemado. Gatos rollizos hurgaban la basura dispuesta —o abandonada— en umbrales que a esa hora parecían impenetrables y tensos como bocas cariadas. En el fondo del horizonte fluía un fragmento del Bósforo y la luz calma de barcos bifurcando la noche.

Caminaron tanto que Germán empezó a familiarizarse con los brazos de Ileana; a pensar que no quería nada con ella, que conocía sus pasos, sus gestos —sólo tenía un par de gestos: labios fruncidos y sonrisa belicosa—, y que había estado con ella lo suficiente. Pero Ileana volvió a hablar cuando llegaron a la puerta del hotel, y él volvió a desear: quería desnudarla, deshacer esa familiaridad trivial y agobiante que exhalaba su apariencia, satisfacer la ilusión de completarla con la posesión. Subieron

a través de una escalera apenas iluminada por la luz tosca de un farol. Al final, donde nacía un corredor, estaba la recepción. Un hombre dormía sobre el mostrador, detrás del vidrio opaco contra el cual Ileana hizo repiquetear sus uñas afiladas y esmaltadas en rojo. El hombre alzó la cabeza con una tranquilidad y una despreocupación dictada por el hábito tortuoso de ser despertado; encendió una luz y se palpó rápidamente las facciones como para acomodarlas o corroborar que todavía estuvieran en su lugar. Su rostro era chupado, insípido y verdoso, y un gesto apocado unía todas sus facciones anestesiadas; en la frente tenía una cicatriz larga y combada, como de lobotomía. Por unos segundos meció de un lado a otro los ojos asustadizos, claros y salientes, para forzarlos a la visión de esa lúgubre escenificación que día a día representaban las parejas de paso. Después, sosegado, habló en turco con Ileana y le extendió una llave a través de la ventana, mientras Germán permanecía a un lado, inspeccionando impaciente su cicatriz y sus ojos sumisos, toda su complexión desgarbada, injusta, abismal.

—Se paga por adelantado —comentó ella sin mirarlo y extendiendo las manos sobre el mostrador de madera barnizada.

Germán, sin vacilar, hurgó en sus bolsillos y por primera vez tuvo la impresión desagradable de que su colección de caligrafías representaba un exceso enfermizo, casi un despojo de la infancia. Concibió la posibilidad de deshacerse de todos esos papeles, pero a tiempo

halló la billetera en un bolsillo interior y se apresuró a pagar, algo avergonzado por razones que sin duda los otros debían no intuir. No era mucho dinero por una noche; apenas alcanzaba para un paquete de cigarrillos. Miró en torno suyo: las paredes empapeladas y claras; pisos carmesí alfombrados y polvorientos; a lo largo del techo, en el corredor principal, lámparas chatas dispuestas a la distancia de un metro que arrojaban una luz amarillenta y sucia. Ileana lo guió a través de pasillos; él iba detrás, entre desalentado y arrepentido, porque advertía que ella tenía una habilidad sospechosa para orientarse en los caminos que transitaban. Se detuvieron ante la puerta veintiocho.

—¿Qué pasa? ¿Qué es esa carita de huérfano? —dijo ella, maliciosa pero con expresión suave e ingenua de monja.

—Nada. Entrá —y clavó los ojos maduros y atentos en su perfil casi perfecto.

Ileana empujó la puerta, entró y fue hacia la cama, donde se sentó, cruzada de piernas. Con un gesto extorsivo en la cara encendió un cigarrillo y observó impasible a Germán, que entonces comenzó a caminar por el cuarto amplio y amoblado con una cómoda polvorienta, dos sillas desvencijadas, una mesita de luz y un escritorio diminuto que parecía más bien una mesa para almorzar. Cada tanto se detenía a observar la imagen de Ileana, desplegada en un espejo justo sobre la cama doble: la nuca redondeada, la espalda larga y recta que se hundía en una cintu-

ra esbelta, los hombros descubiertos, afinados, blancos como hielo. Tuvo la impresión de que sólo la posesión podía hacerla menos ilimitada; podía empujarla a reconocer la finitud, la irremediable torpeza humana, en la conciencia del placer. Aunque tal vez sólo parecía infinita la imagen que devolvía el espejo; al fin y al cabo su juventud era demasiado precisa, no aspiraba a la ambigüedad que ampara a las grandes mujeres y les confiere derecho y sumisión a lo ilimitado. Se acercó a ella y le rozó la cabeza; hundió la mano en su pelo y lo acarició con un movimiento parejo, lacio, como separándolo en hebras; luego se sentó a su lado para besarle el cuello angosto y nítido y abrir su vestido y lamerle los pechos pálidos y tan compactos que apenas se movían cuando los apretaba con un impulso denso, abarcador.

—Esperá —ella se puso de pie y fue hacia el baño con una carterita diminuta que Germán no había advertido hasta entonces—. Ya vuelvo —y arrojó el cigarrillo al suelo y entró al baño en puntas de pie, meciendo las caderas de un modo artificioso.

Hacía calor; en el cuarto circulaba un aire pegajoso y estancado. Germán buscó una ventana. Detrás de una cortina halló una ventana falsa que enmarcaba una superficie de ladrillos en cuyo centro había un cuadrito de un velero. Apenas pudo contemplarlo, cuando Ileana regresó del baño, otra vez vestida, remota. Él se volvió hacia ella, dejó la "ventana" abierta y pensó que la sensación de estar de pie y contemplar a una mujer sobre la cama, era lujosa,

perpetua. Ella se desvistió con lentitud, doblando su ropa y colocándola sobre una silla; creía que revelar las partes de su cuerpo aisladamente, como si cada miembro no estuviera en relación con el otro, dilataba el deseo de los hombres. Germán miraba, imperturbable, sus senos menudos y de pezones abultados y duros; sus nalgas firmes, tersas y blancas; sus caderas macizas, de mujer; sus muslos tirantes; su rostro meloso y redondo, casi desamparado en la dulzura de sus ojos azules y rasgados; su boca gruesa y oscura; su cabello rubio hasta los hombros, parejo y con vetas brillantes y onduladas; su entrepierna clara, sin vello, sólo dos comisuras violáceas y rugosas asomando entre la carne profusa. Germán se desvistió con cuidado, como si temiera lastimarse en un acto tan íntimo; sentía que Ileana, ya tendida en la cama, tocándose con la mano entre las piernas, especulando con su placer como con un lenguaje absurdo pero universal, lo rozaba con la mirada y sonreía de un modo exagerado y ajeno, no sabía si por deseos o porque le causaba gracia su cuerpo desgastado por los años.

—Me gusta el pelo blanco en tu pecho —dijo y se tocó con más ahínco—. Apuráte.

Con un movimiento inefable Germán se deshizo de la camisa y de los calzoncillos. El aire del cuarto era vago y caliente, y él transpiraba y ella empezaba a gemir, con los ojos cerrados, la boca entreabierta y las piernas recogidas, el vientre hundido y tembloroso, la superficie de la piel brillante. La luz tiesa y oblicua proyecta sobre el

espejo sombras afiladas, de una inverosimilitud incitadora. Avanzó hacia ella y arrodillado en el suelo le besó los pies pequeños y alabeados; deslizó la lengua ancha y reseca por sus ofrecidos muslos tibios, hasta la entrepierna ajustada, rosácea, espesa, y al degustar la suavidad del pubis pensó que Ileana no tenía vello, no porque se depilara, sino porque era una niña.

VIII

Había una niña dormida a su lado. Observaba las curvas generosas de su cuerpo, la cabellera enredada y menos brillosa, la piel castaña y densa en la penumbra; percibía el perfume pastoso de su sexo, el silencio que irrumpía entre las grietas de su respiración apática y todavía entrecortada. Se veía mirándola en ese insomnio cruel, como cuando era niño y desde la cama recorría la silueta inexpresiva de su hermano. Quizás entonces tuviera la misma edad que ella; tal vez un poco menos. No importaba.

Ileana giró la cabeza, emitió un gemido y volvió el rostro alisado por el sueño hacia Germán. Él la miró despacio para ocupar el tiempo. Encendió un cigarrillo y a través del humo ensortijado contempló sus facciones adormecidas, el relieve tortuoso de los pómulos flacos, las cejas adelgazadas que daban sombra a los párpados frági-

les y venosos. Pensó en el anciano de ese día: su rostro deformado por la furia mientras él lo saludaba, la pasividad con que al principio estaba en su catre y lo dificultoso que había sido para Maryam convencerlo de que buscara la alfombra persa, la lengua desconocida que su hija inteligía y que Flower más tarde confesó desconocer completamente. A decir verdad la hija no era menos misteriosa y rústica que su padre en tanto ambos eran cómplices lingüísticos y compartían el mismo aislamiento. Incluso el pasado en común resultaba enigmático y, ante todo, dudoso. Tenía la impresión de que había algo oculto detrás de la relación casi incestuosa que tenía con su padre: quizás una historia innarrable, demasiado íntima. No era mala idea visitarlos otra vez, se dijo mientras apagaba el cigarrillo contra el respaldo de la cama y volvía a mirar el sueño de Ileana, un sueño oneroso, inalcanzable. Su cuerpo inmóvil parecía seco y abstraído; la palidez absorbía la humanidad de sus rasgos, ahuecaba la expresión. Su hermano Pietro había sido tan blanco como ella, pero mientras dormía él tenía el hábito de percibir cuánto ocurría a su alrededor y traslucirlo en su cara nerviosa, huesuda y descompensada como una máscara. Tal vez allí residiera la virtud de soñar sin pecar. Ahora lo recordaba con aprecio, a pesar de que durante la infancia habían tenido una relación tormentosa y callada, transida de alusiones y deseos perecederos. Entrada la adolescencia, la relación se había mudado hacia un espacio de complicidad donde incluso la ausencia de palabras les perte-

necía a ambos. La complicidad se remontaba al mundo de las mujeres, cuya intimidad Pietro deducía en su imaginación y a la cual Germán, habituado al deseo terrenal, al deseo decepcionante y brutal que una muchacha le inspiraba en un tranvía, llegaba de un modo más intuitivo que racional. El mundo de uno se complementaba con el del otro y entre ambos forjaban una comprensión que no sólo los hermanaba, sino que los condenaba a una mutua y esmerada dependencia. Germán le había prometido confiarle sus primeras experiencias sexuales; Pietro lo arengaba y pretendía convencerlo de que debía tomar su lugar y acostarse con las muchachas que él jamás poseería. Al fin y al cabo tenían la misma sangre y podían compartir las mujeres, incluso las que aún no habían amado. Pietro tenía una conciencia alarmada de su monstruosidad, pero recién cuando la complicidad con Germán se asentó y llegó a su punto más elaborado, el de compartir las mujeres, empezó a sentirse aliviado, como si su impotencia frente al mundo quedara saneada por la posesión de un hermano. Comunicarse con él le confería el derecho —sólo una sentencia íntima— de apropiarse de sus actos, de modo que sus experiencias terminaban reducidas a las de un hermano en cuyo cuerpo veía encarnada la desalentadora virtud de vivir.

Durante dos años vivieron así, compartiendo conjeturas y experiencias que no iban más allá de miradas y diálogos vagos, sonrisas serviles, hasta que una noche halló vacía la cama de Pietro. La casa también estaba helada y

vacía... En los corredores y en los cuartos aún se respiraba el olor ambiguo de las lágrimas y un eco cristalino, de llanto. Una vecina que lo había visto llegar lo recogió unos minutos más tarde y le dijo que la acompañara, que lo iba a llevar donde su madre. Transitaron a pie un camino que él recordaba de cenizas; recordaba la noche, el aire estridente y vaporoso del verano cerrado en torno al olor indescifrable de los jazmines, la mano mojada e impaciente de la vecina apretando la suya y transmitiéndole todo el misterio y el horror que ya percibía. Entraron a una casa y recorrieron un pasillo largo y angosto excedido por el aliento áspero de las plantas. Llegaron al final, un final luminoso y lleno de murmullos. La vecina lo tomó por los hombros y lo empujó un poco, para introducirlo en la escena. Ahí nomás él pudo ver un grupo de gente: el tío, desgarbado y de traje, como siempre; la tía, con un vestido floreado y ceñido que exageraba su complexión de oso; la prima, niña aún, ajena a la escena, deslizándose de un lado a otro con sus zapatitos de charol; algunos amigos de la familia, con los que nunca hablaba por timidez y desconfianza, pues los veía a menudo en la iglesia acomodándose las facciones hoscas. Y en el fondo, inclinada sobre un cajón marrón y bordeado de flores y cirios parpadeantes, una mujer de luto que no se parecía en nada a su madre, porque el dolor le había roído el rostro hasta convertirlo en una cúmulo de carne pálida y sin rasgos. Fue hacia ella. El tío quiso detenerlo, pero Germán llegó hasta sus piernas y cuando se aferró a ellas

sintió que abrazaba los miembros de un ser desconocido. Luego percibió una mano tibia y afanosa palpándole la cabeza: era su madre, demasiado humanizada por el dolor, que lo miraba y de suspiro en suspiro le decía que Pietro se había ido, que los había abandonado porque "Dios no lo creó a imagen y semejanza". Desde pequeño había sido débil; los médicos le habían dicho que tenía un corazón demasiado grande. Demasiado grande, sí, e inclinó su desconsuelo sobre el féretro. Él se alejó; observó a Pietro, amortajado, el rostro liso y brillante, un gesto indefinido desgarrándose en la boca sellada. Se sintió hastiado por el hálito pulcro y repulsivo a cera, a formol y a flores estancadas. Pensó que él sabía que estaba ahí y que lo disimulaba para que los demás no advirtieran que en realidad vivía. Cuando no hubiera nadie en la sala hablarían de mujeres; volverían a hablar sigilosamente, porque la escena no podía ser real, como no podía ser verdadero ese silencio tan repentino y remoto. La madre no abandonó la sala hasta el amanecer, cuando el cansancio la venció y la trasladaron en andas a un sillón medio apolillado, afuera. Germán quedó solo, desmembrado pero con esperanza, y se acercó a Pietro; al ver sus manos unidas y amarillentas le preguntó, con una voz que después de tanto silencio le pareció falsa, si realmente se había ido. Después le palpó la frente llana y dura, y sintió por primera vez el frío limpio de la muerte repartido en un cuerpo humano. Nunca olvidó esa sensación; cuando palpaba algo frío le venía a la memoria el rostro tenso de

Pietro, los ojos entornados y estáticos como su vida. Aquella mañana, antes de irse, antes de llorar, le dijo, en voz baja, que siempre compartirían las mujeres; que los amores de él serían los suyos; que él seguiría vivo en esa promesa, en la terca unción de la hermandad, y así disfrutaría de lo que le había negado la vida.

Meses después Germán conoció a Ivanna, una muchacha de dieciocho años, ojos negros, relucientes y engañosos, cabello también oscuro y largo y enrulado desprolijamente, piel clarísima, labios espaciosos y remojados que al sonreír descubrían una hilera de dientes grandes e iguales, como de marfil. La había encontrado en el tranvía, cuando regresaba a su casa; ella lo miró y él se acercó a preguntarle algo, no recordaba qué, porque era algo muy estúpido. Enseguida ella se despidió porque bajaba en la siguiente estación, y él le respondió que también. Bajaron. Ella le preguntó por dónde vivía y él le contestó, con un tono apocado y despectivo, que no sabía, que lo había olvidado, ante lo cual ella nada más sonrió y empezó a caminar rápido, como asustada, sin decir nada. Él la siguió, atraído por el movimiento descuidado de sus piernas y sus caderas que casi no se balanceaban. En una esquina ella se detuvo y se volvió hacia él apretando furiosa los cuadernos contra el pecho. Jadeaba; todas sus calculadas convicciones juveniles parecían disipadas. Le ordenó que no la persiguiera y volviera de inmediato a su casa. Enseguida Germán intentó en vano convencerla de que en realidad él no la perseguía, ambos se perse-

guían mutuamente aunque uno fuera delante del otro. Se ofreció a cargarle los cuadernos hasta su casa, pero ella los apretó con más fuerza y lo miró con más desconfianza, con el pudor abigarrado de las mujeres que temen lo que desean no desear. El temor se trasmitió a Germán; retrocedió unos pasos, se temía a sí mismo: al temor insensato que ella le inspiraba. Iba a irse, confundido, cuando ella lo detuvo, animada por la ingenuidad que atizaba su rostro, y consintió en que la acompañara. Al extenderle los cuadernos rozó su mano nerviosa y presumió que ese muchacho más que peligroso era virgen —aunque la virginidad también llevaba en sí ciertos riesgos—. Le seducía la timidez precaria que crecía en él a medida que en ella se dilataba el deseo. Cuando llegaron al umbral de su casa, supo que él, enmudecido y asustado por la inminencia del beso, quería huir. Lo tomó de la mano tiesa y mojada, sonrió y al besarlo él apenas reaccionó. En los días siguientes volvieron a verse; Germán fue despojándose de la timidez en tanto vislumbraba en su feminidad ese secreto consolador que creen poseer los amantes. Ivanna había tenido algunos amores, todos incompletos, porque la habían abandonado hombres que, mayores que ella, no buscaban sino gozar pasajeramente de un cuerpo joven. Por otra parte, Germán, cada vez que le hacía el amor, recordaba a Pietro y pensaba que parte de su amor se la debía a él, a esa ausencia que calaba en sus huesos y había dejado huecos de soledad en las noches.

Después de unos meses Ivanna tomó la decisión de no

verlo más; le agobiaba el cariño ilimitado que él le imponía y que ella no podía retribuir. A medida que la relación se prolongaba ella sentía a un hombre-niño atado a su cuerpo; un joven que había pasado a ser un estorbo para su vida cotidiana, y que cuando se ausentaba algunos días dejaba más alivio que dolor. Germán conoció después otras jóvenes, pero lo femenino, tras su experiencia con Ivanna, se había transformado en una excusa para mitigar el dolor, la decepción abusiva. En esa época a la ausencia de Pietro se sumó la progresiva locura de su madre; convivir con ella era una tarea ardua que Germán evitaba manteniéndose fuera de la casa. Cumplidos los dieciocho años, partió hacia Bolonia contra la voluntad de su madre, quien le decía que su deber de último hijo era quedarse a su lado y vigilarla hasta que estuviera dispuesta a morir. La partida fue penosa. Ella estaba postrada en una cama, entre los vahos fétidos de su cuerpo y la dulzura prolija del almizcle y los narcisos muertos que enjoyaban su cómoda, y él le repetía que se iba a estudiar y a trabajar a Bolonia, y ella no reaccionaba; seguía desmenuzando un incesante monólogo que, interrumpido por accesos de lucidez, la iba empujando hacia el límite inmóvil y demorado de la demencia. Poco supo de ella después de su partida. Durante un tiempo le envió algo de dinero, hasta que los sobres comenzaron a regresar intactos. Cuando un tío suyo, años después, pasó a visitarlo por Bolonia, se enteró de que su madre había sido internada al poco tiempo de su partida y había fallecido tres años

más tarde, sin habla, sin razón. La casa había sido vendida y transformada en una veterinaria, y con parte de la venta habían pagado la internación de su madre. Lo demás, le comentó el tío, está acá, y le extendió un sobre abultado para luego retirarse lentamente, sin ningún adiós.

Ileana se retorció levemente; suspiró curvando los labios como si sonriera, e hizo unos gestos pausados, de fastidio, arrugando la nariz y el entrecejo. Su boca era aún más oscura bajo el peso del sueño. Exhausto, Germán abandonó la remembranza: demasiados recuerdos para una sola noche; otra vez se sumergía en el vicio inútil de la nostalgia y veía el mundo a través de un cristal sucio e hipnótico. Tuvo la impresión de que su vida era tan pobre que si empleaba unas horas más podía repasarla toda. ¿Pero para qué? Afuera palpitaba, fabulosa, Estambul. A su lado había una muchacha; no valía la pena sofocarse recordando. Se volvió hacia ella y le acarició la espalda mojada y esponjosa; la atrajo hacia sí; palpó sus senos calientes y besó su rostro crispado, envuelto en un perfume blando e intimoso. Ella gimió, desperezándose, porque Germán la había arrancado del sueño y la besaba y recorría con la boca ansiosa todo su cuerpo alarmado, y la montaba sobre sí para hacerle el amor. Aliviada por la inminencia de esa especie de castigo complementario que infligen los hombres y que ella al principio no había llegado a comprender, sintió cómo su placer se derramaba sobre él en gemidos desparejos, en la tensión de las ma-

nos que apretaban su torso, en las contracciones que recorrían su interior ceñido, preciso, incalculable.

IX

Casi ofendida, ella le había contestado que no, que de ninguna forma: al día siguiente tenía que estudiar; podían verse recién la otra semana. Él le dijo que no, que era imposible, la otra semana no estaría en Estambul. Entonces no se volverían a ver, le respondió ella y empezó a vestirse, y cada vez más fastidiada porque no hallaba su ropa interior, agregó que no era la primera vez que le pasaba eso y que a pesar de su juventud había olvidado a muchos otros hombres... Y olvidaría a muchos más, remarcó, los ojos firmemente silenciosos contra el cuerpo desnudo de Germán.

Sin embargo habían pasado dos días y ella aún recordaba a Germán, sus últimas palabras antes de despedirse, la forma de mantener el cigarrillo entre los labios, el modo seguro de acariciar y desentenderse del placer aje-

no. A menudo consagraba la tarde del domingo, mientras se limaba las uñas, a olvidar al hombre del día anterior, hacia el cual terminaba sintiendo una aversión extrema, no sabía si a causa de la locura o de la puerilidad. "Ya es lunes" se dijo mientras delineaba la sombra de sus ojos frente a un espejo, "debería haberlo olvidado". Tal vez lo recordara porque no se había limado las uñas. No... Eso equivaldría a aceptar una relación de causa efecto entre limarse las uñas y olvidar al esperpento con el que había fornicado toda la noche. Más que incomodarla, la situación le extrañaba; alguien podía resultarle inolvidable sólo por el placer que le hubiera generado, y el placer que Germán le había suscitado era similar al del resto de los hombres. Si había podido borrar a tantos de su memoria, por qué no iba a poder ejecutar la misma operación punitoria sobre Germán el insomne. Además para ella amar era todavía más patético que ser amada; implicaba aceptar la redención en una soporosa condena cuya consecuencia era la aceptación de un desprecio mutuo: el vicio solemne y desgarrador de los amantes. Por un momento pensó que todos lo hombres eran iguales. Existía un punto en el que una mujer no podía gozar más de lo que gozaba; un punto en dónde el goce no podía ser más ambiguo y monótono. En esa zona creía hallarse ella a pesar de ser tan joven; de ahí que ningún hombre le inspirara mayor o menor placer, sino goces similares en su cualidad inconmensurable y diversos en peculiaridades menores. Cuando suponía que ningún hombre le resulta-

ría único, sentía más vívida, bajo un vacío cortante, la expresión desarraigada de su finitud. De inmediato, para absolverse y privarse del derecho ínfimo de la angustia, intentaba justificar su apatía pensando que al fin y al cabo todos eran al mismo tiempo mediocres y maravillosos porque ella los suponía así, y porque en la superstición del amor lo espléndido no podía no conjugarse con esa abyección ejemplar que para ella representaba el aburrimiento y la soledad indeseada que después del goce debía compartir con otro. ¿Habría "un" hombre si en el fondo ella podía nutrir y despojar a todos con su forma insolente de gozar?

Terminó de maquillarse con los cosméticos —ella prefería llamarlos elementos, para darles mayor impersonalidad— de su hermana mayor, que casi no vivía en la casa. Era temprano para partir hacia el colegio. Siempre hacía todo con tiempo; se anticipaba para tener intersticios libres que ocupar con ocio, mirando televisión, masturbándose o hablando por teléfono. Pero ahora no quería permanecer en la casa. Se puso el blazer azul y la pollera gris del colegio, las medias blancas hasta la rodilla y una camisa celeste ajustada. Tomó el bolso y salió dando un portazo. Algo le ocurría, pensó mientras bajaba la escalera: nunca daba portazos ni salía sin saber a dónde. Aminoró el paso y se detuvo en el rellano, entre el aire con olor a piedra y a musgo y la oscuridad verdosa. ¿Qué hacía? ¿Acaso era muy joven para amar? ¿Por qué huía de los hombres como si temiera abstraerse en ellos, en la

intuición de su crueldad? Continuó bajando, un hueco en el pecho, una sensación de desasosiego recorriéndole los ojos relucientes, infantiles y fijos. La angustia... La angustia absurda que consuela y atormenta a las mujeres en estado de gestación —a decir verdad siempre una mujer está gestando su propia e inacabable feminidad—. Percibir en sí la angustia le confería el derecho de creerse una mujer y suponerse menos pueril y solitaria. Por lo pronto era más madura que sus compañeras; ninguna a esa altura tenía relaciones y algunas incluso ignoraban el significado de las palabras fornicar y orgasmo. Le avergonzaba exponer su erudición e intuir en ellas una sorpresa maligna; a veces percibía grupos de niñas, de fuerte tradición musulmana sin duda, que se reían a su espalda al verla pasar tan esbelta y sensual. Entonces ella experimentaba una vergüenza repulsiva, al tiempo que se recomponía pensando en el siguiente sábado, en su desnudez abierta a lo masculino, en su placer ilimitado, en todo aquello de lo cual sus compañeras carecían por pudor. Hacía tiempo que no experimentaba esa carencia; se había habituado tanto al goce que suponer su imposibilidad era como negar el ser, y cuando ella afirmaba que existía en realidad quería decir que el placer era su existir, su sustento, su prestigioso secreto. Estaba tan ligada al placer como a su propio cuerpo, y esto, frente a sus compañeras, resultaba no sólo extravagante sino también herético y brutal, como una mujer con dos cabezas.

Atravesó un patio despoblado, luego un corredor don-

de se acumulaban la correspondencia y las voces confusas de vecinas que llegaban desde escaleras arriba. Al salir volvió a detenerse; le pareció que el sol, desmenuzado igual a una raíz fuera de cuajo, recalentaba y relamía las calles de Estambul con una saña insólita. Comenzó a caminar protegiéndose los ojos con las manos. Observaba la cotidianidad agobiante de personajes que conocía y la reconocían y que ella sabía la deseaban. El dueño del bar donde los "hombres" se juntaban a jugar, el verdulero, el empleado de la ferretería, el vendedor de bananas con su carretilla bajo una franja ardiente de sol, el vendedor de escobas, todos, en fin, la saludaban al verla descender. Ya de espaldas, mientras se alejaba, ella sentía sobre sí las miradas oscuras, sucias, empalagosas, y trataba de caminar como una "mujer", balanceando las caderas sin exagerar el movimiento de las piernas. Esas miradas viriles y bruscas la excitaban; hubiera querido estar con todos, pero no tenía tiempo, debía estudiar... Envidiaba a su hermana, que había terminado los estudios y tenía horas para desplegar el deseo, aunque el suyo no era tan impulsivo.

Dobló en una esquina. Segura de haber superado todas las miradas, se sentó en el escalón de una casa y prorrumpió en llanto. Mientras las lágrimas como vetas de ámbar inflamaban su rostro, ella se reprochaba no haber olvidado; no comprendía cómo podía haberle ocurrido, era como haber quedado embarazada por error. Se sentía abrumada, tenía la impresión de que cargaba dentro de sí

algo que jamás hubiera concebido posible y de lo cual no podía desprenderse por voluntad propia, pues precisamente aquello era la ausencia, la tan temida y postergada ausencia. Agotó el llanto, se palpó el rostro y los ojos aliviados... Hacía demasiado calor; no era día para ir al colegio. Respiró la brisa contraída del mediodía y tuvo la impresión de que podía oler y sopesar cada uno de sus miembros. Hubiera querido desnudarse y jugar con su cuerpo, con su mísera ingenuidad, pero ya no era una niña —aunque se pensaba como niña: una niña descortés, huérfana y de ojos despiadados— y los juegos no eran juegos y el anhelo de contemplar su cuerpo en el espejo se transformaba en el de destruirlo: ahogarlo en el placer, hacer una víctima oculta de esa feminidad maciza que la usurpaba día a día a pesar suyo. Lo cierto es que no podía percibirse a sí misma sin desearse; incluso ahora, en el escalón, sentía un ardor en la entrepierna, los senos empapados, la boca dilatada por el llanto, el cabello pegado a los pómulos y apelmazado por las lágrimas. Nunca se había preguntado qué era la sexualidad; se había sumergido en ella y había consumido el goce con despreocupación y saña. Empezaba a preguntarse si esto no era un signo de inmadurez, si en las verdaderas mujeres el placer no era un problema, y más que esperarlo ajenas, lo buscaban. ¿Qué era una mujer? ¿Cuándo dejaría de ser una muchacha con cuerpo equívoco de mujer? ¿Acaso cuando dejara de desearse, cuando pudiera mirar su reflejo sin excitarse? ¿Cómo los hombres podían confun-

dirla con una mujer? ¿Cómo podían creer en su parodia y amarla durante una noche? ¿No sería ya una mujer? ¿Dudar no sería un signo de madurez?

No más preguntas inquietantes. Se puso de pie y se acomodó el blazer y la pollera gris. Caminó cuesta abajo, por la sombra fresca de las casas, sin pensar, sin mirarse, evitando rozarse con las manos que pendían, como ramas escasas, a los lados.

X

XI

Olvidaría muchos más. Olvidaría muchos. Olvidaría, se repetía Germán trasladando penosamente su cuerpo desnudo por la habitación también penosa y sumida en una penumbra lavada. Ileana acababa de partir tras hallar su escueta ropa interior entre las sábanas abolladas. Había huido, literalmente, como si la luz del día hubiera revelado en él una fealdad incalculada. Y ahora estaba solo, en un cuarto vulgar decorado para noches medidas y repulsivas, con el olor carnal que esa niña había dejado... Después del baño su piel lucía lustrosa, extensa; lo recordaba bien, porque la había tomado por los hombros altos, parejos y puntuados, ella de espaldas, y le había acariciado los pezones breves y aplanados y había empezado a besarle la nuca, a respirar la tensión del cuello y a deslizar su mano entre las piernas torvas.

—Basta. Ya es de día y estoy limpita —protestó ella y

de inmediato empezó a vestirse y a desesperarse por la fuga de su ropa interior.

—¿Nos vemos mañana?

—No, de ninguna manera, tengo que estudiar. La próxima semana sí.

Malhumorado, Germán le contestó que no, la otra semana ya no estaría en Estambul, y sintió extrañeza ante la idea de abandonar una ciudad de la que por un momento le pareció no haber salido nunca.

—Entonces no nos vemos más. No es la primera vez que me pasa esto... Ya olvidé a muchos hombres.

Germán la miró, incrédulo, los ojos tenaces, la respiración agitada, y supuso que ella sufría un acceso de histeria que sus palabras podían exagerar aún más. En efecto, por las mañanas, después de dormir con alguien, Ileana sufría ataques de histeria que en realidad escondían manifestaciones ambiciosas producidas por el espanto y la culpa que la abordaban cuando descubría a la criatura con la que había pasado la noche. La escena cobró un aire de sátira cuando Ileana le pidió el dinero y él quiso acariciarle la espalda tierna descubierta por el escote, y ella, escandalizada, le remarcó que la noche se había acabado y que ahora estaba ante una muchacha insobornable. Germán buscó la billetera, le pagó con pudor y hastío y le obsequió una baratija que había comprado el día anterior en las inmediaciones del Gran Bazahar.

—Un recuerdo de mi padre. Es de oro.

El rostro de ella recobró la expresión codiciosa y ro-

tunda; con fingida dignidad se llevo las manos a la cara y le confesó que nunca un hombre le había regalado algo. Ahora comprendía; la sensación era extraña, como si se estuviera apropiando de un objeto al que, por ser ajeno, le otorgaba demasiado valor. Ahora podía desear los regalos de un hombre, podía aprender a desear. Germán protestó: quería dárselo como recuerdo para que no lo olvidara igual que a otros. Ileana, que no estaba acostumbrada a agradecer sin renunciar a algo —razón por la que había anulado de sí misma la gratitud—, admitió estar conmovida: le otorgaba un valor excesivo a cosas que habían pertenecido a antepasados; ella tenía algunos objetos de su padre y por nada del mundo los regalaría. No sabía si Germán le obsequiaba el anillo porque en el fondo no apreciaba a quien había sido su padre —tal vez el obsequio fuera una forma de mutilar su presencia—, o porque la estimaba demasiado a ella, lo cual en el fondo le resultaba curioso y despreciable. Ante la disyuntiva volvió a comunicarle su conmoción, porque creía que en este tipo de confidencias había un modo de reconocimiento más digno y privado que en el de dar las gracias. Se probó el anillo en la mano derecha y permaneció muda, mirándose con halago. Cambió el anillo de dedo y notó que su presencia, la decoración innecesaria, hacía más leves y rectas sus manos afeadas. Sonrió, dijo adiós de un modo seco y salió del cuarto, nerviosa, acomodándose la ropa, el pelo, los gestos lacios como debilitados por el elemento insaciable que saturaba su carne.

Germán corrió la cortina sobre la falsa ventana con velero, y en la parte superior del muro advirtió breves aberturas que dejaban entrar una luz pálida y ceñida. No tenía nada que hacer allí, sólo respirar por unos instantes más lo que quedaba de Ileana, el olor disperso de su cuerpo, la partida abrupta que era igual al olvido. Qué temperamento el de algunas mujeres que aún desconocían el terreno de su deseo como el de su propio cuerpo. Alguna vez, con una joven menos joven, había vivido una escena similar: a medianoche aquella muchacha lo había despertado y le había dicho que se iba, que se sentía culpable, porque había reparado en que su padre tenía la misma edad que él. Sí, ahí estaba el riesgo de las mujeres jóvenes: devotas de la tentación y la culpa, a través de un hombre hasta podían imaginar la sensación brutal del incesto.

Se vistió. Abandonó el cuarto que ahora tenía aspecto de sótano de convento, y transitó el corredor que bajo el resplandor diurno parecía el de una casa tosca y no el de un hotel de paso. Cuando estaba por salir el recepcionista lo llamó, le dijo unas palabras en turco y le extendió la mano para entregarle un anillo. De inmediato Germán supo de qué se trataba, lo guardó en un bolsillo con su colección de papeles, y pensó que tal vez hubiera sido mejor no inventar lo de su padre y lo del oro... Ileana, como todas, había caído en la tentación mezquina de la culpa. En el fondo esa culpa juvenil le resultaba cautivante; más que ensimismarlo lo reconfortaba, pues esa ines-

perada devolución sugería una forma aliviante de rechazo que creía demasiado digna para un hombre como él.

El día era luminoso, el cielo sin forma, como fuera de cuajo, continuo bajo el sol omnipresente y saturado. Caminó, la mirada insomne y lastimada, desprendida de los paisajes, los pasos aletargados, la memoria detenida en la noche anterior y en el placer irreverente de Ileana. Con las indicaciones de algunos individuos pudo ubicar el Bósforo, cruzar el puente Galata y llegar hasta el hotel a pie. Apenas entró, subió a su cuarto para darse una ducha. Prefirió no cambiarse; se puso la ropa húmeda y arrugada que había usado por la noche y permaneció un rato en la cama, que más bien le parecía un ataúd con ciertas comodidades, mirando el techo desteñido. Luego bajó a desayunar y en cuanto empezó a beber su café, un hombre corpulento, de una palidez afligida, en musculosa y bermudas, se acercó a la mesa. Germán a pesar del sopor lo reconoció de inmediato... Debía haber previsto que George iba a estar allí.

—¿Cómo le fue anoche?

Germán no lo miró; apenas alzó los hombros y siguió bebiendo.

—Cómo que no sabe... si acaba de llegar. ¿Anduvo con alguien? — y apoyó las manos pesadas y sudorosas sobre la mesa, inclinando la cabeza y fijando en él los ojos rojos apretados por ojeras violáceas.

Germán quiso decir algo, pero George lo interrumpió:

—Sí, sí, disculpe, ya me voy a sentar... Gracias. Así como no se puede hablar con la boca llena, tampoco se puede hablar parado.

Germán otra vez alzó los hombros y percibió el aliento pastoso y agrio que habían dejado sus palabras en el aire. Pensó que era mejor no contestar, ampararse en el cansancio y dejar que su verborragia se agotara sola.

—Dígame, ¿con quién estuvo? Vamos, yo conozco a las del Jazz Bar. Bueno, por ahí este año cambiaron... Hace tiempo que no voy.

Notó cierto nerviosismo en George, como cuando contaba episodios del hospital y se impacientaba por abarcar todos sus infortunios dentro del relato. Hablar de mujeres lo alteraba; quedaba a la vista su dejadez: la soledad trágica del que ya no puede desear. Merecía piedad, sí, pero él no parecía aspirar a ella, sino al respeto, o peor aún, al honor que creía propio de un hombre que había aniquilado su deseo viviendo. Hablar era un modo de reclamarlo, lamentar y hacer visible su ausencia. En un diálogo siempre hay una complicidad entre el que el escucha y el que habla; un pacto tácito que George no podía ejercer ante los otros porque nadie se resignaba a escucharlo y él, del mismo modo, no aceptaba escuchar.

—Ya veo, no quiere contar nada. Está bien, es su intimidad... Yo también voy a cuidar mi pasado. Además no es muy interesante escucharlo a usted.

Pareció que iba a ponerse de pie, pero permaneció en su asiento mirando con regocijo cómo Germán deglutía

el desayuno. George comía en intimidad, protegido de miradas anónimas, porque comer representaba para él una acto perverso, improductivo, apasionante aunque sin consecuencias, y no podía soportar que alguien presenciara cómo él se introducía alimentos en la boca. Sin embargo obtenía un placer casi carnal al espiar a otro cometiendo el mismo acto, al cual su nebulosa moral le confería un carácter pecaminoso y al mismo tiempo expiatorio. Lo pecaminoso, desde luego, no radicaba en la transgresión de una ley sino en la incongruencia de practicar el acto sin culpa, en hacer una virtud de aquello destinado a ser un exceso. En él, en cambio, la frugalidad traía aparejada un sentimiento pegajoso de culpa, abandono, arrepentimiento: la sensación obscena e insoportable de amo iluminado que ha abandonado su mascota en medio de la ruta. De ahí que prefiriera comer apartado, como algunos perros excesivamente domésticos que para no compartir se refugian hasta de sus amos. Para peor, el espectro de sus manías no se reducía al de la comida. Años atrás, cuando las mujeres lo frecuentaban a él —con esa frase justificaba sus presentes fracasos amorosos —, tenía hábitos sexuales bastante primitivos: no toleraba que le hablaran, aun menos que gritaran o gimieran durante el acto; cualquier manifestación de goce en su pareja le incomodaba, porque se sentía paradójicamente disminuido. Gozar más que el otro suponía que le confería un dominio estratégico esencial en el azar tortuoso de ser amado sin amar, y cuando una mujer no acataba sus im-

properios y pronunciaba obscenidades y gemía, se impacientaba y la golpeaba; prefería perderla a soportar la humillación de gozar menos, incoherencia que no podía admitir de ningún modo por el hecho de suponer que poseía el instrumento justo del placer.

Resultaba dificultoso deshacerse de George incluso cuando caía en un pozo de silencio. Germán había terminado el desayuno y le comentaba que ya se iba, pero él meneaba la cabeza comprimiendo los ojos, no se sabía si porque quería que se quedara o porque no creía que se iba. Su silencio no era menos incómodo que sus monólogos; tenían la misma exuberancia, el mismo desatino y grado de absorción. De pronto Germán se levantó, le dijo que se iba porque se hacía tarde para recorrer Estambul y le quedaban pocos días en la ciudad.

—¿Y yo? ¿Qué hago yo ahora?

—Lo que quiera.

—Voy con usted —dijo reconfortado por la idea.

—No, se lo agradezco. Quiero estar solo.

—No se preocupe, yo voy detrás suyo...

—No, gracias, hasta pronto.

Y Germán salió caminando despacio. Avanzó cincuenta metros bajo el sol rasante, se volvió y advirtió que George lo seguía a una distancia prudente y le sonreía agitando la mano. Aceleró el paso, giró en Divan Yolu y entró a la agencia para recoger a Flower. Poco después vio pasar a George, desconcertado en una carrera impetuosa e insuficiente. No era saludable que un vecino hubiera iniciado

una persecución absurda que quizás se agravara en los días siguientes, cuando su figura de amigo íntimo cobrara más relieve en la monotonía de su vida. Podía esperar cualquier cosa de un hombre como George; no comprendió cómo, a pesar de ciertas precauciones, había llegado al deber absurdo de tener que huir de un vecino porque éste, aburrido y feroz como una bestia castrada y hambrienta, se obstinaba en seguirlo. Supuso que la evasión más eficaz podía ser cambiar de hotel.

Caminaron bajo el mediodía amplio y abrasivo hasta la Mezquita Azul. Germán volvió a tomar de la mano a Flower y dejó que ella hiciera su trabajo de guía. Su piel se volvía más lisa, fluida, cuando estaba en contacto con la de otro. Además se había prodigado algunos cuidados en el rostro atento y espacioso y en las largas manos seguras, que la hacían más entera y ceñida en su propia belleza, menos dispersa en la posibilidad de imitar y ser imitada por otras. Así ella se acercaba a lo que él creía una mujer hermosa: una mujer que a través de la fragilidad hacía de lo femenino algo inquebrantable.

Más tarde caminaron por la zona del hipódromo, que no era sino una avenida rodeada de algunas fuentes, monumentos y parques. Llegaron al final de la avenida; visitaron la mezquita Aya Sofya y remontaron el parque Yerebatan Saray rumbo al Gran Bazahar. Luego atravesaron los mercados rápidamente, sin reparar en rostros a los que la luz desatada del día infundía relieves de másca-

ras. Se detuvieron frente a la mezquita Suleymaniye Camii. A un lado, un cementerio y la tumba de Suleyman el Magnífico, cercada por un hálito húmedo, compacto y suave como jirones de piel. En la mezquita, descalzos y cubiertos por un aire puro y tembloroso, se soltaron las manos impregnadas ya por una sensación desabrida, de sumisión o unión frustrada. Ella, antes de hablar de historia, le preguntó si recién le aferraba la mano porque se sentía inseguro y temía perderse, o por otros motivos reservados.

—¿Usted qué piensa?

Ella no lo miró; parpadeó con un gesto avaro de ensoñación en la cara, y pareció empujarlo con su silencio, porque Germán retrocedió.

—Yo no pensaba eso de usted —dijo ella y sus ojos incómodos se hicieron tan inmensos y aguados que en ellos no cabía una mirada sino más bien la imagen de esas playas que el mar barre y desnuda y que con la mañana surgen desoladas y sin forma.

Germán pensó en desmentir el equívoco... ¿Pero para qué, si era tan falso que él la tomaba de la mano por motivos reservados como que lo hacía por pánico? La agarraba simplemente por inercia y disfrutaba del calor y de su humedad atenazadora. Aunque ahora que hacía referencia a otras causas para ella pudorosas, él sentía la tentación de lo impuro. Así lo diría ella, se dijo, sofocado, de pronto transido por un deseo irreconciliable, y se corrigió: la tentación generosa de lo inminente. Imbuido en

una atmósfera tan diáfana no podía permitirse ejercicios como los ensayados con Ileana; mejor mirar cómo los fieles rezaban y ponían en práctica la liturgia arcaica que había presenciado el día anterior. Era llamativo que no pudieran prescindir del cuerpo como los cristianos y consagraran más movimientos que palabras. ¿Sería que los movimientos eran el ritual en el cual sacrificaban algo a Alá? Los cristianos, tan parsimoniosos e insatisfechos, se comunicaban con su Dios más fluidamente y cuando se alcanzaba un clímax se arrodillaban como arrojándose a un pozo. Además el cristianismo, con todas las falacias y santos que habían enloquecido a su madre, le parecía más democrático que el islamismo, en el cual las mujeres no poseían más derechos que los animales domésticos, y en el que todo acto se tornaba irrevocable, demasiado real. En cambio en occidente cualquier acto, encomendado primero a la vanidad de algún santo improbable, podía convertirse en irreal, y la creencia terminaba siendo un instrumento suficiente, prolijo, casi higiénico, para determinar lo que era digno de existir y lo que no. En el mundo musulmán la creencia también debía ser un instrumento, aunque sólo daba acceso a la veta atormentada de los actos y no a la posibilidad de anularlos o validarlos.

¿Ensayaría Flower lo que él ahora, risueño, daba en llamar gimnasia musulmana? Por su porte femenino y moderno, pensó que no, que prefería rituales menos ordenados como la danza. Se acercó, la interrogó y Flower

le contestó que hacía tiempo no entraba a las mezquitas más que con turistas. Aceptar el culto musulmán equivalía a negar la igualdad de condiciones frente a los hombres, y ella era independiente, había viajado a Londres, a París, y sabía lo que significa ser mujer en el mundo occidental... En Turquía todavía no lo sabían, pero ya llegaría el momento. Y con una sonrisa incisiva, cruda y al mismo tiempo pudorosa, agregó que allí nadie sabía nada, y que un pueblo asesino para el cual incluso la condena era una insuficiencia absolutoria, jamás podría comprender su historia y aún menos a sus mujeres.

—Pero no me haga hablar de esto, es inútil —remarcó enseguida y volvió a desviar los gestos hacia ese estereotipo de complacencia que deben fingir las guías.

—¿Qué piensa de esa muchacha que vimos ayer?

—¿Cuál?

—¿Cómo cual? Marilyn.

—¡Maryam! —corrigió ella, deleitada por el error—. Maryam.

Y confesó que le parecía una muchacha tímida y absorbida por su padre, que no obstante cuando hablaba se transformaba en un misterio inasible... como si las palabras confirieran un elemento indescifrable a quien las pronunciaba.

—Quiero volver a verla. No fui muy amable ayer.

Estaba muy interesado, más que en ella, en lo que ella decía que su padre decía, esto es, en esa lengua tácita que compartían íntimamente como si racionaran un cuerpo.

Se esbozaba algo incestuoso, no en el acto mismo sino en el hecho de que el perpetuo ensayo de la traducción fuera la relación entre la hija y el padre, y en el de que ella, sólo ella, fuera el lazo insoslayable con el mundo. Parecía que esa relación verbal desbordaba el parentesco que los unía y los incitaba a la misma desolación, al mismo modo espúreo de posesión y pertenencia.

—Creo que es un buen pasatiempo visitarla hoy por la tarde.

Y agregó que él también podía definirse como un traductor, porque la matemática se reducía a la formulación elegante de lo infinito, lo cual en el fondo ocultaba una forma de traducción perfecta, definitiva. Flower se mostró asombrada de que un hombre tan singular se pudiera haber dedicado al placer pagano de la matemática y no al de la literatura o la filosofía. Germán, ensimismado, le objetó que la literatura y la filosofía fueran placeres; se asemejaban más a accidentes teológicos; de ahí la imperfección insalvable de la literatura y las aspiraciones infructuosas, tanto a la perfección como a la imperfección, de la filosofía. Además él de ningún modo era un hombre singular, o en el mayor de los casos podía serlo pero a partir de la monotonía y el tedio. Y pensó que en realidad no tenía inclinaciones de ésas que pueden definirse como halagadoras; no se sentía atraído por ningún sabor, apenas podía fingir conformismo cuando satisfacciones extorsivas —como una mujer— lo conmovían momentáneamente y ponían en duda los cimientos

decorosos de su inapetencia, de su degradante y permisivo modo de rozar los límites de la sensatez y el horror. Sólo la intimidad de los paisajes exóticos y la muerte propia, cabal y siempre imaginada como una reminiscencia, llegaba a arrancarlo de su esmerado estatismo; entonces perdía la satisfacción mezquina de ser invulnerable, tan invulnerable como un mutilado o un condenado a muerte, y sentía la asechanza brutal del prójimo, la angustia y el riesgo de los cuerpos librados al azar.

Abandonaron la mezquita y continuaron conversando. Germán, para distraerse de sus espantosas conjeturas, se interesó por la clase de vida que ella llevaba en Estambul. Flower no parecía dispuesta a callar y contó que gracias a su trabajo de guía podía sobrevivir sola en una vieja casa próxima a Taksim. Tras estudiar varias lenguas había logrado liberarse de sus padres, dos criaturas insufribles. Su padre estaba esposado con cuatro mujeres, como lo permitía el islamismo, y su madre, años atrás, había vivido imbuida en un mundo estrepitoso de celos, llantos, gritos que nadie podía aplacar cuando se exteriorizaban en un ataque de histeria. Había intentado suicidarse varias veces, pero la cobardía la había detenido en el instante en que la muerte encandila. Solía contar que se había vuelto atrás tantas veces porque temía ser condenada a errar eternamente: la muerte tenía clemencia hacia las víctimas que recogía por propia voluntad, pero quienes la forzaban a abrir sus brazos vagaban en pena. Entonces improvisaba inocentes suicidios que con cierto talento

innato hacía fallidos; en realidad sólo le interesaba comprobar que todavía podía morir, lo cual, aunque sonara ridículo, la apaciguaba, pues sentía que aún podía librarse de sí misma, y durante semanas quedaba sumida en un estado de sumisión y pulcritud. Flower por aquel entonces vivía a su lado, y puesto que su madre había sido la primera de las cuatro esposas en contraer matrimonio, ya casi no recibía visitas de su marido, quien la consideraba un mueble arrumbado al que regresaba sólo por nostalgia. Ella, avejentada, los labios hastiados, el rostro mustio como su cuerpo, intentaba seducirlo en cada ocasión, pero sus artificios excedían la inutilidad: eran la encarnación del absurdo. Su esposo no le prestaba atención; en esas esporádicas visitas prefería hablar con Flower. Cuando su madre intentaba interponerse entre ellos, él la echaba de un grito, empujándola levemente con una mano gruesa, atezada como la piel de su cuerpo imponente. Siempre se mostraba orgulloso por los estudios de Flower; confesaba alegrarse de que en ella no se repitiera el destino invariable de su madre, y al irse le decía, guiñando un ojo y atuzándose el bigote abultado y cuidado, que la peor vida para una mujer, el concubinato, estaba destinada a las que no poseían ningún tipo de talento y eran secas de alma y dinero. Y en ese momento él dejaba de exhibir su vanidad hosca, y a pesar de preferir la ironía al cariño, le revelaba lo feliz que le hacía saber que ella tendría una vida diferente. De inmediato le entregaba una suma de dinero que ella administraba y con la

cual saneaba los estudios y las necesidades de su madre. Cuando él ya se había retirado Flower se preguntaba por qué despreciaría tanto a sus concubinas, y volvía junto a su madre, quien, dispersa entre almohadones, lloraba de un modo insaciable y le reprochaba que siempre la privara de su amado. El llanto y los gritos se prolongaban hasta que se agotaba y quedaba dormida o diluida en su dolor blando como tierra anegada. Flower la alzaba, la llevaba hasta su cuarto y al abandonarla sobre la cama sentía que en ella ya no había vida, que era un de esos árboles secos y vacíos que se mantienen en pie después de la muerte.

Una historia triste, remarcó ella... Muy triste. Ahora su madre, desde hacía casi un año, estaba internada en un exclusivo asilo para insanos mentales. Muchas mujeres lograban sobrevivir al concubinato sin contratiempos, pero ella no había nacido para el concubinato. Su marido jamás lo había entendido; se había casado con otra al año de esposarla, y poco tiempo después con una tercera que determinó el progresivo deterioro al que ella quedó expuesta. A pesar de todo él nunca dejó de responder a las obligaciones económicas, incluso pagaba el hospicio para alienados y cada tanto hablaba con los médicos para informarse sobre el estado de esa mujer remota a la que, tardíamente, se sentía unido por una desconocida piedad. Su madre siempre había desdeñado el cumplimiento que él guardaba hacia las obligaciones de padre y marido, pues decía que no quería dinero sino esas manos firmes que en otro tiempo habían excedido su feminidad. Y de ese

anhelo cada día más perfecto nació su locura, esa forma esforzada de autismo, su veneración por lujosas irrealizaciones.

—Sí, es una historia muy entristecedora —admitió él y se detuvieron frente a un bar:— ¿Quiere entrar? Tengo sed y es un poco temprano para ir a lo de Marilyn.

Ambos sonrieron. Ella no quiso corregirlo. Bajaron unos escalones y entraron a un bar semivacío en fondo del cual había un grupo de hombres jugando y fumando entre voces roncas y risas similares a espasmos. En el ambiente circulaba un vaho espesado a dulces y tabaco rancio; la luz, extenuada en vetas color roble, se filtraba a través del ventanal junto al cual se sentaron para poder contemplar la rutina de la calle. Pidieron té. La luz empezó a declinar, despaciosa, angosta, hasta esfumarse en la superficie opaca del aire y formar una costra de claridad contra el fondo del bar; afuera un grupo de nubes hinchadas se esparcía por el cielo agrietado y sin color. Luz de tormenta, pensó Germán, y vio en los ojos de Flower un resplandor rosado. Tenía una mirada compacta y pudorosa, tal vez demasiado casta para una mujer de su edad. Seguramente por su vida no habían pasado muchos amores, o quizás, como en ciertas beatas prodigiosas, su mirada se hubiera purificado en el cuerpo de los hombres.

Un hombre canoso y amable les acercó el té en dos vasos pequeños y se alejó sonriendo. Flower tomó de un sorbo el suyo; sonrió dando un suspiro para enfriar su garganta, y le comentó que hacía tiempo ese hombre que

trabajaba en el bar era amigo de su padre. Aunque no se decían nada, se recordaban con mutua placidez. Ella lo había conocido de pequeña, porque cuando su padre la sacaba a pasear, en vez de llevarla a sitios de diversión, iban a visitar amigos que, salvo excepciones, eran rudos y charlatanes. Luego ella había dejado de verlo, porque a medida que fue creciendo las salidas se redujeron y porque su madre, al tanto de todo, en cada ocasión le recordaba amargamente a su padre que no la llevara ante un racimo de hombres groseros y rabiosos que daban lo mismo por un muslo de cordero que por una mujer. A través de su padre llegó a saber que ese hombre —el que atendía el bar— en un golpe de mala suerte había perdido la fortuna familiar y para sobrevivir se había quedado con el bar en el que estaban. Se había acomodado pronto a su nueva condición y no era uno de esos hombres demudados a los que bastaba mirarles el rostro para descubrir antiguas pérdidas y falsa resignación. En fin, no parecía un hombre turco sino un caballero inglés.

En ese momento Germán recordó a George, no supo bien por qué, pero lo recordó, sin duda, porque la imagen de hombre grueso y desquiciado que se le presentó era la de él, aunque su rostro se asemejaba más al de un anfibio que al de un humano. Le comentó a Flower la inquietud que le inspiraba ese vecino, pero ella estaba aún absorta en el eco de sus propias palabras y no respondió. Tenía algo más que decir; revisaba su memoria y casi se oía el sonido de sus pensamientos, igual al de una tela desga-

rrada. Desistió, pensó que ese tipo de olvidos no eran definitivos y podían resolverse cuando menos lo esperara.

—¿Qué me decía?

Germán volvió a contarle que un vecino del hotel, bastante extravagante, se había tomado el hábito de sentarse en su mesa y hablarle, e incluso sus persecuciones eran tan exageradas que había llegado a seguirlo por la calle.

—Eso no es normal —dijo ella, como si no fuera eso lo que Germán esperaba escuchar.

Claro que no, pensó Germán, no hay nada normal como no hay nada moral. Le dijo que planeaba cambiar de hotel para evitarlo. Ella le respondió que no era mala idea, incluso ella podía arrendarle la habitación que su madre había dejado desocupada; estaría más cómodo que en un hotel; tendría que prepararse el desayuno, desde luego, y podría disponer de la cocina para la cena y el almuerzo. La propuesta lo intimidó un poco; después de las crónicas imaginaba una casa opaca, pisos sucios, ventanas que daban a un patio vacío de baldosas desteñidas; el cuarto de la madre, de muros resecos, sin luz, surcado por un aire desgarrado, un hálito agrio a alcoholes y a fermentación.

—Por qué no me lo deja pensar...

Flower, que esperaba una negativa, asintió satisfecha. La casa, desde que su madre había sido internada un año atrás, estaba deshabitada hasta por los ruidos más absurdos. Ella misma se había mimetizado con el lugar y estaba demasiado sola para no vivir de las reminiscencias

angustiantes que hinchaban el aire de su cuarto e impregnaban su soledad con una sensación humillante de cautiverio y vieja castidad. Los insomnios espesos eran un hábito tétrico que ya no podía evitar; se levantaba una y otra vez y se refrescaba con la visión de la noche; luego se resignaba a esperar en su amplia cama cada día más angostada, como una celda, en torno a su cuerpo sin pasión. Pero tal vez la presencia de un extraño acabara con esa imposibilidad de conciliar el sueño: con esa impostura desesperada y repulsiva, idéntica a la timidez que la atosigaba cuando estaba al borde de lo masculino. La presencia de un intruso nos adormece, incomoda y halaga como un arrullo; sí, esa peligrosidad latente y sensorial nos tranquiliza, como si la amenaza de otro nos protegiera de la de nosotros mismos.

La tarde era un hueco palpitante de luz morada cuando se levantaron del bar y reemprendieron la marcha. Caminaron una hora, contra el viento frío y tirante que venía del sur, haciendo pausas, cambiando rumores amables y miradas ansiosas, hasta llegar a Fener.

—Qué malo se puso el día...

—En cualquier momento hay tormenta.

—Yo no recuerdo bien dónde era esa casa, ¿usted?

—No, en lo más mínimo.

Se detuvieron en una esquina y pareció que la tarde, memoriosa e irreal, se detenía con ellos. El viento parejo sacudía la poca ropa que quedaba en los tendederos;

casi no circulaba gente por las calles de polvo que empezaban a borrarse y despedir un olor voluptuoso, a hogueras extinguidas y a agua fresca.

—Aquí estábamos cuando los vimos pasar y decidimos seguirlos —observó Germán.

La casa debía ser esa de fachada azul que estaba a unos pasos, porque el día anterior, en cuanto se habían propuesto seguirlos, Maryam y su padre habían atravesado una de las primeras puertas sobre la derecha. Probaron. El mismo olor pulposo a excrementos, la misma penumbra cuajada y herrumbrosa. Avanzaron y en el patio una mujer de negro los interrogó. Llevaba en brazos un niño que fijaba sus ojos exaltados en Germán, y que incluso cuando se alejaron siguió mirándolo por sobre el hombro de la madre con una melancolía apretada, casi senil. Siempre anónimos en lo oscuro, subieron las escaleras. Una vez en el pasillo, estrecho y poblado de puertas diminutas, se detuvieron y Germán señaló una de las entradas. No recordaban bien cuál era. Golpearon y un anciano encogido, rostro comprimido por una malla minuciosa de arrugas, ojos penetrantes y enterrados bajo cejas tupidas, abrió y se quedó en el umbral observándolos.

—Disculpe, nos equivocamos —dijo Flower.

El hombrecito permaneció inmóvil, el rostro cada vez más relajado, sin hablar. Flower le repitió las mismas palabras y él dejó que una sonrisa aplastada como un lamento sin sonido ahondara sus comisuras sin alterarle la expresión sosegada e impertinente. Luego volvió a su mu-

tismo, preciso como un gesto vicioso.

—Creo que es un idiota, un mogol envejecido, vamos... —dijo Germán exasperado por la vacilación y la ternura inutil que crecía en Flower.

—Pobrecitooo... —dijo ella e intentó palparle la cabeza, pero el anciano la corrió, hábil, como si esquivara una mosca.

Golpearon la puerta contigua. Nadie preguntó nada y a través de la puerta asomó una cara demacrada, de ojos perplejos y llorosos. Era Maryam. Al principio no la reconocieron. Como el día anterior, ella les pidió que aguardaran; esta vez parecía haber sido sorprendida en el instante en que la tristeza se deshiela y lo doloroso se agrega al descenso del tiempo. Esperaron en el corredor. El hombrecito no se fue; al contrario, salió de la sombra para verlos mejor. Caminó despacio, sin alejarse ni aproximarse, la mirada tibia filtrándose en la penumbra asentada. Ellos empezaron a impacientarse, no tanto por la demora como por la perseverancia sospechosa de ese anciano que ahora promovía en la escena el horror atento de un intruso. ¿Qué quería? ¿Ahuyentarlos? ¿Espantarlos con el espectáculo incoherente de su vejez? Los miraba como si durante años no hubiera visto a un humano y aprovechara la ocasión para sanear su propia ignorancia.

Al fin Maryam, con los rasgos emprolijados, los invitó a pasar y les confesó que era una sorpresa grata volver a verlos. Pensaba que no volverían, que la última vez se habían aburrido y que tendrían mejores cosas que hacer

en Estambul. Ahora frente a ellos se sentía reanimada, aliviada de la soledad angustiosa del atardecer. A esa hora Akbar se estaba despertando de la siesta, pero pronto se uniría a ellos. Tomaron asiento alrededor de la mesa. Germán, de frente a la ventana, vio cómo un niño de aspecto torturado —antítesis exacta del viejo del corredor— asomando medio cuerpo los espiaba y se escondía cuando presentía su mirada, para volver a arrimarse con más precaución y dejar ver sólo la frente y los ojos saturados por una expresión famélica. Nunca había entendido por qué a los niños les fascinaba lo secreto: ocultarse y mirar —o ser mirado— pero siempre a medias... Era ventajoso ser niño y no poder hacerse cargo de la mirada por suponer en su objeto algo prohibido. Él no recordaba con precisión el placer de abordar lo prohibido, pero sabía que alguna vez había querido experimentarlo y había sido tímido, reacio; había preferido mantener la mirada lacia, estéril, porque sabía que usurpar lo prohibido a veces lastimaba.

Y Germán estaba sumiéndose en el flujo de su infancia cuando se oyeron los pasos de Akbar. Maryam se puso de pie. Ellos la imitaron. Él se sentó, imperturbable, sin mirarlos ni extenderles la mano. Hubo un silencio duradero. Germán miraba a Flower, induciéndola a hablar, pero ella no sabía qué decir: esperaba que él hablara primero. Maryam bajaba la mirada frente a su padre; recién cuando él murmuró algo, la levantó hacia ellos, frágil, otra vez llorosa, y les comunicó que Akbar quería saber por qué

estaban de regreso. Germán dudó; no parecía oportuno confesar que la razón era el absurdo de una lengua secreta. Finalmente le sugirió a Flower que le dijera que le interesaba esa lengua que hablaban. En ese momento se desató la tormenta, en lluvia fina primero, después en relámpagos y en gotas apelmazadas que formaban una cortina retorcida de vapor. El niño que los espiaba desde enfrente se esfumó, y la ventana, como desdibujada, pareció quedar suspendida en el vacío. Maryam se levantó sigilosa para encender la luz y volvió enseguida a su lugar. Se mostró reticente cuando Germán insistió en saber qué lengua compartían. Pasaron minutos bajo el silencio adormecedor que imponía la nitidez de la tormenta, hasta que ella confesó, dando rodeos para ocultar su vergüenza, que la lengua que hablaban era una creación de Akbar. A modo de justificación, agregó que después de la muerte de su esposa él había olvidado gradualmente su propia lengua, el farsi —nunca había hablado turco—, al tiempo que fue creando una lengua de pocos signos y estructura simple. En su sistema podía expresar lo mismo que en farsi, pero los vocablos eran más breves; además había elaborado una pronunciación muy sencilla y efectiva para darle oralidad a la lengua, que de otro modo carecía de utilidad. Mientras la desarrolló no se privó de instruirla a ella. El adiestramiento se prolongó, porque él perfeccionaba su creación día a día y a medida que se aislaba en ella iba perdiendo el dominio de la lengua maternal. Después de unos años olvidó del todo el farsi y el

único medio de comunicación entre ellos resultó esa lengua que designó con su propio nombre. Akbar, desde entonces, quedó cristalizado en su creación, el akbar, y su único lazo con el mundo pasó a ser Maryam, cuya función de traductora se mimetizó a tal punto con la de hija que pasaba tardes apuntando en turco lo que él solía declamar. Según Akbar, la intimidad de un lenguaje propio le había permitido tener una relación profética con las ideas y las palabras.

En ese momento Maryam se detuvo ensimismada, como si recién ahora, hablando, se asombrara de lo que revelaba. Su padre, enfadado, decía algo que ella no se atrevió a traducir. Luego quedó una brecha de silencio en el ambiente; en el aire latía una pesadumbre que se trasmitía de rostro en rostro. Akbar parecía haberle recriminado algo; no soportaba que su hija hablara en una lengua que él no podía comprender pero de la cual intuía el sentido por la reacción de los oyentes. Germán pensó que ahora sabía algo certero acerca de esa lengua y su creador; experimentó la misma decepción que el día anterior, cuando el anciano había estirado la alfombra en el suelo y Maryam había empezado a hablar de sus orígenes persas. ¿Valía la pena escuchar todas esas insensateces? Se puso de pie y caminó por el salón y sintió sus pasos sonando huecos, interrumpidos por el resuello de la lluvia. No podían irse; debían esperar a que la tormenta menguara. Tan extraño y sospechoso era lo que ella acababa de revelar sobre Akbar, que experimentar cierto males-

tar, cierta sensación burda de complicidad, le parecía una reivindicación de su propia cordura. Aquello en realidad era extraño y siniestro, y esa rareza tenía más afinidad con lo abyecto que con la ambigüedad de lo sospechoso. ¿Pero dónde radicaba lo siniestro? ¿En la creación de él o en el poder de ella sobre esa creación? Dejó de caminar; también el ruido mecánico de sus pasos le fastidiaba: eran la expresión perfecta de su propia opacidad. Volvió a la silla y le preguntó a Flower qué iban a hacer, si irse o esperar a que la lluvia cesara.

—¿Por qué irse, si esto está muy bien? Estamos tranquilos. Conversamos —y Flower sonrió y su boca corta de dientes diminutos y salientes se asemejó más a la de un pez que a la de un humano.

Ansioso, él empezó a jugar con sus manos y a golpear rítmicamente una pata de la mesa con la punta de un pie. El silencio se le hacía cada vez más tenso e inservible, aunque sabía que para los demás era aliviante, casi una absolución. Le desesperaba la ausencia de voces, el repicar absorbente de la lluvia nutriendo el silencio. Además ¿qué querían de él? ¿Qué hacía encerrado en esa casa? ¿Lo habían encerrado o él había buscado el encierro? No importaba... Existía la tentación de lo estático, lo fijo. Al permanecer sentados, sin voz, lo habían apresado e incluido en ese tratado feroz de inercia. Afortunadamente el anciano comenzó a hablar y Germán postergó sus especulaciones. Maryam se puso de pie abruptamente, fue hacia el cuarto y regresó con un cuaderno de tapas duras

que abrió por la mitad y en el cual empezó a escribir. El significado de las palabras pasó de Akbar a su hija y al anotador; de Maryam a Flower, y de Flower a Germán, que estaba aturdido por el tumulto repentino de voces. Flower traducía, agitada, alzando los ojos desconcertados y balanceando las manos:

—El sol penetra hasta en la piedra. Todo lo ve. No hay nada que no vea; se ve a sí mismo sin verse. Ve todo sin mirar, porque ilumina y controla la noche y el día, el fuego, el agua, el aire y la tierra. Cada astro es un Dios, y todos son uno, increado, inmutable y eterno. Y todo gira en torno a lo uno, porque la diversidad sin unidad no es diversidad, y existe lo diverso porque hay una unidad hacia la cual todo tiende.

Akbar pronunciaba velozmente; Maryam traducía en voz alta mientras transcribía, y la voz de ella y la de Flower se superponían con la de Akbar en un vasto idioma inentendible. Después de ese corto monólogo se impuso un breve silencio. Se escuchó el trazo áspero y rápido de las últimas palabras en el anotador. Flower estaba aturdida; todo había ocurrido en menos de un minuto y ni siquiera había podido entender lo que acababa de traducir.

—¿No les he dicho? A veces tiene iluminaciones. Ahora habrá que esperar hasta mañana, porque no profetiza más de una vez por día...

—Pero él no es un profeta, eso no es profetizar —intervino Germán.

La traducción de Flower no fue exacta, porque Maryan

sonrió como si hubiera recibido un cumplido.

Poco después la lluvia cesó. Persistió en el comedor el hálito terroso y somnoliento que dejan las tormentas. El aire era fresco y lavado, y los rostros, aislados otra vez en el silencio, relucían amarillentos y rasos bajo la luz eléctrica. El niño de enfrente volvió y se escondió bajo una cortina que transparentaba su silueta desaliñada; cada tanto asomaba la cabeza y chocaba con la mirada de Germán, que había apoyado sus ojos allí para pensar en lo que Akbar había dicho: una unidad hacia lo cual todo tendía. ¿A qué podía referirse sino a Dios como fin último y generador de un proceso cíclico donde lo diverso nacía y volvía a lo Uno? Había algo atractivo en el hecho de que un humano recreara sin pudor, a partir de un lenguaje propio, una idea tan antigua bajo cuya abstracción podía acaparar cualquier ambición religiosa.

Maryam se levantó y Germán desvió la mirada de la ventana. Akbar dormitaba con la boca abierta y los párpados largos y forzados. Ella explicó que su padre necesitaba reposar, que la disculparan, que lo iba a llevar a su cuarto porque dormir sentado le hacía mal a la cabeza; al rato empezaba a balbucear frases inentendibles y tenía pesadillas que, desde luego, él no confesaba, pero que ella deducía en sus ojos demasiado apretados, como si le dolieran sus propios sueños. En la cama, en cambio, sus párpados se relajaban y en el rostro se le traslucía la sensación generosa de alivio.

Poco después Maryam volvió del cuarto. Germán y

Flower la esperaban de pie y le anunciaron que ya se iban. Ella, amable y con pesadumbre, les preguntó si regresarían. Sí, le respondieron, desde luego que regresarían. Siempre regresarían, al atardecer... Para escucharlo. Al atardecer, cuando el sol empieza a descomponerse en la diversidad de la noche y recalca el límite entre la luz del sueño y la intimidad precipitada de la vigilia.

XII

—Mañana, si me despierto temprano y con buen ánimo, voy para su casa.

Flower asintió satisfecha y en un papel le anotó su dirección. Enumeró otra vez la serie de ventajas que tenía vivir ahí, a lo cual Germán respondió que no le importaban en lo más mínimo las ventajas, pues sólo quería huir de George. Ella le extendió la mano sin fuerza; Germán la apretó entre la suyas, como conteniendo un poco de agua, y se la llevó a la boca. Beber una mano. Beber lo femenino a través de una mano blanca casi líquida. Flower, sonrojada, le dijo que era casi un caballero.

—No, no, es una broma que siempre hago —hizo una pausa y agregó:— Nos vemos mañana. Si cambio de opinión y me quedo en el hotel, la paso a buscar por la agencia.

Se separaron. Flower cruzó el puente, y él contempló

su silueta alejándose y vaciándose en el horizonte estriado y desteñido después de la tormenta; un horizonte despiadado como ojos de mujer tras las lágrimas. Luego caminó bordeando la orilla y se detuvo frente a uno de los botes aparcados en los que se cocinaba y se vendía pescado asado. Los pescados, del tamaño de una mano, en su mayoría estaban quemados, porque quienes cocinaban, hombres de piel férrea y rostros redondos y cebados, se distraían hablando entre sí o riendo de modo estrepitoso. El humo denso y sabroso formaba en torno a la zona una nube engrasada que le daba a esos puestos de comida un aire irreal, como si en vez de vender pescado traficaran joyas orientales. Sobre el puente aún se recortaba el contorno inmóvil de las cañas y de los pescadores que abastecían los puestos y esperaban pacientes los últimos cardúmenes que venían con el anochecer.

A pesar de su desconfianza, Germán ordenó un pescado. De inmediato se lo extendieron, envuelto en un trozo de papel de diario, y él, hambriento, empezó a devorarlo. El gusto de esa carne blanda, como enjuagada, era fuerte y estaba impregnado por el sabor alevoso y grasiento del Bósforo. Mientras caminaba hacia el hotel y terminaba de digerirlo, se preguntaba qué comería Akbar, y antes de arriesgar una suposición se reprendía por hacer ese tipo de conjeturas ridículas: quizás conjeturar sobre lo insignificante fuera un modo de prolongar su pasión por la matemática. ¿No podía caminar sin pensar o suponer, esto es, sin practicar un ejercicio mental? Admiraba la capa-

cidad de los animales para entregarse al instinto. Su propio instinto, en cambio, indolente y senil, había quedado aprisionado bajo el peso sobrenatural de las conjeturas y sólo se manifestaba en la sexualidad; luego, como si la misma intensidad lo consumiese, volvía a su mesura de tumba y el pensamiento cubría su superficie. Y conjeturando sobre el instinto animal, notó que Estambul estaba poblada de gatos y perros que nacían y vivían en la calle. En una esquina observó cómo un grupo de gatos desquiciados arañaba bolsas de basura. Los más pequeños surgían del interior de las bolsas rotas con restos insignificantes; los más grandes y vetustos, habituados ya a la penuria y al ocio, se resignaban casi por solidaridad a devorar cáscaras de naranja y demás despojos insulsos que los otros abandonaban. Los perros marchaban solitarios, sarnosos, meciendo los ojos alumbrados e inflexibles, y se mezclaban, despóticos, con los gatos, para hurgar las bolsas ya abiertas y obtener las tajadas más sabrosas.

Continuó caminando; dobló en Divan Yolu y se detuvo frente a un pequeño puesto callejero para comprar una banana. El hombre que atendía, diminuto, de rasgos flojos y de sonrisa marcada como una cicatriz, había extendido las bananas sobre una amplia caja y las había separado en cuatro hileras, cada una con precios diferentes según el tamaño. Germán escogió una, pagó, y entonces reparó en que el vendedor hablaba un inglés casi perfecto con acento americano. Se esforzaba en exhibirlo y relataba cuánta cosa se le pasaba por la cabeza. Primero le

preguntó de dónde venía, a qué se dedicaba en su país, y sin dar mucha importancia a las respuestas, contó que había estudiado sociología en Washington quince años atrás, para luego regresar y caer en tal miseria que trabajaba vendiendo bananas desde las primeras horas de la mañana hasta la medianoche. Hacía unos años que planeaba irse, pero no sabía a dónde, porque para los turcos de su clase era difícil conseguir visa para cualquier lado; en tanto, ahorraba dinero y esperaba tiempos mejores. Dormía cuatro horas por día, pues tenía un largo viaje hasta su casa en las afueras de Estambul, y se levantaba a las seis de la mañana para comprar cajones de bananas en el mercado central. Sin embargo a veces dormitaba en su puesto, sentado, mientras el sol no golpeaba y no había clientes. Al anochecer y al mediodía el trabajo se hacía arduo y no podía descansar, y además tenía muchos conocidos con los que perdía el tiempo conversando. Sí, era agotador hablar tanto, pero tenía que soportarlo porque existían reglas de cortesía y amistad a las que no quería faltar y por las que llegaba a perder diariamente una docena de clientes. Y no sabía bien por qué, todos le confesaban que sus palabras causaban gracia.

El hombrecito interrumpió su monólogo repentinamente, porque de una caja que había a su lado asomó un cachorro. Ante el asombro de Germán, explicó que lo tenía allí para no sentirse solo, para que le hiciera compañía, para sentir una presencia continua palpitando a su lado.

—Déjelo suelto... ¿No teme que se ahogue?

—No, no lo puedo dejar suelto —contestó fastidiado—. Se nota que no ha estado mucho tiempo en Estambul. Usted no sabe que aquí todos los perros son vagabundos y que por la noche, y durante el día también, al cruzar la calle la luz los encandila y son arrollados por los autos. El hambre los atonta, los engulle. No, usted no sabe que en el asfalto quedan tirados esos pobres perros y que los otros perros, los hambrientos quiero decir, los de grandes ojos desteñidos como bocas, cuando hallan uno arrollado se juntan en jauría a devorar los despojos. Y a ellos también el hambre y la gula los ciega, y también son atropellados, y después viene trotando otra jauría más desolada y los perros, de pellejos flojos y heridas carcomidas que muestran hueso y no carne, hunden en la carroña sus hocicos desangrados de tanto hurgar el suelo duro, y la despellejan con mordiscos áridos, la lengua exhausta y roja colgando, y ellos también son arrollados, porque la tozudez y el hambre los encierra, agota los sentidos.

"¿Ve? ¿Entiende ahora? Es peligroso ser perro en Estambul. Por eso lo tengo en esta caja y lo alimento, para que no se mezcle con los otros ni presencie la atrocidad del hambre.

Germán sintió más hastío que repulsión; le impactó, no el relato mismo y las imágenes apocalípticas, sino la imposibilidad de verificarlo. Pensó que ese hombre podía seguir hablando cuanto quisiese acerca de perros va-

gabundos, y decidió cambiar el tema de la conversación induciéndolo a hablar del precio de las bananas. El vendedor desplegó otro desgarrador monólogo sobre el viaje de las bananas de Ecuador y Costa Rica hasta Turquía, causa principal de que esas frutas fueran las más caras en el mercado. Además, agregó, sería contradictorio que una fruta tan voluptuosa y de color amarillo se vendiera a un precio bajo. Y tras un silencio en el que su rostro se amoldó al porte original, barbilla partida, gestos ahondados y tortuosos, ojos indefinidos que iban de un lado a otro rápidos y sin detenerse en nada, le dijo que se fuera, que lo estaba aburriendo, y que si quería volver al día siguiente él estaría en el mismo lugar y podrían seguir hablando.

—No, no me aburre... Me voy porque tengo que hacer otras cosas.

—Lo aburro. Yo termino aburriendo a todos. Soy siempre el mismo; digo siempre lo mismo, lo de las bananas, lo de los perros... ¿Usted cree que aquí ocurre algo más...? Porque yo no percibo nada más. No, no conteste por compromiso, ya sé, lo aburro, no me haga repetir lo que no debo repetir.

Germán hizo un ademán de desconcierto; si quería pensar que aburría que lo hiciera.

—¿Usted dónde vive?

Germán le señaló el norte y antes de que el otro le preguntara por el nombre del hotel, le dio la espalda para emprender el regreso.

—¿Pero ya se va? —escuchó que le decía a sus espaldas.

—Sí, sí, hasta mañana —contestó volviéndose y dirigiéndole una sonrisa fingida.

Y caminó hacia el hotel, extrañado y sereno. La noche había caído más tupida y firme que en días anteriores; en el cielo la oscuridad estaba distribuida alrededor de una luna tenue, en ondas y en capas superfluas similares a las que deja en el agua la caída de una hoja. Y él pensaba otra vez en aquel lenguaje imaginario, sufría su imposibilidad excesiva y familiar como un hermano muerto, cuando al virar en la esquina vio en el centro de la calle, en torno a un espiral de bruma, a dos perros de hocicos puntiagudos mostrando los colmillos; a dos perros hundiendo el hocico renegrido y devorando sin sonido a otro desgarrado sobre los rieles. Reparó en que a lo lejos se acercaba el tranvía y recordó la frase encerrados por la voracidad y el hambre. No reaccionarían: asesinados por la voracidad, desterrados por un hambre incongruente más doloroso que la muerte. Se apresuró a alejarse; no quería ver el accidente, pero después de caminar unos metros no pudo resistir la tentación de volverse: no estaban ni la carroña sobre los rieles ni los dos perros, no había rastros de sangre ni bruma, sólo la sombra de una luz intensa.

Entró al hotel sin aliento. No había nadie en la recepción. Observó el tablero con casilleros numerados que contenían cada llave; buscó la suya y fue hacia la escalera, embargado por un malestar huidizo, una especie de

presentimiento luctuoso y atropellado. Miró los escalones empinados en la penumbra y enseguida desistió de subir; se apoyó en la balaustrada y descansó hasta que el botones, poco después, lo sacudió por los hombros y le advirtió que no estaba permitido dormir en los corredores ni en las escaleras. Germán, sin llegar a asustarse, emitió un gemido que pareció más un signo de dolor que de sorpresa.

—Disculpe —dijo de inmediato el botones—, lo confundí con otra persona. Parece cansado... Si quiere siga durmiendo.

Germán volvió en sí y agradeció con una sonrisa sus palabras. Se preguntó si lo habría confundido con George y enseguida, fastidiado, dedujo que sí: ¿a quién si no a ese hombre desprolijo y maníaco necesitaban prohibirle cosas que a otros no? Permanecieron de pie, uno frente al otro, tanteándose de soslayo con largas miradas perezosas, hasta que el botones le preguntó qué iba a hacer, a lo cual Germán, sofocado, respondió que no sabía, porque estaba cansado pero no tenía sueño.

—Es normal: yo siempre estoy cansado pero sin sueño. Así es la vida. Un insomnio deforme. Mejor ir al baño, mirarse las encías en un espejo, separarse los dientes con una uña a ver si alguna vez se enderezan o nos viene sueño de tanto esperarlo... Emm... Disculpe. En esos casos no hay que intentar dormir, es peor, el insomnio es más doloroso, el cuerpo cruje. Es el momento de la devastación moral. A propósito, ¿usted sabe mi nombre? No,

claro, me llamo Ayse... Un gusto. Empezamos a conocernos —y una sonrisa despejó su rostro, un rostro afinado y amarillento transido de gestos precipitados—. ¿Todavía me recuerda? Cuando llegó yo subí su maleta y...

Germán lo interrumpió y le dijo que sí, lo recordaba perfectamente, lo había visto a la hora del desayuno vestido de mozo; también recordaba, si no se confundía, que vivía escaleras abajo, en el sótano, junto a su hijo. Ayse pareció halagado por la memoria de su interlocutor, y le preguntó si aún recordaba que había prometido hacerle una visita, a lo cual Germán respondió que sí, eso también lo recordaba, aunque en ese momento no tenía ánimo.

—Vamos, venga ahora, tengo franco. Mañana trabajo. Además, si no tiene sueño, ¿cómo va a dormir? ¿Prefiere dar vueltas, pensar inútilmente, errar frente al espejo del baño, o prefiere visitarme? —e hizo un gesto manifiesto de asco y desprecio.

Germán dudó; la mayoría de las personas, con una mínima perseverancia, podían convencerlo de que deseaba hacer cosas que jamás había concebido. Se movió unos pasos en torno a la escalera; respiró, fastidioso, y pensó que aún era temprano para dormir y que no había ninguna razón para rechazar una breve visita que, además, podía depararle alguna satisfacción.

—Está bien, bajo con usted un rato.

Ayse sonrió, entre satisfecho y sorprendido. Lo guió hacia otra escalera a través de un pasillo lateral, y le dijo

que su cuarto era un sitio apartado y silencioso, en el fondo del hotel. Al final del corredor empujó una puerta pequeña y la sostuvo hasta que Germán pasó.

—Ahora tenga cuidado. Está oscuro. Cualquier cosa agárrese de mí.

La escalera era abrupta, de peldaños estrechos y musgosos; circulaba un olor incisivo a humedad y a agua estancada. A medida que bajaba tanteando a los lados las paredes de cemento, Germán percibía un sonido envolvente de máquinas, la humedad le parecía más vaporosa y adherida al calor macizo y artificial que circulaba movido por los cuerpos.

—Ya falta poco —dijo el botones con una voz grave que a Germán le sonó impostada—. Si quiere descansamos.

Y se detuvo. Germán chocó con él y percibió en la oscuridad su aliento a menta y su respiración irritada, casi un jadeo amoroso, como si bajar las escaleras en vez de fatigarlo lo excitara. Ayse empezó a hurgar sus bolsillos y Germán despejó cualquier sospecha o temor cuando percibió la luz angulosa de una linterna.

—Siempre la llevo conmigo. Es buena para estas ocasiones, para los invitados —tosió levemente e iluminó con la pequeña linterna los escalones desparejos y verdosos.

Continuaron el descenso, Germán cada vez más distante y extrañado.

—¿Qué es ese ruido?

—La caldera del hotel. A medianoche la apago para dormir.

—¿No hace mucho calor?

—El calor es lo de menos.

Llegaron a la sala de las calderas y descansaron. Germán tuvo la impresión de que estaban demasiados metros bajo tierra y el aire no fluía. A través de la penumbra llegaba a discernir el contorno grueso de los caños y las calderas imponentes y achatadas contra las sombras, y el ruido, ahora, más que avasallante, era discontinuo e inhumano como la agonía de una bestia. Ayse encendió una lamparita que pendía del techo y por la sala se difundió una franja porosa de luz ámbar.

—Son varias calderas, pero sólo una está encendida.

El piso estaba inundado por una capa de agua estancada; en las zonas más deterioradas se habían derrumbado partes de muros, y en los techos de vigas al descubierto había huecos donde anidaban, según Ayse, animales que jamás se dejaban ver pero sí oír. Avanzaron un poco más, con lentitud, para no mojarse. El botones empujó otra puerta y le hizo una seña con las manos. Debían transitar un pasillo corto a través de cuyas paredes pasaba sólo una persona delgada. Germán pensó que aquello, entre corredores, escaleras deterioradas y calderas enormes, conformaba un notable laberinto subterráneo, y Ayse, como si hubiera intuido sus pensamientos, le dijo que no se preocupara, que el cuarto quedaba al fondo de esa especie de túnel privado que, contra las apariencias, no era

tan complejo ni incómodo. Una vez frente a la entrada de la habitación, apagó la linterna y extrajo una llave que hizo girar trabajosamente en la cerradura. Luego empujó con cuidado la puerta chirriante y lo invitó a pasar agitando una mano. Germán se adelantó y sintió cómo detrás suyo se cerraba la puerta. Ayse lo llevó por delante y le pidió que se corriera, que iba a encender la luz. El sonido de una gotera desbordaba la oscuridad inflexible. Una lamparita de techo situada en un extremo arrojó de pronto una luz plomiza que apenas esbozaba contornos. Germán se acercó a observar el muro más cercano, que estaba cubierto de estantes con todo tipo de objetos extraños y libros en la parte superior. Ayse se paró a su lado para enseñárselos y al mismo tiempo, en actitud desafiante y con el celo propio que promueven ciertas miserias amorosas, privarlo de cualquier contacto o contemplación detallada. Sobre un estante había instrumentos de navegación: un astrolabio, una brújula, un catalejo, un cuaderno de bitácora, un compás; más arriba, una colección de mariposas y arañas disecadas, unas cuantas lupas de tamaños exagerados y unas cajas que contenían fotos familiares. En el estante superior, distintas ediciones del Corán y de la Biblia que Ayse con desdén confesó coleccionar. En otro sector a donde la luz no accedía, había huesos y cráneos de animales que se negó a mostrar y que decía habían sido hallados en excavaciones. Después no existía nada más acerca de lo cual pudiera o quisiera hablar.

Germán, reanimado por la profusión de cosas, intentó investigar unos ovillos de lana que había en un estante bajo, pero Ayse se interpuso, objetándole que no podía tocar nada de lo que estaba allí porque todo era frágil y viejo. Entonces Germán, despreocupado, se alejó unos pasos y volvió la mirada hacia la otra parte del cuarto levemente definida por los filamentos de un resplandor. Vio techos altos y cruzados por vigas, muros de cemento, el suelo áspero y húmedo, una puerta entreabierta, dos camas estrechas y sin sábanas pegadas a la pared, y sobre una de ellas una figura desgarbada que gemía aparatosamente. El pelo largo y negro, en contraste con la piel blancuzca, cubría casi todo su cuerpo nervioso y en cuclillas. Asombrado, Germán se aproximó y percibió un vaho agrio, una respiración pausada y sin embargo dificultosa. Ayse no se interpuso y él pudo atisbar rasgos piadosos de niño en el rostro consumido de esa figura que tiritaba de frío o temía... o simplemente hablaba para sí con la ansiedad de un agonizante.

—¿Quién es? —preguntó Germán cubriéndose la nariz y sentándose en el otro extremo de la cama, mientras el niño se acurrucaba más contra el ángulo que formaban los muros y se rascaba el pecho, como si lo cepillara, con las manos huesudas y prolongadas.

Ayse se sentó en la otra cama, se cruzó de piernas y permaneció en silencio, palpando la angustia que crecía en Germán y se difundía en la escena como el hálito de un lamento.

—¿Quién es? —insistió, mirándolo con indignación casi amorosa.

—¿Le interesa?

Germán asintió, la incertidumbre comprimiéndole la cara, juntando las manos y apretándolas contra el pecho como en una plegaria.

—Es mi hijo.

—¿Su hijo?

—Sí, mi hijo —y le dirigió una mirada aduladora.

—No lo hubiera imaginado nunca... Perdone —intentó controlar el desasosiego, simular frialdad, sujetar la voz, separar las manos que le parecían falsas, ociosas, inabarcables—. ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre, ¿para qué? Siempre vivió acá, no lo necesita. Es justo.

—¿Y la madre quién es? —indagó volviendo insistentemente los ojos hacia la criatura.

—Yo soy la madre —se puso de pie y fue hacia el niño—. Yo soy la madre. ¿Qué pregunta es esa? —y lo alzó en brazos como si de ese modo confirmara sus últimas palabras y disipara el monstruoso error que pretendía atribuir a su apariencia y que, por el contrario, estaba en las raíces más profundas de su manía.

Germán pudo discernir su cuerpo esmirriado y frágil, la cabellera tupida que alcanzaba la altura de la cintura. Ayse lo tendió boca arriba en su cama y comenzó a inspeccionarlo mientras revelaba que él lo había dado a luz en ese cuarto subterráneo, solo, y que la criatura había

vivido ahí desde su nacimiento.

—Nunca salió. Vivió en el encierro, en el exilio de este cuarto, sobre esa cama. ¿Para qué sacarlo al mundo? Está salvado... No hay nada tan absurdo como lo humano. Nadie sabe de su existencia: casi nadie ha bajado hasta aquí en años... Sólo usted y algunos otros turistas afectuosos —emitió una risa aguda, arrastrada, tapándose la boca y continuó—: Ahora sólo usted sabe que él existe; los demás deben haberlo olvidado. También usted nos va a olvidar. Pero él no sabe que usted sabe, porque él no es humano, nunca aprendió a caminar ni a hablar. La condición humana es bestial, ya se lo dije; creo que lo he salvado del dolor y la miseria. En el estado primitivo no hay dolor. Sólo instinto. ¿He tomado el camino correcto? —hizo una pausa, movió armoniosamente la cabeza de un lado a otro, como esperando que alguien oculto en la oscuridad asintiera, y antes de que Germán interviniera prosiguió:— Lo inhumano era la alternativa más digna. Si hubiera podido elegirla para mí, lo habría hecho. Pero es imposible elegir; otro debe elegir por nosotros. Por amor, yo la elegí para él. Él no necesita un nombre —repitió y meneó la cabeza—. No lo necesita en éste mundo —y apretó contra sí el cuerpo desnudo y tembloroso de la criatura, que por momentos pareció quebrarse en los brazos de "su madre".

—¿Y por qué tiembla de esa forma? —inquirió Germán con voz cortada, casi sin sonido.

Ayse, distraído, le insinuó que debía tener frío. Germán

dedujo que los años de encierro habían debilitado su piel y la habían hecho tan sensible a cualquier estímulo exterior que la luz y las corrientes de aire la lastimaban, igual que a sus ojos inseguros e hinchados como nudos, que de tan habituados a la oscuridad relucían con una intensidad tornasolada.

—Lo voy a abrigar.

Ayse se puso de pie y extrajo de bajo la cama una manta. Germán percibió a través de la penumbra espesa cómo el muchacho se empeñaba en rascarse y se resistía, gruñendo —era incapaz de llorar—, mientras Ayse lo sentaba, le colocaba una manta sobre la espalda, lo acariciaba con esmero y un poco de tedio maternal, y lo apoyaba contra la pared para que no perdiera el equilibrio.

—Disculpe, voy al baño.

Ayse abrió la puerta vacilando, entró, y un intervalo de luz por unos segundos surcó la habitación y recalcó en la penumbra la apariencia precaria del muchacho: sólo un cúmulo de piel etérea e informe, los rasgos insondables excepto por algunas costras y lastimaduras que se abría al rascarse y que sobresalían como manchas moradas. Luego la oscuridad volvió y Germán, perplejo y atento hasta la desesperación, percibió el sonido ahogado de la gotera, el olor indefinido e íntimo que fluía entre muros. De pronto chocó con la mirada desgajada del muchacho y palpó en sus ojos intermitentes un rencor demasiado familiar; el odio que acumulaban parecía el único gesto civilizado que quedaba en él. Pensó que a pesar de todo la

criatura estaba condenada a lo humano, y que quizás de ahí surgiera el odio indisimulable hacia esa condición.

Se puso de pie. Sintió la mirada del muchacho, recargada y suplicante, siguiéndolo. Llegó hasta la puerta; la abrió y enseguida se lanzó a correr por el túnel, a través de la oscuridad entre paredes angostas y descascaradas. Se detuvo en la sala de las calderas; no escuchó ningún ruido, debían estar apagadas; sólo percibió la plancha tenue de agua ondulando bajo sus pies y el olor fibroso del aire mojado. Sintió tras sí pasos veloces; Ayse venía hacia él. Reanudó la marcha, halló la escalera, empinada y encajonada en sombras, y subió rápido dando algunos traspiés. Y cuando la luz de la linterna lo alcanzaba, llegó hasta la puerta de la escalera, la empujó y salió a un pasillo del hotel que transitó con paso apurado y firme. Se detuvo en la escalera principal, exhausto, y descansó sobre la balaustrada unos segundos. Después subió a su habitación sin despegar la mirada del piso; tuvo la impresión de que desde hacía días no percibía el olor de la escalera... Tal vez ya fuera demasiado familiar. Había llegado dos días atrás, y ese olor grumoso a excrementos enjuagados le resultaba tan íntimo e insípido como una mancha en su propio cuerpo. Al abrir la puerta de su cuarto sintió que usurpaba algo: aquella lámina de madera con un picaporte flojo y oxidado, descascarada en torno a los marcos sin moldura, era tan ajena —nunca había reparado en sus matices— que también rayaba en lo familiar. Sí, uno también terminaba apropiándose de las cosas de-

masiado ajenas. Mantuvo la puerta entornada y a sus espaldas alguien abrió otra puerta. Una luz tostada se desató en el pasillo y la voz de George sonó fría, elocuente y llena de reproche:

—¿Qué hace ahí, parado, delante de la puerta? Está por espiar. Ya lo sé, es obvio. No se preocupe —hizo una pausa para asomarse y ver si había alguien oyéndolos, y continuó en voz más baja—. Yo también alguna vez espié. Para que sepa, venga, mire, en la habitación de allí —y señaló el fondo oscuro del pasillo— vive una señora portuguesa con su marido. A esta hora fornican. Siempre fornican. Venga, oiga. Vamos no sea así de tímido.

Y cuando George empezó a acercarse con pasos interrumpidos, como si no quisiera espantar a la presa, Germán entró en el cuarto y se apresuró a cerrar la puerta. Se apoyó contra ella y sintió los pasos de George deteniéndose del otro lado. Luego lo escuchó alejarse vacilante, y enseguida una puerta cercana emitió un chirrido y se cerró. Suspiró, aliviado, y pensó que no podía quedarse otro día en el hotel después de lo que había visto. Además ya estaba hastiado de la avenida Divan Yolu, de los lugares de comida rápida y de los vendedores de alfombras que le preguntaban la nacionalidad y lo hostigaban con una servicialidad tan artificiosa que parecía una forma disimulada de injuria. Taksim era una zona calma, adecuada para un hombre retraído. No sólo no estarían los vendedores con sus frases desesperadas y su cordialidad tiesa, sino que tampoco se cruzaría con niños lus-

trabotas ni con mendigos imperturbables que en el fondo lo henchían de una culpa similar a la de un deber incumplido. ¿Pero era posible? ¿Era posible que a un hombre como él, esmerado matemático, le flaqueara la razón? ¿Qué significaba, por ejemplo, la visión de los perros? ¿Simplemente sugestión? ¿No sería George también una alucinación recurrente? ¿Y la criatura inhumana que acababa de ver? ¿Y Akbar... el misterio voluptuoso de la lengua? ¿Cómo un hombre podía haber creado una lengua para sí? Nunca la perversidad humana había aspirado a una pretensión tan compleja. ¿Era akbar una lengua? En todo caso lo era sólo porque Maryam le daba significación. Sí, el saber de ella le resultaba atractivo, complicado del mismo modo que una fórmula; era una mujer cautivante cuya desnudez podría ser tan abismal y sórdida como una lengua. Al día siguiente volvería, sí, volvería siempre a visitarla, a ser testigo... ¿Qué otra cosa podía hacer en Estambul al atardecer? El anciano hablaría solo, quién sabe de qué, eso no importaba; importaban las traducciones generosas y sensuales, y si llevara un anotador podría apuntar y descifrar con tiempo el significado de las frases oraculares; podría entender qué significaba "existe lo diverso porque hay una unidad hacia lo cual todo tiende". Pero en definitiva, ¿de quién eran las palabras? ¿De ella o de él? ¿A quién pertenecía el acto de decir? ¿A ambos? ¿Decían acaso lo mismo?

Mejor no pensar. Se desvistió y un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando creyó distinguir bajo las frazadas

abultadas de la cama a otra persona; hasta le pareció notar una respiración defectuosa, casi caprichosa. Vaciló: ¿ir a la recepción o despertar al intruso, engañarlo pidiendo una explicación innecesaria para luego echarlo o entregarlo al gerente del hotel? Se acercó, tardó en inclinarse sobre la cama, y cuando hundió las manos sudorosas en el bulto reparó en que no había nadie, sólo una almohada y unos pliegues. Contuvo la cara angustiosa entre las manos; esperó a que se diluyera la sensación fantasmal que provoca descubrirse a uno mismo en el lugar del impostor. Luego se recostó sin cerrar los ojos y no quiso pensar más en Maryam y su padre, ni en George, ni en la criatura monstruosa; sólo en sí mismo, en la parte más feliz de su pasado, cuando había abandonado la casa de su madre y había partido hacia Bolonia para doctorarse en matemática y pasar años sumergido en el olor carcomido de los claustros. Desde su doctorado hasta el presente su vida no había cambiado mucho; sólo podía rescatar pasajeros amores que alternaba más por dejadez que por voluntad. Jamás había prodigado ningún cuidado a las jóvenes con las que se acostaba; dejaba que se perdieran en su memoria, en esa deleitable desidia que le inspiraba el amor, y si alguna de ellas quedaba ligado a él, permanecía insensible y desinteresado hasta irritarlas y ser abandonado, lo cual le causaba más regocijo que dolor, como si en el abandono hallara una prueba feroz de su seducción. No comprendía cómo una mujer podía llegar a amarlo; incluso despreciaba a las mujeres que lo

amaban porque veía en ello un acto injustificable y hasta irreparable. Sin embargo había llegado a convivir en pareja durante un tiempo con una mujer que no lo amaba pero lo admiraba de un modo empeñado y protector. Él tampoco la amaba, porque era una mujer tan insípida que ni siquiera llegaba a aburrirlo... O al menos eso creía ahora. No obstante le guardaba una suerte de aprecio, quizás porque ella había exaltado sus incipientes virtudes para la matemática. Cada tanto la recordaba, sobre todo cuando se angustiaba y quedaba desprotejido, sin orgullo y sin engaño. Luego volvía a recomponerse, a fortalecer su orgullo, y se avergonzaba de sus flaquezas al punto de sentirse ya no culpable sino imperdonable, y simular dolores que, en tanto se obstinaba en no curar, le parecían más inverosímiles y reconfortantes. Así su vida había llegado a un punto en el cual la repetida angustia, la imposibilidad de continuar con la farsa de la farsa, la sed imposible de sed, en vez de fortalecerlo lo debilitaba; hasta se diría que ésa era la razón por la cual en unos pocos años había envejecido lo que no en los últimos veinte. No parecía mayor de lo que era, pero ya no aparentaba una edad "razonable", y eso lo atormentaba, como si por una distracción brutal hubiera perdido lo irrecuperable. A medida que pensaba en la madurez que siempre había rechazado en las mujeres, le incomodaba más el recuerdo, ese lazo definitivo con la juventud, ese dominio a punto de extinguirse. Entonces la angustia se tornaba más destemplada y perdurable; el recuerdo lo sometía a una humilla-

ción de la cual su orgullo tardaba en recomponerse. Las cicatrices, a medida que pasaban los años, cobraban tamaños cada vez más desmesurados, cuando antes, incluso unos pocos años atrás, la certeza virilizante de tener toda la vida por delante lo alentaba a atropellar la sensación de desamparo, a soportar vejaciones, a traspasar el temor a la muerte.

XIII

La noche había sido seca y sonora bajo el insomnio.

Luego, roja y sudorosa, preñada de sueños, de despertares y pasos sin rumbo, de giros y renovados sueños que ondulaban similares a un tejido abigarrado de voces y lamentos. Circulaban en torno suyo los personajes del día: Akbar y Maryam, incestuosos; él mismo, también incestuoso, porque aparecía de pronto bajo la piel de Akbar. Más tarde, Maryam, apedreada por niñas inmóviles y brillantes como muñecos de cera, y finalmente quemada en una hoguera espejada que nunca terminaba de consumirla mientras gritaba, no por dolor, sino para consolarse... Después, mucho después, aparecía Flower, vestida de negro, descubiertos sólo los ojos como túneles cuyo fin es la sombra, explicando pedagógicamente el funcionamiento mecánico de las hogueras y el cadalso matemático que cortaría los pies de Akbar. Y él, horrorizado por la duda,

por el temor inesperado de ser Akbar sin saberlo o por el de no poder ocultarlo llegado el momento, escondía las manos queriendo esconder los pies que no encontraba. Pedía perdón, no sabía por qué, y se confesaba arrepentido pero no culpable. Flower escuchaba y asentía y casi lo consolaba con el silencio comprensivo y el gesto carnoso de sus labios entreabiertos. Recién al amanecer, convencido de su inocencia y persuadido de que Flower no le cortaría los pies porque en una escena le había confiado que todos, aunque lo ocultaran, practicaban el incesto desde que nacían o bien a través de la imaginación o bien con los hijos que escondían adentro, como ella, que en realidad cargaba en su interior con una gemela a la que no dejaría salir, recién al amanecer, entonces, seguro de su inocencia, Germán concilió un sueño profundo y sin voces. La hoguera se había extinguido; Maryam estaba intacta y paseaba a su gemela, una criatura blanquísima de pelo oscuro y uñas largas, que gemía entre dientes sin cesar.

Despertó tarde en la mañana, confundido, la visión turbia y los miembros agarrotados bajo el esfuerzo de despertar y salir de las sábanas que, enredadas en torno a su cuerpo, se le hacían un disfraz embarazoso, una mortaja que conservaba residuos húmedos del sueño. Poco después, adormecido, se duchó y empezó a empacar. A medida que guardaba la ropa pensaba que tenía cierto aprecio hacia la guía, y sonreía, como lamentándose, al re-

cordar escenas del día anterior en la casa de Akbar: él con su bastón dócil y su virtud incofesable; Maryam, imbuida en la piedad pulcra y amenazante de la traducción; Flower, ignorante y optimista, sin recelo, sin sospechas, precaria como una madre. Se apresuró a bajar y evitó cruzarse con George, que debía estar en el comedor esperando para verlo desayunar, y con el botones, que a esa hora trabajaba de mozo. Entregó las llaves. El encargado, al que hacía tiempo no veía, apenas reparó en que partía y no le devolvió el saludo. Una vez en la calle, con su maleta, bajo el aire quemado del mediodía y entre el sonido pastoso e impenetrable que venía desde las mezquitas, caminó de a trechos, descansando en umbrales y repeliendo a gritos a vendedores que lo abordaban con impertinente cordialidad, hasta llegar a la agencia de turismo, donde halló a Flower.

—Pensé que ya no vendría —dijo ella al verlo entrar.

Germán le explicó que se había quedado dormido, y estaba a punto de relatarle la visita al sótano cuando Flower le extendió un manojo de llaves y le dijo que fuera para su casa, que descansara y caminara por la zona, que ella estaba ocupada y que a la tarde se encontrarían por allí. Él, que no tenía por el momento el menor deseo de volver a salir solo a la calle, intento retardar la partida preguntando si por la tarde visitarían a Maryam. Ella asintió sin mucho entusiasmo y le dijo que ya verían, que lo pensara, porque al fin y al cabo él se aburría y todo terminaba en una huida grosera; siempre estaba exaltado al lle-

gar, y a medida que Akbar y su hija hablaban él daba muestras obscenas de incomodidad y la dejaba sola frente a ellos. Germán intentó justificar su actitud desatenta: a veces la situación y las palabras le parecían tan irreales que no podía soportarlas, no podía admitirlas sino como un engaño o como una ridiculez femenina. Y si bien era cierto que esa lengua al principio le había resultado una ficción burda, de novela, después de algunas conjeturas había recuperado el interés en ella y en lo que Akbar podía expresar. Flower lo interrumpió, sin duda molesta por el tiempo que insumía el diálogo, y lo instó a que imaginara todo lo que podía expresar si decía que la suya era una lengua divina y que Dios hablaba a través de ella.

—Vamos, ¿dijo eso?

—Sí, bueno, Maryam lo dijo. Quién sabe... —y rió despacio como silabeando una canción.

Germán pensó en lo ingenioso de haber creado una lengua para deshacerse de la responsabilidad tortuosa de decir; ahora quien hablaba no era Akbar sino un ser supraterrenal que tamizaba sus mensajes a través de la lengua akbar, idea que por un momento le resultó graciosa, casi fabulosa y tentadora, hasta que recordó la figura dolorosa del profeta y supuso que ésta podía adecuarse a la del desgraciado Akbar. Sus palabras no eran proféticas en el sentido bíblico, pero ¿por qué no creerlo un profeta contemporáneo, un profeta panteísta que volvía a los orígenes? ¿No había dicho que lo Uno estaba en lo diverso y lo diverso volvía a lo Uno?

Ya rumbo a la casa de Flower, en un taxi conducido por un hombre desgarbado que lo vigilaba por el espejo y cuya mirada cansada le inspiraba una escrupulosa lucidez, empezó a sopesar algunas sospechas: ¿aquella lengua podía ser divina si era la invención de un hombre? ¿El hecho de que un hombre la hubiera engendrado, no implicaba, por lógica, una inexistencia anterior a su existencia? Y en ese caso, ¿podía Dios haber existido sin un lenguaje? ¿O aquella lengua siempre había existido en la entraña de lo Uno y se había encarnado en Akbar como podría haberse encarnado en cualquier otro? Siempre los profetas, como los escritores, habían sido más un producto del azar o de una desmedida voluntad que del talento. Lo llamativo era que, sin demasiado esfuerzo, uno podía tomarlo indistintamente como un profeta mañoso o como un impostor, y nada contradecía lo uno o lo otro.

El coche se detuvo y el conductor desvió la mirada hacia él. Germán se sintió pueril: la lógica era pueril; la metafísica era pueril; la religión era pueril... Él mismo era una acumulación de puerilidades sin las cuales su cuerpo se volvía incongruente. Vivir desembocaba en un acto pueril. ¿Cómo podía pensar en Akbar y haber olvidado los encantos de Ileana? Cuánto más útil le resultaba pensar en la desnudez de ella que en un lenguaje arbitrario y regido por leyes divinas. En cierta forma lo sobrenatural nacía de la condición humana y de su arbitrariedad: a alguien se le debía achacar tanta injusticia; alguien debía ser el responsable y el alabado, dado que, si su capacidad

para engendrar la miseria era tan grande, su capacidad para abolirla tendría que ser proporcional. ¡Pero cuánto menos angustiante era pensar en una mujer que pensar en Dios! Y cuánto más problemática le resultaba la existencia de las mujeres que la inexistencia de Dios. Los problemas teológicos derivaban de la demostración de Dios existente, pero qué aprehensible se tornaba el mundo si se partía de que Dios no existía y las mujeres sí, de que en realidad sólo existe lo que no necesita demostraciones indemostrables. El problema de estos hombres ociosos, pensaba Germán sobre los teólogos —epitafio bajo el que reunía a filósofos, escritores y clérigos— es no querer justificar lo inteligible a partir de sí, sino a partir de lo ininteligible: buscar la causa fuera de su efecto. Mujeres, mujeres, jovencitas, desnudez, gritos, gritos, orgasmos. ¿Cómo podía alguien ocuparse de Dios si todavía existían muchachitas impúdicas? ¿Cómo podía él pensar en Él, como cuando era niño y por las noches se sorprendía no sólo pensándolo sino confesándose? Y de pronto tuvo la impresión angustiante de ser un bárbaro encerrado en una celda ilusoria, en un conformismo agotador; alguien para quien la idea de un ser superior encarnaba la evidencia pospuesta de sus carencias, la abominable carnalidad de su fracaso y de sus esperanzas sin dueño, anónimas como lamentos de condenado. Tenía la impresión de que la excusa innegable de las mujeres lo liberaba de supersticiones y paroxismos religiosos, y que sin embargo, llegado el momento de la pena, el consuelo

vertiginoso de la duda ante un Ser necesario lo absolvía de esa condena que era no saber amar, no desearlo por una especie de repulsión o celo hacia aquello de lo cual suponía que una mujer necesitaba privarlo para aceptar la complicidad amorosa.

La casa de Flower quedaba en una calle empedrada, angosta y antigua, rodeada de pasajes y caminos en pendiente que filtraban, en el fondo, como a través de una cerradura, la imagen suspendida del Bósforo. En la esquina había un café con mesas afuera, llamado "Cep sanat Galerisi". La luz se colaba, floja, entre las casas de colores cegados y de dos o tres plantas, y la gente andaba calma por las calles desbordadas de silencio y de brisa con olor a piedra húmeda. Halló el edificio y atravesó un pasillo diáfano con ventanas enrejadas a los lados. Al fondo, de frente al patio interminable en su nitidez, vislumbró la entrada que según indicaciones de Flower era la de su casa. Buscó la llave más larga en el manojo y empujó la pesada puerta de madera. Enseguida chocó con el aire enfermizo de las casas grandes y desoladas. Había un comedor, radiante, con almohadones y tapices esparcidos, y amplios ventanales hacia los que se dirigió tras apoyar la maleta en el suelo. Intentó abrirlos, pero estaban sellados. La atmósfera era tórrida y de una humedad estancada. Atravesó un pasillo en penumbra, más fresco y fluido, sus pasos sonando alejados en otro cuarto como si alguien lo siguiera. Empujó una puerta descascarada y

sin pestillo; del otro lado, un cuarto inmenso, espejos sobre las paredes laterales, un ropero de roble y una cama para dos personas. La ventana, cubierta por una cortina de raso rojo, dejaba entrar una luz sórdida y remota que apenas trazaba el contorno desaliñado de las cosas. Intuyó que aquélla no era su habitación; demasiado femenina, deshojada y tibia como una entrepierna.

Tras la última puerta, al fondo del corredor, halló su cuarto, claro pero no luminoso, anegado por la letanía de un olor maduro, a encierro, a jazmines secos y a aire empapado. Había una cama pegada a un muro, una mesita de luz y un ropero destartalado en el interior de cuyas puertas descansaban dos espejos simétricamente rajados. Despreocupado, se miró y se vio más envejecido, más solo, más vulgar. Más vulgar, sí, la soledad lo hacía vulgar, ingrato, indolente. Descubrir carencias —la vulgaridad, como la indolencia, no eran más que carencias complementarias— le despertaba cierto patetismo grato. ¿Podía alguien contemplarlo sin experimentar repulsión o piedad? Prefería la piedad: era una superación de la repulsión; una forma estilizada del mal donde ambos, la víctima y el victimario, gozaban. ¿Quién ocupaba el lugar de la víctima? ¿El piadoso? Una de las tantas paradojas de la religión, pensó, Dios se apiada de nosotros y en ese mismo acto se convierte en nuestra víctima. Cerró las puertas desniveladas del ropero, dejó su maleta a un lado de la cama y salió sin reparar en la sucesión reposada y polvorienta de objetos inservibles.

Pasó la tarde fuera de la casa, caminando por los alrededores de Taksim. Las mujeres que circulaban parecían más cuidadas y atentas, y se vestían de una forma más occidental; nada de velos y vestidos largos, preferían llevar prendas que insinuaran ansiados atributos femeninos. En algún momento Germán pasó frente a un hotel parecido al de noches anteriores y tuvo la impresión de que si entraba y volvía a la habitación, Ileana iba a estar tendida esperándolo con una mano entre las piernas plegadas. Las calles de Estambul cambiaban por la noche; se transformaban en un laberinto sensual e irradiaban un brillo árido, reiterado. De día, en cambio, eran lumínicas y copiosas, y las partes viejas tenían una coloratura evanescente igual a la piel de un muerto. Las mujeres se mimetizaban con los estados de la ciudad, y de noche, en lo íntimo, se nutrían de una sensualidad opaca y nostálgica acentuada por la brisa intermitente del Bósforo.

Cansado de caminar, de adentrarse en escenas hondas y colores, regresó. No se había alejado demasiado; más bien había estado dando vueltas en la misma zona. Se sentó en el café que había visto al llegar. Le alivió saber que George no aparecería de improviso y que nadie hablaría más que en turco. Percibía las voces y, como cuando escuchaba música, no precisaba responder sino permanecer en la abstracción pegajosa de los sonidos. Observaba a través del vidrio, bebía de a sorbos el café y mientras inhalaba el humo espeso de su cigarrillo reparaba en que

casi nadie estaba fumando en el lugar. La religión musulmana lo prohibía, y sin embargo recordaba haber visto en los bares y en los mercados a varios individuos fumando. Sí, alguna vez había escuchado decir que los turcos eran devotos del tabaco y las mujeres, afirmación que le resultaba algo ridícula, pues ¿quién en el mundo podía abstenerse de vicios tan decorosos?

Bajaba el atardecer, terroso, rajado por una exasperada lentitud. Flower estaría por regresar y una vez más —la segunda, la tercera o la cuarta, no recordaba bien— irían a lo de Akbar y esta vez él llevaría un cuaderno para anotar y deducir, por la noche, la validez de lo dicho. Mientras, fumaba y bebía de a sorbos otro café para calmar la ansiedad. Hubiera querido estar frente a Maryam y agotar la lujuria que intuía en su saber. La deseaba... Deseaba su voz intacta, su juventud, su inocencia de pronto tan falsa y misericordiosa. Y mientras sentía que el deseo arreciaba, a través del cristal miraba cómo un niño perseguía a un gato que se detenía siempre a una distancia prudente, lo desafiaba con la mirada tersa y cuando el muchacho volvía a la carga emitía un aullido y se escabullía. Luego pasó un anciano cargando una bolsa arpillera vacía; se apoyaba en un bastón de madera nudosa, y un perro alto lo custodiaba, no como a un amo sino como a una víctima. Todos fueron desapareciendo en la tarde hasta que en la esquina doblaron dos mujeres, una delante de la otra, y Germán fijó los ojos en sus frentes morenas y amplias; frentes hermosas y pausadas, pensó; frentes que

hubiera querido amparar bajo su lengua ancha y nerviosa. Suspiró, desvió la mirada hacia el interior del bar y Flower se detuvo frente a él, sonrió, se sentó y le preguntó, sin saludar, si iban a tomar un café antes de partir. Germán le respondió que sí y al mirar su frente recordó la de las dos mujeres que acababan de pasar. Una de ellas, ahora que ponía más atención, se parecía a Flower. No la había reconocido.

—Tiene una frente linda. Fíjese que cuando venía la vi y me resultó tan hermosa que ni la reconocí.

—Gracias.

Las mujeres siempre agradecen cumplidos incumplidos, pensó; les fatiga la ironía porque no pueden entender su razón, su utilidad caprichosa; en fin, nunca se sitúan en el lugar de la víctima. Cierta vez le había dicho a una amante que con ella comprendía lo que era una mujer, esto es, todo lo que no era ella, y la amante, halagada, le había dicho que sí, que él también podía llegar a ser el hombre de su vida.

—¿Todavía tiene esa idea de visitarlos?

—Sí —afirmó él, sonriendo—, más fija que antes.

—¿Qué hay de interesante?

—Ellos, Akbar y su lengua, y Maryam, con su saber y sus traducciones... Bueno, no me haga repetir las cosas, creo que usted entiende —frotó las manos impacientes contra la mesa—. La situación de por sí ya es interesante.

—¿La situación? Bueno, sí. ¿Pero no se preguntó si eso que dice Akbar tiene algún significado?

Germán asintió, grave, vacilante, y ella continuó definiendo su sospecha: en realidad Akbar no decía nada; era su hija la que cargaba de significado aquellos sonidos tan ridículos para divertirse con la credulidad de ellos. En silencio, Germán dedujo que si Maryam misma creía en el engaño como medio y las visitas eran una excusa para ponerlo en práctica, el fin último era amar a su padre, exhibir su desesperada posesión, porque el amor estaba incompleto sin un testigo.

—Puede ser que tenga razón —admitió él para callarla.

Y continuó especulando, porque a fin de cuentas debía corroborar todas las posibilidades para llegar a una certeza que excluyera a las demás. Maryam cargaba de significado esos vocablos del mismo modo que ella, Flower, cargaba de significado las palabras turcas de Maryam, lo cual no excluía la posibilidad de que tanto Akbar como su hija estuviesen diciendo algo. Desde luego que lo que Maryam traducía era incomprobable y arbitrario; incluso podía aprovechar la ocasión para expresar ideas propias bajo la excusa de lo ajeno. Quizás su padre, abrumado por la senilidad o algún tipo de debilidad mental, sólo hiciera gárgaras con los sonidos, y ella, por amor a lo paterno les diera un significado para no dejarlo morir sin lengua, para darle vida delante de otros. Un engaño penoso... ¿Pero si todo fuera verdadero y ella tradujera literalmente? También estaba la posibilidad de que Flower, la segunda traductora, deformara el mensaje y aprovechara la ocasión para ejercitar una perversidad poco pro-

bable. Al fin y al cabo la traducción era un acto perverso: Maryam y Flower eran perversas si traducían, si ninguna de las dos lo hacía y ambas inventaban el mensaje, o si una lo hacía y la otra inventaba, porque en todos los casos simulaban el acto y en esa parodia refinada revelaban su afición por lo paradójico. La traducción en sí no existía; existía la tentativa, la simulación, el efecto, el gozoso daño.

Germán no tardó en expresar el resultado provocador de sus conjeturas:

—Así como Maryam puede engañarnos, usted puede estar engañándome a mí.

Flower admitió la posibilidad con una sonrisa escrupulosa, de niña consolada. Empezó a hurgar su cartera y Germán se apresuró a decir que no se preocupara, que él pagaba.

—No, sí, bueno pague usted... Quiero cambiar de tema y estoy buscando una foto de cuando era niña que querría mostrarle.

Y apenas dijo esto, la halló y se la pasó. Germán, asombrado, distinguió una niña desgarbada, piernas escuálidas, rostro enjuto, pelo seco, ojos duros y descoloridos bizqueando en un punto remoto; a un lado, su madre, melancólica y con la belleza insegura y abismal de ciertas mujeres que carecen de rituales y de vanidad.

—¿Qué le parece? ¿No es verdad que fui una niña irresistible?

Exhibía con despreocupación el hábito infantil de

mostrar fotos del pasado e instigar al otro a que la reconociera en ella.

—Así que ésta niña es usted... No parece —y se regodeó observando esos ojos leves y sesgados.

Flower volvió a sonreír, esta vez con una sonrisa fragmentada, de mujer orgullosa y desconcertada. Comentó que entonces tenía quince años y estaba con su madre a orillas del Bósforo. Recordaba aquel día muy bien, porque había comido pescado asado y había caminado con su madre de la mano —ella nunca le tomaba la mano— y había visto cómo un auto atropellaba a una persona.

—Amena su historia —interrumpió Germán—. ¿Por qué no vamos?

Se levantó para pagar. Flower hizo lo mismo y salieron. Pasaron frente a su casa y siguieron descendiendo hasta una calle populosa, donde abordaron un taxi porque Germán se negó a viajar en autobús con tanto calor.

—¿Dónde guardó la foto? —preguntó Flower tras un largo silencio.

—¿La tengo yo?

Flower alzó las cejas magras como diciendo "obviamente, ¿quién más si no?, ¿quién más puede querer una foto mía?". Germán extrajo de su bolsillo los papeles arrugados de su ya nutrida colección de caligrafías, y luego sacó la foto, doblada en cuatro, y se disculpó, incómodo, explicando que ni le atraía ni la quería, que la había guardado por error. Flower ignoró esas explicaciones necias que los hombres dan a actos casuales en los

que queda patente su deseo, y le dijo que podía guardarla.

—No la quiero, está bien. Para usted tiene más valor —y Germán le tomó una mano, la apretó y dejó en su palma indecisa la foto.

El coche tomó el camino de siempre, bordeó el Bósforo hasta la Iglesia San Esteban de los Búlgaros, cerca de la cual bajaron. Ir a lo de Akbar tenía el sabor demorado de la rutina: entrar, percibir el olor penetrante a excrementos, atravesar el patio, subir la escalera fresca y en penumbra.

Llegaron. Esta vez el patio estaba poblado de gente, y una luz tenue, arcillosa, demudada en los rostros, descendía desde la tarde. Había anchas mujeres inquietas, hombres perplejos que gesticulaban como si dieran mordiscos en el aire, jóvenes que consolaban con voces afanosas y cortadas. En el centro del patio había un féretro angosto y dos hombres robustos, rostros atezados y mostachos tupidos, sosteniendo y casi manipulando con desvergüenza un cuerpo diminuto y entumecido, al parecer el del difunto. A pesar de su talla, los despojos no entraban en el féretro. Uno de los presentes denunciaba a viva voz que el cajón no era para un anciano digno sino para un niño. Los funebreros, ofuscados por las quejas que proliferaban y el calor ruboroso excediendo el patio, explicaron que un cajón de ese tamaño podía servir tanto para un viejo que había sido honroso en vida, como para un niño poseído por la malicia. Al fin y al cabo la muerte nos iguala a todos, agregaron mientras intentaban reducir

al anciano doblándole las piernas y juntándole los brazos sobre el pecho.

Germán y Flower se abrieron paso entre el gentío y en cierto momento advirtieron que el difunto era el anciano que el día anterior había salido al pasillo a mirarlos. Lo estaban por velar, y los vecinos que se habían reunido para rendirle honor esperaban ansiosos que lograran calzar el cuerpo en el ataúd. Los funebreros, de pronto, cubiertos de sudor y enardecidos por la impaciencia de la turba, se retiraron con el cajón y los despojos hacia un cuarto apartado. Nadie se movió. Hicieron silencio y volvieron las cabezas y las miradas odiosas y expectantes hacia donde se lo habían llevado. Sobresalían rostros desarraigados y confundidos entre el dolor y la espera; otros, más opacos, contenían sólo una curiosidad insensata por el desenlace. Flower, que enseguida se identificó con el conjunto de curiosos que estaban allí para apurar la tarde, empezó a hablar con una señora indignada que le describió la situación. Una lástima, sí, una vergüenza, le comentó mientras la señora derramaba unas lágrimas chiquitas como sus ojos y se disponía a revelarle que el difunto había sido un gran hombre, más notable por su capacidad para apiadarse y ser bondadoso que por sus riquezas; todos en la zona lo querían y le guardaban comida que le entregaban cuando lo veían pasar arrastrando su cuerpo menudo y quebradizo, desmejorado desde la muerte de su madre, hecho que le había ocasionado la pérdida del habla y lo había empujado hacia un autismo

brutal. Y ahora el pobre había fallecido solitario y sin pretensiones; había callado los recuerdos para dejar de sufrir.

Los funebreros regresaron con el cajón. Los restos estaban adentro, cobijados bajo una sábana y dos mantas que hacían de mortaja y que sólo dejaban al descubierto su rostro acicalado. Ocurrió un milagro, le comentó la señora a Flower, Alá siempre aparece cuando se lo precisa. La multitud desconcertada se apiñó en torno al cajón y se escucharon algunos lamentos y plegarias roncas como graznidos. Pasó de boca en boca que la muerte lo había purificado, que estaba más hermoso que en vida, y que aún conservaba en los labios un gesto inagotable de bondad y brusca placidez: en la boca parecía haber quedado tatuada una sonrisa gozosa ante lo insatisfacible de ese exceso que era morir. Flower quiso acercarse al cajón, pero Germán le tomó la mano, tiró de ella y le dijo al oído:

—Vamos... Estas escenas son tristes, son lo más inhumano de la muerte.

Mientras subían las escaleras escuchaban el estupor y los sollozos multiplicándose, enrarecidos, indefinibles; se oían algunos gritos que el horror hacia la muerte propia —y no hacia la del viejo— hacía más dolorosos y tenaces. Llegaron al corredor y se detuvieron. La puerta del difunto estaba abierta y dejaba salir un vaho ahumado a fiebre y abandono. Germán la miró y sintió que esa puerta, así, inconclusa, indicaba su ausencia, porque aunque

alguien la cerrara el anciano ya no quedaría adentro: estaba infinita y solitariamente fuera de la salida.

Golpearon la entrada contigua. Maryam entornó la puerta, se asomó y los invitó a pasar sin hacerlos esperar. Akbar estaba en el comedor, sentado, y todo indicaba que esta vez eran ellos quienes estaban expectantes por su llegada. Tomaron asiento en torno a la mesa; Maryam les sirvió chai y les reveló que ya lo tenía preparado porque Akbar había augurado que vendrían. Actitud exultante la de tener té preparado para las visitas, pensó Germán y sintió cierto alivio, como si ese acto servicial menguara la imagen de ella traduciendo y apropiándose del sentido de las palabras. El viejo dormitaba en su silla, los ojos semiabiertos y amarillos, las manos enlazadas sobre la mesa, los labios retraídos como una vieja cicatriz. Mientras bebían el té, Germán, siempre sentado frente a la ventana vecina, esta vez vacía y tapada por una cortina, observaba los ojos firmes y verdosos de Maryam. Nunca la había mirado con deseo y no recordaba si sus ojos antes eran verdes o azules, o si ese pelo, ahora lacio sobre su rostro redondo, era así o había cambiado merced a algún artificio femenino. Sus dientes parejos asomaban entre los labios carnosos y curvos que, como en sueños, no llegaban a juntarse. Empezaba a descubrirla a partir del deseo; siempre era así: uno descubre a una mujer cuando comienza a desearla. Y había empezado a desearla, en efecto, pero a partir de ese saber oculto que poseía... Porque en ella estaba el saber, no en su padre.

—Está por hablar —dijo Maryam con un ademán ingenuo llevándose una mano hacia la frente.

Akbar deslizaba una y otra vez la lengua fina y rosada sobre los labios vencidos; parecía hacer un intento descomunal por liberar algún sonido. O tal vez jugara con la lengua para darse ánimo. Sus ojos se habían avivado y hasta tenían el aire minucioso e indignado de un acusado... Maryam se impacientaba y a medida que el silencio perduraba se desanimaba. Más de una vez Akbar insinuó en el ir y venir de su lengua el advenimiento de una frase que no alcanzaba a pronunciar, como si tras moldear las palabras reparara en su imperfección, se arrepintiera de ellas y las puliera indefinidamente. Y no habló sino media hora después, cuando el movimiento de su lengua cesó y todos reposaban, distraídos, en un silencio superfluo. Maryam suspiró, orgullosa, y la voz ronca y laboriosa de Akbar empezó a fluir, y luego la suya, de inmediato, tersa y continua, y poco después la de Flower, pausada y baja como un arrullo. Germán sacó una lapicera y empezó a anotar lo que Flower traducía de la traductora del "traductor divinus":

—En el todo nunca hubo partes. El reinado del humano ha dividido el todo, que no era todo, porque era uno. Lo uno devino en todo, y el humano hizo del todo partes, para explicar lo Uno y explicar el origen desde la división. El humano puede explicar su origen porque puede explicar la diversidad. Pero no puede explicar el origen de lo primordial, la unidad, porque el ser existe desde

que la unidad deviene en todo y en partes por acción del pensamiento. Existe lo Uno en la nada, que es anterior al verbo divino, y por lo tanto al ser y al no ser y a todo lo nombrado.

Akbar juntó los labios, ahora feminizados por el habla e idénticos a los de su hija, aunque manchados por la sombra de su boca espesa y desdentada. Hubo un largo silencio en el que sólo se percibió el trazo de una lapicera deslizándose sobre el papel. Todo había sido muy rápido. Germán, antes de perder el sentido de las ideas, amplió lo que había anotado de la versión de Flower:

"En lo uno no hay partes. El humano se ha dividido como el todo, que no era todo, sino uno. Lo uno devino en todo, y el hombre deshizo el todo en partes para justificar lo uno y explicar la división desde el origen. Si el hombre puede explicar la diversidad, puede explicar el todo, pero no puede explicar el origen primordial, lo uno, porque el ser es desde que lo uno deviene en todo y la razón reconoce las partes. Antes de la razón, no hay ser porque no hay división. Existe la Nada y lo uno, Dios, como unidad anterior al verbo y todo lo nombrable."

Guardó la lapicera y el silencio se hizo más llano, consolador. Akbar, como parecía costumbre después de sus monólogos, se había quedado dormido con la barbilla apoyada contra el pecho, los brazos finos colgando a los lados; de sus párpados entornados y gordos goteaba una claridad exhausta. Germán releyó lo escrito; su versión era tan inexacta como podían serlo la de Flower y la de

Maryam. Sabía que del paso de una lengua a otra había una pérdida, y la imposibilidad de certeza le resultaba un accidente tormentoso pero necesario. La matemática lo había habituado a certezas gozosas, y semejante margen de error depuraba en él la sensación angustiosa de que Akbar podía estar diciendo tanto lo que Flower había traducido como cualquier otra cosa. No existía posibilidad de demostración... Sin el consuelo de la demostración se sentía desamparado, porque no sólo no podía comprobar la validez de lo que Akbar decía, sino que tampoco podía afirmar que estaba diciendo algo. No había prueba sino creencia: un acto de fe que superaba su avezada incredulidad. ¿Pero en cierto modo la matemática no era un caso análogo? Quizá, pero ahora debía someterse a la creencia sin demostrarla o deducirla... como un religioso, no como un matemático que es fiel a su creencia porque su objeto existe más allá de la verdad. Al fin y al cabo todo acto librado al azar, desprovisto de reglas lógicas, terminaba siendo un acto de fe, desde fornicar hasta soñar. Actos de ninguna manera angustiantes. Pero el acto de fe que requería creer en una traducción —o en dos— y en la existencia de lo traducido, ¿no equivalía a negar todos los principios que desde su ingreso a la universidad había adoptado para abolir la duda?

Igual que en otras ocasiones, después de que Akbar habló la escena perdió relieves. Maryam se puso de pie, se excusó por su padre y pidió permiso para llevarlo a su cuarto. Cuidadosa, lo tomó por debajo de las axilas y lo

arrastró de espaldas. Los zapatos de él despidieron un chirrido áspero al ir rozando el piso. Germán nunca había advertido ese extraño modo de cargarlo y se levantó para ayudarla, pero Akbar, al sentir sobre sí manos desprolijas, abrió los ojos, se incorporó asustado y permaneció mirándolo con rabia.

—Disculpe, no le dije nada, pero a mi padre no le gusta que lo toquen las personas desconocidas.

Flower de inmediato acudió para traducir. Germán alzó los hombros y volvió pasmado a su asiento. El anciano, que había perdido el sueño después del incidente, empezó a caminar por la sala furioso y vacilante apoyándose en su bastón. Al regresar a la mesa, Maryam notó la turbación de Germán y volvió a pedirle disculpas, pues el comportamiento de su padre era un tanto extravagante: desde la muerte de su esposa no admitía que lo tocara nadie más que ella, su entrañable hija. Germán creyó recordar un día en que él le extendió la mano, aunque quizás lo hubiera imaginado... Al menos —esto lo sabía bien— había deseado en algún momento apretar su mano entre las suyas.

—¿Y él tampoco toca a nadie? Porque es distinto ser tocado y tocar...

Traducción mediante, Maryam le contestó que así como no aceptaba ser tocado por desconocidos, no aspiraba a tocarlos; ella era el único contacto que aceptaba. Parece enorgullecida, feliz, reflexionó Germán ante la sonrisa que ella exhibía al describir las manías avaras de

su padre. Con una exaltación inocente, desviando los ojos tímidos y arrastrando una sonrisa apaciguada, sin aliento, contaba que Akbar usaba el bastón en la casa no porque lo precisara, sino porque temía caerse, y prescindía de utensilios para comer pues le resultaban sospechosos e inexplicables. ¿Para qué utilizarlos si aún poseía manos? Germán pensó que ello, más que una manía que lo reconciliaba con el mundo, encerraba el estado más puro de la nostalgia: el anhelo de la prehistoria, del cuasi hombre crudo e incestuoso. Y por primera vez tuvo ganas de permanecer en la casa; estaba cómodo en esa silla descolada, escuchando las revelaciones de Maryam y los pasos del anciano acompasados por ronroneos. En pocos minutos todo volvió a ser habitual, tétrico, callado. Ella no reveló nada más y el andar de Akbar tomó un ritmo monótono. Maryam ya no los miraba; Flower estaba sumida en una somnolencia de embarazada. La partida se precipitó cuando los pasos cesaron y se oyó la caída estrepitosa del bastón: Akbar se había quedado dormido de pie contra una pared.

—Ahora sí lo llevo, discúlpenme.

Y Maryam fue hacia él, arrebatada, y lo arrastró hasta el cuarto mientras le recriminaba algo a gritos. Luego regresó. Germán y Flower estaban de pie, y ella, sin preguntar nada, les dijo que era una lástima que los invitados siempre terminaran yéndose, aunque suponía que ellos volverían pronto, porque sabían disfrutar de las palabras. Les abrió la puerta y Germán le informó, a través de

Flower, que abajo había un funeral y que si quería podía bajar con ellos.

—Sí, sí, lo sé, siempre hay funerales. Esta vez le tocó al vecino de al lado. Se dice que murió de glotón. Pasaba todo el día comiendo y con mujeres, bueno, al final se indigestó de lujuria y... ya ve, pobre viejo insaciable, hacía tanto ruido.

Les extendió la mano y cerró la puerta, sin duda incomodada por la alusión a su "insaciado" vecino. En el corredor la puerta del difunto seguía abierta. Germán no pudo resistir la tentación de espiar el interior de su casa antes de partir, y fue hacia ella.

—¿Qué hace?

—Espere un momento...

Y Germán se asomó al apartamento del vecino y vio un salón poblado de vestimentas y restos de comida desparramados por el suelo. Percibió un olor reacio, no a podredumbre sino a madera y paredes humedecidas. Se adentró un poco más en el salón y notó que por el suelo se desplazaban todo tipo de insectos. No había muebles; sólo tapices insulsos sobre las paredes llenas de sombra, un colchón angosto con restos de pescado encima, y en un rincón una silla sobre la que reposaban una cacerola, una sartén, varios platos y utensilios. Escuchó un aullido e intuyó que en la penumbra había varios gatos; luego distinguió las siluetas y los ojos moviéndose lentos y cortantes de un lado a otro.

—¿Qué pasa? —preguntó Flower desde la puerta.

—Nada, ya voy.

—Esto es repugnante —dijo ella al reparar en los portentos de la escena, y salió.

Germán caminó un poco más; tropezó con cosas; pisó ropa, trozos de pan y verdura cruda. Llegó a la ventana, descorrió las cortinas, descubrió enfrente el cuarto de Akbar y observó a Maryam, de espaldas, con el rostro entre las manos, las nalgas redondeadas y blancas, hombros afinados, frente a su padre, también desnudo, el cuerpo desgarbado, sentado sobre el lecho y apoyado sobre el bastón. Ella se movió, se acomodó el pelo sobre la espalda y tomó algo que había sobre la mesita de luz. Germán pudo vislumbrar su perfil, el vello abultado y marrón entre las piernas, los senos pequeños, abruptos, los labios melancólicos e imprecisos. Se alejó de la ventana, perplejo, y se apuró a salir. Flower, ante el estupor acentuado en su rostro, le preguntó qué le pasaba. Nada, le dijo él, nada importante, y la tomó de la mano y la guió escaleras abajo. En el patio aún persistía el simulacro desmedido que llamaban funeral. Había menos gente, pero con la noche la atmósfera era más lúgubre, se oían lamentos y gemidos más huecos, y el patio cegado, suelto en la sombra, tenía el tedio y la tristeza brutal de los cementerios desiertos. Miraron el rostro relajado del difunto y atravesaron el patio despacio para pasar inadvertidos. Germán apenas reparó en la ceremonia; caminaba con los ojos fijos en el suelo, meditando inquietudes. ¿Qué era esa escena de padre e hija desnudos? ¿La había

presenciado o la había imaginado? ¿Había corrido las cortinas y había espiado, o sólo lo había deseado? ¿Alucinaba? ¿Era posible que un matemático alucinara? ¿Alucinar? ¿Por qué iba a estar alucinando? ¿Acaso estaba loco? ¿Podía alucinar alguien que estaba más allá de la verdad? ¿Por qué no podía ser real lo que acababa de ver...? Al fin y al cabo la desnudez podía ser el principio de un rito purificador. Tuvo la impresión de que antes de espiar ya sabía lo que iba a ver. ¿O lo sabía ahora que se imaginaba imaginando?

Por fin salieron del edificio. Flower, con su porfiada preocupación de madre, volvió a preguntarle qué le pasaba y él estuvo a punto de contarle, pero en la calle, contra un muro, distinguió la silueta abultada y rápida de unos perros hurgando bolsas de basura. Dos de ellos de pronto se separaron del grupo y se alejaron entre la niebla caliente de sus hocicos, cada uno, según creyó ver, con un pie humano entre los dientes. Bajo la luz de un farol se detuvieron a devorarlos, y los demás perros, escuálidos, deformes y huraños, fueron hacia allí cautivados por el manjar, balanceándose y apurando el paso de hombre lastimado.

—¿Ha visto eso? —preguntó Germán.

—¿Qué? ¿Los perros?

—Sí, ¿qué si no? ¿Ha visto lo que se llevaban?

—No, sí, bueno, vi que se iban hacia la luz para comer. Pero tiene razón, es impresionante la miseria en la que viven esos animalitos.

La miseria osada de esos animales, reflexionó Germán, es lo que más los asemeja a la condición humana. Y mientras regresaban en un taxi siguió pensando: ¿por qué había tenido la impresión de que eran pies? ¿Por qué no huesos u otro tipo de restos, como una cabeza de pescado? Flower, incómoda, insatisfecha por todo lo que creía ignorar a través de la perplejidad de Germán, le preguntaba por qué tanta preocupación y seriedad, y él, sin mirarla, atónito, sólo le contestaba que siempre había sido así: grave, preocupado e inconsolable.

XIV

Flower había cocinado para ambos, y ambos, en silencio, habían cenado y se habían mirado con el deseo frágil que en dos personas desata saber que entre ellos no media nada ni nadie sino un silencio inhabitable y consolador. Enseguida había anochecido y Germán se había apartado en su cuarto, donde ahora, boca arriba en la cama, especulaba y volvía a recordar a Maryam: la espalda y los senos tenues, los hombros altos, la entrepierna exuberante. La deseaba. Siempre la había deseado, ahora con más razón: poseía un cuerpo joven y una lengua divina... Se preguntó quién engañaba a quién en ese dudoso juego de lenguajes: Maryam a Flower o Flower a él. ¿Podía no haber engañado? En ese momento Flower irrumpió en el cuarto con un gesto de impotencia esparcido en el rostro atormentado y le avisó que no estaba dispuesta a volver a lo de Akbar.

—No me incluya en su decisión —contestó él; hizo una pausa, agarró un vaso de agua que no bebió, y agregó:— Yo puedo volver solo.

—¿Para qué? No va a entender nada.

¿Importaba entender algo? ¿Importaba lo que Akbar decía? ¿El advenimiento del significado no estaba en Maryam? Y aunque tampoco pudiera entender las palabras de Maryam, le satisfacía presenciar el instante de la traducción; intuir en su rostro el placer tenso de traducir y en ese acto absorber a su padre y desligarse, de algún modo, del horroroso parentesco. Casi un acto íntimo... No, no casi, sino un acto íntimo. Sin embargo la desnudez que compartían podía ser tanto una escena incestuosa como un acto purificador; padre e hija se descubrían, se mortificaban y se redimían exhibiendo la desnudez propia, porque la culpa que les producía ser cómplices en una lengua debía ser intolerable.

—Mañana voy a ir.

Flower le contestó que hiciera lo que quisiese, que había muchas cosas para visitar en Estambul, que no tenía sentido discutir, y salió del cuarto, irritada, sin cerrar la puerta. Germán por un momento la despreció: su pureza era demasiado elemental; la de Maryam en cambio era una pureza alucinada que lindaba con la tentación más primordial, la atracción oculta y expiatoria de un sueño; además el saber que poseía la hacía noble, casi implacable. Flower no poseía nada, ni siquiera una inclinación hacia la impureza, y por eso su apariencia transmitía la impre-

sión disgustante de que podía desarmarse en los brazos ilusorios de cualquier hombre.

Se incorporó y buscó el cuaderno. Bajo la luz del velador releyó frases oraculares, frases que se afirmaban y se deducían arbitrariamente unas de otras. Y una teoría de fondo: que existe el ser desde que deja de existir lo uno y el todo se divide en partes que son objeto de la razón. Lo demás, puras palabras inútiles para justificar la conclusión de un sistema cerrado e infalsable. La filosofía, como la literatura, siempre le había resultado el arte vicioso de hacer útil lo inútil. Quizás fuera un poco injusto. Simplemente un arte con demasiadas pretensiones dialécticas. La matemática, en cambio, tenía aspiraciones y no pretensiones: aspiraba a la perfección porque no aspiraba al ser.

Pasó horas de insomnio girando en torno al mismo interrogante: ¿cómo podía verificar que la lengua de Akbar existía? ¿Sólo demostrando lo indemostrable, esto es, que Dios sí existía? Tuvo la impresión de que en todo el viaje no había hecho más que pensar en esa cuestión. Ya era medianoche y sentía el corazón palpitando, ajeno, como un animal hambriento cautivo en su interior. Decidió abandonar el aire recalentado del cuarto; tuvo la impresión desesperante de que jamás podría dejar de escuchar ese ruido exhaustivo que fluía desde el fondo de su pecho. Y de pronto pensó que tal vez todo fuera un invención de Flower y Maryam no traducía sino que hablaba de la vida cotidiana, y en ese caso los oráculos también debían ser

invención de Flower; ¡pero no!, ¿por qué iba hacer algo así? si además no poseía ingenio y la escena que había visto desde lo del vecino no podía ser una invención de ella.

Se deslizó en la penumbra del pasillo, respirando agitado y tanteando las paredes. Al fondo distinguió el comedor, los muebles ligados a lo oscuro, el silencio absorbente como un pozo de aire. No quería ver en detalle el abandono de las cosas; lo inerte era aún más conmovedor por la noche. Entró al cuarto de Flower y enseguida le llegó un olor copioso a sándalo y a feminidad estancada. Las ventanas estaban descubiertas; del otro lado contrastaba la noche de Estambul, sinuosa como la superficie de un párpado apretado. Flower dormía en su cama; él, de pie en el umbral, la miraba embrutecido y se tocaba con un pudor desfigurado, próximo a la apatía. La luz cobriza del velador hacía más impuro su rostro: remarcaba las sombras, las arrugas extendidas a lo largo de la frente y más tirantes en torno a los ojos. En fin, un semblante precioso, debilitado, casi deseable. Se acercó despacio; en el camino se quitó los zapatos y la camisa, pero Flower no abrió los ojos y desnudarse de ese modo era como hacerlo frente a un espejo siniestro. ¿Tenía sentido someterse a la tentación de sí mismo? Sí, pero no frente a otro. Se abotonó la camisa; recogió los zapatos, y cuando salía escuchó que a sus espaldas Flower le preguntaba, con voz sigilosa, qué estaba haciendo. Le contestó que nada, que sólo quería disculparse y preguntarle si real-

mente creía que Maryam inventaba lo que Akbar decía. Ella le dijo que sospechaba que sí, y se quedó mirándolo, extrañada porque recién en ese momento advertía que desde hacía años un hombre no entraba a su cuarto y presenciaba su intimidad, esa intimidad sin pliegues, sin perfiles y sin espejos, pospuesta en una sedienta vanidad. No pronunció nada más; él tampoco, porque lo enmudecía el deseo desmesurado de masturbarse. Hacía tiempo que no incurría en prácticas tan indefinidas y sin embargo de consecuencias tan innegables. Pensó que una mujer no siempre se correspondía con el deseo de un hombre; él deseaba y hasta necesitaba infundirse placer sin que hubiera otro. Imaginarlo... Gozar de sí, como Ileana. Gozar sin otro; imaginarlo. Entró a su cuarto, se tendió en la cama, cerró los ojos, empastó la mano derecha con saliva y recordó a Ileana y luego imaginó a Flower, y su cuerpo y su rostro terminaron fundiéndose al de Maryam.

Luego durmió, sosegado, un letargo doloroso entre las piernas.

XV

Noche larga, de sueño parejo.

La niebla inundaba las calles de Estambul y sólo en los cuartos de hotel, donde todo era nítido y de colores tardíos y pronunciados, se podían ver las cosas. Él se encerraba en su cuarto y recorría con la mirada las paredes pobladas de puertas; y las paredes no eran paredes, pensaba, sino un sucesión de entradas separadas por marcos toscos de cemento. Abría una puerta y hallaba el cuarto de Akbar. Detrás de un vidrio estaban padre e hija; él en el suelo, acuclillado; ella de pie, erguida, tirando con ambas manos de una caña de pescar cuyo anzuelo estaba enganchado en la lengua tirante, enorme y roja, de su padre. Germán tenía la impresión de que en cualquier momento se la iba a arrancar, pero de pronto pensaba que quizás la lengua fuera la carnada y Akbar se aferrara a ella por una mezcla de lujuria y sumisión. Salía por la misma puerta y

abría otra y la escena era la misma: Maryam con más ahínco tiraba de la caña y la lengua de Akbar parecía cada vez descomunal, como si su tamaño fuera proporcional al esfuerzo que su hija empleara en extirparla. Al abrir la décima puerta y ver la misma escena, Germán se acercaba. El piso era resbaloso; el techo empañado, de vidrio, como todo lo que había en aquel cuarto. Pegaba la nariz contra el vidrio que lo separaba de la escena y todo se aclaraba: Akbar era un hombre pez, sereno o sireno, y su hija, desnuda y sensual, no tenía sexo ni boca, y en su lugar sobresalían unas manchas marrones. Germán se volvía para huir y veía en otros cuartos la misma escena. Abría una puerta y luego otra, sin detenerse; corría de repetición en repetición y no hallaba su propia habitación hasta que por casualidad cerraba una de las puertas y todo se empapaba de una intimidad tediosa, desordenada y senil: la suya.

La luz inconclusa del amanecer lo despertó. No supo dónde estaba. Estambul, sí... ¿Pero dónde? ¿Dónde estaban las paredes verde agua y el techo descascarado y el baño lúgubre con el espejo roto? Se incorporó, el vientre seco y pegajoso y el olor de su sexo en las manos. Recordó el funeral y la desnudez de Maryam; la habitación de Flower, como ella, artificialmente femenina. Sí, Flower, mujer bella en sus limitaciones, en su puerilidad tan exclusiva: imponerse un prototipo de feminidad y obligar al otro a creer en él. Se dejó caer sobre la cama. Atinó a cerrar los ojos pero algo lo detuvo: la almohada

estaba húmeda e impregnada por un olor a moho y sangre. La inspeccionó y fue hacia el espejo más cercano. Sintió un dolor punzante en la boca; la abrió y vio su lengua sangrante, los dientes macizos enrojecidos y la saliva tumultuosa. Corrió al baño, se hizo buches con agua y se enjuagó el rostro ojeroso. Luego discernió en su lengua un corte que se palpó: era hondo y sangraba incesante. ¿A qué atribuirlo? Los médicos, pensó, siempre saben de esas cosas; siempre, azarosos, con su pudor pedagógico nos amparan ante lo inexplicable; siempre hallan en su perversidad galvanizada alguna justificación. Pero explicar lo inexplicable tiene su precio: nos convierten en objeto de su perversidad y pasamos a ocupar espacio en sus relucientes anaqueles, junto a cráneos, corazones disecados, toses de tuberculoso, hongos, hígados despedazados por el alcohol...

Supo que no podía controlar su lengua cuando despertó a Flower y quiso confiarle la nueva desgracia. Se empeñó en hablar, pero el dolor lo detenía o diluía la pronunciación en onomatopeyas penosas.

—¿Qué le pasa? ¿Qué dice? —reaccionó ella, asustada, como si esa incapacidad de hacerse entender lo hiciera bestial. Pensó en un gorila y por un momento temió ser violada, pero Germán hizo silencio y su rostro se suavizó. Flower entonces recobró su apaciguado aire maternal, le preguntó si le había pasado algo y él asintió con la cabeza. Ella se puso de pie, el cuerpo envuelto en un pulcro pijama azul, los senos a medias descubiertos,

los pezones insinuados y gruesos, el pelo desprolijo como los labios y los ojos superfluos. Le inspeccionó la boca y él se asustó del horror lento que invadía su rostro.

—Es un corte... ¿Cómo se lo hizo? ¿Se mordió? Ahora lo acompaño al hospital —buscó con la mirada inquieta el reloj sobre la mesita de luz—. Es un poco tarde... Lo acompaño y me voy a trabajar.

Germán permaneció inmóvil, intentando en vano tantear la herida con la lengua.

—Me tengo que cambiar... —él intentó decir algo, pero ella lo interrumpió—. No, no hable, no puede, es feo no poder y querer. No lo intente.

Salió del cuarto y en la penumbra sintió alivio, una especie de conformismo que lo hacía invulnerable ante el dolor y otros absurdos. Poco después ella también salió y él se preguntó cómo podía haberse cambiado tan rápido. Enseguida supuso que no debía usar ropa interior. ¿Sería que las mujeres sin ropa interior se vestían y desvestían más rápido porque la castidad las había acostumbrado a ello...? ¿O viceversa? Flower le apretó el brazo y de pronto él se vio arrastrado fuera del departamento, presenciando y promoviendo la amorosa desesperación de esa mujer que otra vez reflejaba en la dulzura un rasgo deformado de su propia madre. Abordaron un taxi y Flower le dijo al conductor que los llevara hasta el hospital alemán.

—Allí lo dejo... Tengo que trabajar. Es un hospital privado, hablan inglés. Y no es muy caro.

La hemorragia había cesado. No hablaban; Flower miraba impaciente por la ventanilla y casi le daba la espalda. El taxi paró a pocos metros de un edificio de vidrios oscuros y ellos bajaron. Flower volvió a tomarle la mano, ya no para apurarlo sino para ofrecerle un gesto consolador y predilecto. Atravesaron un lujoso hall en el que todo parecía excesivamente aseado e inconcluso, hasta un escritorio donde una secretaria los atendió. Flower le explicó de modo precipitado el asunto, y la mujer le contestó que no se preocupara, que lo podía dejar en manos de ellos, y le recomendó que lo hiciera sentar hasta que lo atendieran, pues la mañana era un horario concurrido y había algo de gente esperando.

—Siéntese junto a ese hombre de anteojos negros. Lo van a llamar por el nombre. No se preocupe por nada.

Y le dijo que se iba a trabajar, pero que a la tarde lo vería, como el día anterior, y entonces él le contaría qué explicación le habían dado los médicos. Después de saludarla con la mano, Germán se sentó junto al hombre corpulento de anteojos negros. Extendió las piernas y se descubrió la boca: el dolor se había atenuado. Miró a un lado suyo y quiso decir algo, pero el impulso no llegó a la lengua... El hombre de los anteojos se anticipó:

—Parece que le duele algo, ¿no? No veo bien.

Germán intentó responderle...

—No puede hablar... Ya veo. Dolor de muelas, sin duda.

Germán asintió con la cabeza, porque al fin y al cabo un dolor de muela y uno de lengua eran parecidos. Miró

fijamente a su interlocutor, pero éste no le devolvió la mirada y de pronto le dijo que sabía que él lo estaba mirando, intuía el peso de sus ojos, debía ser un gran hombre porque sólo a los grandes hombres les pesaba la mirada. Y tras un silencio frío, atinado como la sala de espera y la claridad brillante de las paredes, continuó:

—Sólo lo siento. Y porque lo siento, lo sé... No lo engaño. Yo no puedo ver; aún menos mirar. ¿Cree que un hombre sin mirada puede engañar a alguien? No responda, no es una pregunta; absténgase: tampoco es una afirmación. ¿Quiere saber?

Germán emitió una suerte de quejido que podía equivaler a una afirmación.

—¿Qué es eso? Sabe, usted no me habló todavía, pero yo sé que es extranjero. Ustedes, los de afuera, tienen otro olor. Un olor más ácido y humano, inconfundible. Por eso le hablo en inglés. Quiero que me entienda bien mientras esperamos. Le hablo porque es aburrido esperar, no porque me interese usted o el acto de hablar. ¿Sabe por qué hablo tan bien inglés? —sacudió la cabeza, alertado por un ruido que venía de afuera.

Germán emitió un sonido similar al anterior que fue tomado como negación. Escuchó, paciente, el monólogo de su vecino, porque fijar la atención en lo exterior le permitía superar el dolor, reducirse a un estado pasivo y negar, en definitiva, la superstición de ser un viajero acosado por la extravagancia de una lengua. El hombre empezó su historia quitándose los anteojos e instándolo a

que mirara los huecos negros que eran sus ojos. Luego le contó, con voz grave y nerviosa, que veinte años atrás había sido embajador en el Reino Unido, donde su mujer llevó una doble vida hasta que él la descubrió, gracias a la profesionalidad de un detective, en la cama con su amante. Él siempre llevaba un revólver y al amante le acertó un disparo en la cabeza; a su mujer, desgraciadamente, no se atrevió a dispararle: en el tambor del revólver siempre cargaba dos balas. Tiempo después tomó como una bendición el hecho de no haber podido matarla, pues la había tenido a su lado, esclavizada por la culpa, hasta el fin de su vida. En el fondo había terminado matándola pero con lentitud: la consumió bajo el flujo caliente de la humillación, la ultrajó con palabras denigrantes que calaban en lo más hondo de su cuerpo aún feminizado; la sometió a vejaciones públicas, frente a amigos o familiares, y por sobre todo le ofreció el calor de su sexo sin concederle el derecho de gozar. Ella no pudo soportar muchos años... Ahora, afortunadamente, se había ido a otro mundo más afable.

—Y sabe —continuó el hombre—, nunca la extrañé ni la extrañaré. Desde que maté a su amante ella dejó de ser una mujer. ¿Y sabe por qué ella decidió sufrirme? ¿Sabe usted o no sabe? Diga algo; aunque no pueda hablar, haga esos ruiditos que hace con la boca o con la garganta, no sé —Germán emitió un sonido gutural y él continuó—. Usted quiere saber... Bueno, quiere saber y yo le voy a contar. Es simple, la pistola tenía dos balas. En el tambor

siempre guardaba dos balas. Le disparé al hombre y de inmediato apoyé en mi sien el caño y disparé con tanta mala suerte que no pude matarme. El pulso tiembla cuando uno enfrenta la muerte, no se imagina cómo, es imposible mantener la mano firme. Mi mano no estaba quieta, temblaba y mientras temblaba yo no dudaba, pero igualmente temblaba porque sentía que la muerte, precipitada, se había apoyado sobre ella como un pájaro. Y sentí también que la muerte apretó el gatillo. La bala tan mal dirigida vino a destrozarme los dos nervios oculares. Así he perdido mis ojos: por despechado. Porque no sé si usted sabe o intuye que los despechados y los ociosos se matan por la sien. Los verdaderos suicidas, los desdichados, lo hacen por la boca, de abajo hacia arriba y no de derecha a izquierda. Ellos nunca fallan: nunca admiten para la muerte equívocos vergonzosos como el mío. Yo fallé. Si usted quiere quitarse la vida realmente, trabe el caño del revolver en el paladar y ahí... pum... pum... se acaba el aliento apestoso de la vida y no quedan rastros de culpa ni manchas de manos ajenas. Apenas queda el resabio de una pasión innegable ¿no? —y agitó la cabeza, turbado por los recuerdos—. Pero volviendo a lo anterior, le decía que en la boca no hay temblor; el caño está bien ceñido, y uno, que sostiene el revólver con las dos manos y no con una, aprieta el gatillo y la muerte es prácticamente instantánea. Yo ni siquiera estuve cerca de agonizar —hizo silencio para menear otra vez la cabeza y se lamentó:— Ni siquiera agonizar... El pulso me traicionó.

Bueno, en el fondo de algo sirvió, porque ella sufrió, y sufrió por mí, y nunca se pudo perdonar haberme arrancado los ojos.

En ese momento una enfermera llamó al hombre de los anteojos por su apellido. Él se puso se pie y extendió una mano pesada, fría y vacilante, que Germán se apresuró a estrechar.

—Un gusto. Es un control de rutina, nada más, quieren convencerme de que estoy sordo porque oigo demasiados ruidos —y señaló hacia arriba, queriendo indicar sin duda a la enfermera que ya estaba a su lado.

Germán hubiera deseado decir que para él también había sido un gusto, pero estaba tan convencido de que no podía articular palabras que prefirió no intentarlo. Intranquilo por la pulcritud del ambiente, se preguntó si los hombres sin ojos podían llorar, y lo vio alejarse, soso y vagamente atolondrado, oscilando sobre un bastón inservible de caña. Se negaba a que la enfermera lo guiara argumentando que no era ciego pues sólo le faltaban los ojos; prefería conducirse con ese bastón común, alargado y fino, que le ocasionaba aún más inconvenientes que la ceguera. Cuando las quejas se incrementaron, una mujer más joven que parecía ser pariente, lo alcanzó, lo aferró del brazo y lo reprendió con vehemencia, mientras él, sumiso, hundía la cabeza y el cuello corto entre los hombros robustos.

Enseguida otra enfermera lo llamó a él.

—¿Habla inglés? —le preguntó mientras la seguía por

un corredor reluciente, y él asintió con la cabeza y se señaló la lengua para justificar su silencio.

Pasaron a una sala, donde un médico con olor a talco, sonriente y de dientes lustrosos, lo hizo sentar, lo inspeccionó y le limpió la herida. Luego le dijo que lo suyo no era gran cosa; no comprendía cómo, pero alguien, él mismo u otro, le debía haber mordido la lengua. Cosas del amor, accidentes, observó mientras en su garganta parecía hervir una risa ronca, fibrosa, ofensiva. Le recetaría unos calmantes para el dolor y una dieta de líquidos y pocos sólidos; la lastimadura sanaría sola, no era muy profunda, aunque le prescribiría un desinfectante bucal que se aplicaría dos veces al día. Después de completar con aire meticuloso algunos papeles y recetas, y sin dejar de hacer gárgaras con la risa, lo alentó a que hablara, pues no había ningún riesgo ni contraindicación en ello. Germán quiso replicar que no hablaba no porque no quería sino porque no podía, pero el médico, que ya estaba hastiado de su presencia y se impacientaba ante cada pregunta que Germán no llegaba a formular y que él debía imaginar, ordenó que hicieran pasar a otro. Solícita, una enfermera acudió desde un rincón, lo tomó del brazo como a un recluso, lo guió hasta la salida y le indicó la caja donde debía pagar los servicios prestados. Allí le pasaron una abultada boleta en la que estaban descriptos detalladamente el precio de la consulta y los materiales más ínfimos que habían sido empleados. Hubiera protestado, pero la situación lo diezmaba; no podía compren-

der cómo ese individuo con aspecto de impostor, cínico y libidinoso al estilo de un político, había detallado todo con tanta exactitud. Se sintió estafado, como si hubieran explotado lo patético de su estado para completar una boleta y ejercitar esa sonrisa que parecía, más que una expresión amigable, un instrumento para intimidar y apocar pacientes.

En la puerta del hospital cruzó al hombre de los anteojos. Mientras la misma mujer joven intentaba tomarlo del brazo, él golpeaba furioso el bastón contra el suelo y vociferaba, en turco, que su hija quería raptarlo y que luego, para no ocuparse de él, lo encerraría como siempre en un cuarto sin ventanas. Con ayuda del chofer acostumbrado a semejantes escándalos, lo introdujeron en la parte trasera de un lujoso auto de vidrios oscuros. Los médicos que estaban por allí reían porque conocían las manías del viejo embajador, pero Germán, que no entendía la situación, se apiadaba de sus gritos desesperados y sobre todo de su destino, porque sabía que no era nada fácil sobrevivir con un bastón inútil en manos de una mujer hermosa.

XVI

Istiklal Caddesi. Bajaba lentamente por Istiklal Caddesi, la zona de las tiendas, también llamada Peräs. El cielo disuelto apenas se atisbaba entre las casas; no había viento y el calor de días anteriores fluía despacio y cortante, separado del aire. Algunos negocios comenzaban a abrir y se veía a hombres empeñosos y encorvados levantando cortinas ruidosas de metal u ordenando el interior opaco de sus tiendas. Germán sentía la boca adormecida, amarga, y la visión cada tanto se le hacía borrosa y desde la sien hacia todo el cuerpo se deslizaba una sensación de aturdimiento que superaba deteniéndose bajo espacios de sombra. Al fin se topó con una farmacia y entró. Había sólo un empleado insulso que se deslizaba de un lado a otro detrás del mostrador. Movía los ojos ocultos e inexpresivos; tenía cejas rubias, alargadas y chatas, y carecía de pestañas porque con un ademán recurrente se

llevaba la mano derecha hacia los párpados, juntaba el índice y el pulgar, y se las arrancaba con un esfuerzo seco, brusco, como si podara un arbusto. El resto de sus facciones conservaban un aire sereno, hosco y enfermizo, y estaban distribuidas en torno a un gesto de perplejidad que se concentraba en su nariz breve y en sus labios gordos y perezosos. El tamaño ínfimo de su cabeza terminaba reforzando la impresión de que pertenecía a alguna fábula apócrifa o a un sueño morboso. Germán, sin vacilar y sin hablar, casi familiarizado con ese tipo de monstruosidades, le entregó la receta. Tras pagar por sus medicamentos un precio irrisorio, decidió ir a tomarlos al bar más cercano.

A horas tan tempranas nadie jugaba en los bares; sólo unos ancianos estaban hablando en el fondo, los naipes quietos y apilados en la mesa. La luz despareja de la mañana traspasaba el aire limpio y rasante, sin el humo castaño de los cigarros. Germán se sentó y miró al hombre que atendía y desde el mostrador le sonreía, entre cortés y malicioso, mostrando la dentadura incompleta y torcida. Le hizo señas, pero el empleado permaneció inmóvil, la cara entre las manos rudas e insulsas, y recién cuando Germán se puso de pie y se acercó, él desvió la mirada y preparó un chai que le sirvió con los ojos bajos, casi cerrados.

En aquella confusión de miradas y espera había implícito un mensaje. Sin decir nada, había logrado hacerse entender señalando uno de los pequeños vasos; luego,

asintiendo con la cabeza, había agradecido. ¿Por qué, si existía una lengua de lo cotidiano, no podía existir una lengua indemostrable y universal a la que se podía acceder por intuición?

Tomó varias píldoras y bebió de un sorbo el té. Ordenó otro, y después otro, porque en esos vasos pequeños el chai parecía más áspero y envolvente, como los buenos vinos. Hubiera querido fumar, pero supuso que sería tan doloroso como hablar. ¿O lo doloroso en ese momento era ser escuchado? ¿Quién hablaba en realidad: Akbar, su hija o él mismo? ¿Había necesidad de encarnar lo divino en una lengua humanizada por una mujer? Los hombres no precisaban el advenimiento del verbo, meneó la cabeza; el Mesías ya había tenido su lugar en la historia y su verbo aún resonaba. ¿Para qué uno más? ¿Para qué un profeta ecuménico? El curso de la historia estaba echado, chocó el puño contra la mesa y sintió hacia sí mismo estima: una sensación piadosa y suficiente que de inmediato calificó de mezquindad. Nada más trágico que un objeto más en el cual creer; ninguna perdición se igualaba a la satisfacción humana de creer, creer más y más hasta creer que se cree y no se puede no creer. Más té, sí, más chai. Abolir la creencia; abolir su sustento, eximirla de virtuosidad, de alegorías e ilusorias compensaciones. ¡Él mismo estaba empezando a creer! La creencia aparecía ajena, como un impulso indominable, y él no podía apartarse de esa voz que murmuraba y desataba dudas como si ello implicara un acto de liberación que era, en

realidad, un acto de fe, una expiación cobarde. La fe termina emparejando la propia voz con la voz divina que subyuga el interior y proclama la bondad y la culpa para arrojarnos al perdón. Sí, lamentable, pufff, se tomó la cabeza, la creencia podía conducir al suicidio. La solución, matar la fe o matarse con la fe. Matar el objeto de la fe sonaba aún más atractivo: era matar la fe y sus posibilidades. El objeto de fe, se repitió, el objeto de fe, una lengua tan indemostrable como Dios o la matemática, que existía a través de quienes creían en ella. Lo divino no estaba en Dios sino en el atributo invariable que los hombres le conferían, y que él, de algún modo, reunía en Maryam. Más chai. Las mujeres, de una forma u otra, compensaban la falta de fe de algunos hombres... Porque si uno no la tiene en Dios, la tiene en las mujeres. En su cuerpo o en su palabra, no importa. ¿O acaso en la adolescencia las mujeres no lo hacían sufrir como Dios? Sí, las mujeres perdonan, redimen y dejan que bebamos su cuerpo alejado y nos atragantemos con palabras obsecuentes. Bebió el chai de un sorbo pausado, sin retirar los labios. Luego, a través del amor, la forma más doliente y decorosa de fe, pagamos la creencia. Él escuchaba a Maryam; creía en esas frases que expresaban un mensaje proverbial, y ella tomaba dimensiones tan sacras que él llegaba a suponer que estaba frente a la Virgen Maryam. El primer creyente, apretó los párpados, ¡el primero era él! ¿Quién, si no la Virgen Maryam, podía desnudarse ante el padre sin despertar el horror incitante, la sed encarni-

zada y multiforme de las bestias? Rió, sí, escupió una risotada abierta y despejada porque imaginó a la Virgen Maryam, hinchada, soberbia, menstruando embarazada. Hoy y en Estambul, ¿podía la fe llevar a la locura? ¿Podía la fe impregnarlo de ambiciones incoherentes? La locura advenía cuando Dios y la mujer se confundían bajo una sola forma y sus palabras sonaban bajo la misma voz. Abrió los ojos. Su propia religiosidad tan negada, vestigio intacto de la infancia, se revelaba en las mujeres. Gozaba de ellas como si profanar sus cuerpos fuera un acto indecible pero necesario para abastecer el motor de la culpa; como si la excitación que le generaban fuera un acceso o exceso místico: el éxtasis de un devoto frente a lo santo. Difícil gozar de las mujeres si uno cree en ellas. Él, un científico religioso, un ateo desclasado que despreciaba el paraíso y a los hombres, no había obtenido sino un goce demorado y penoso de lo que él producía en ellas. Ése era el error más grave y perdurable de su vida: creer en las mujeres como si creyera en Dios. Descubría, ahora y siempre y ahora y en un bar remoto y silencioso de Estambul, que el género femenino le despertaba fe porque no podía inspirarle amor, y que en esa brecha intransitable igual a una costura, alojaba un cúmulo embarazoso de certezas indeclinables que lo habían resguardado del sacrificio de amar a otro tanto o más que a sí mismo.

Desde que había amanecido sin la capacidad de hablar sus males se habían profundizado y al mismo tiempo se

habían encausado hacia una solución. Vislumbraba el fin de todo: anular el objeto de la fe... ¿No lo había dicho ya?

Impulsivamente se puso de pie; la silla tambaleó y fue a dar al suelo. Se inclinó a recogerla, pero alguien se anticipó. Lo miró y distinguió el esbozo de una figura conocida. ¿George? Retrocedió unos pasos y la visión se aclaró y en la figura ya no distinguió a George sino a un extraño que le recriminaba, furibundo, algo en turco. Era el hombre que lo había atendido, ahora irritado porque había partido la silla. Temblando, señalaba el respaldo descuajado como si allí yaciera un ser querido. Germán sufrió un acceso de temor: el hombre seguía agitando las manos tumultuosas y vociferando, fuera de sí, en una lengua áspera que cada vez creía comprender menos. Le llegaba el aliento turbio y enredado a saliva y a tabaco. Los ancianos del fondo se acercaron para calmar la situación y a través de señas precipitadas le indicaron a Germán que se fuera rápido.

Salió, los ojos nublados y el cuerpo tenso, distinto, casi ajeno. Renunciar a lo corporal, se dijo y se apoyó en un muro y observó los minaretes suspendidos en el aire distante y luminoso, el horizonte disgregado, retirado sobre el humo esparcido y negro de los barcos, las siluetas humanas disolviéndose en las cintas rutilantes de asfalto. ¿Cómo deshacerse del cuerpo? ¿De la hipótesis del asesinato había pasado a la del suicidio? Matar la fe o matarse con ella, se repitió, y se llevó un dedo a la boca y con una uña se escarbó la lengua. Sintió la carne entume-

cida, insobornable, y un hueco informe en el centro. Quiso decir algo, pero la lengua no reaccionó. Sin duda lo habían anestesiado y por eso no había dolor. Además hacía calor. Se palpó la frente, sintió las pausas de la sangre en la sien, contuvo la nuca entre las manos y miró hacia arriba. No volaban pájaros fuera del cielo; a decir verdad no recordaba haber visto más que palomas, esas aves infames y enfermizas que no merecían el mote de pájaros.

De pronto se vio a sí mismo abandonado en una calle de Estambul, el rostro viciado, las ojeras carnosas, la barba crecida, la ropa desaliñada y sucia. Se olió y percibió en sí un vaho intenso a sudor sucio y acumulado. Era el olor ambicioso de la fiebre, el olor sórdido de algunas mujeres irrecuperables. Reparó en que hacía días, a pesar de tener una maleta llena de ropa, no se cambiaba. Sintió pena hacia sí mismo, hacia ese individuo estático que no era él y que era, al mismo tiempo, el hombre de conciencia deshecha y desorientado en una calle anónima. ¿Tenía dinero? Sí, tenía, pero igual deseaba arrojarse al suelo, pedir limosna y rogar por el atributo exclusivo de la mendicidad. Por un momento la mendicidad le resultó un acto noble, prudente, sin pretensiones aunque con aspiraciones secretas; el mendigo al fin y al cabo era el aristócrata de la miseria. Preferible mendigar a ejercitar el soborno de la caridad. ¿La caridad y la maldad acaso no conformaban dos caras del mismo soborno religioso? ¿De ambas formas no quedaba Dios a merced de uno?

Seguía mirándose y a medida que agudizaba la imaginación iba conformando en torno a sí la imagen pulcra de un mendigo. Nunca se había permitido esa clase de libertinajes menos deshonrosos que reconfortantes. De adolescente, mientras estudiaba en Bolonia y soportaba la dura abstinencia, se imaginaba vestido de mujer. ¿O lo imaginaba ahora? No, no, lo recordaba, sin duda, y se avergonzaba porque advertía que el ropaje de mendigo le calzaba mejor. Lentamente sus piernas fueron cediendo al cansancio; quedó sentado contra el muro, la luz del sol sofocando su rostro, apretándole los ojos como una mano querida. De joven había ensayado otro tipo de libertinajes secretos engendrados en la opresión de los claustros: iba al baño a masturbarse para exorcizar al diablo y al acabar pensaba "Quiero un Dios autoritario, atento y desmesurado. Dios sea siempre alabado." Además en los baños públicos, tras defecar, solía no tirar la cadena porque obtenía un placer íntimo y nada ínfimo al suponer que otros contemplarían sus heces, y al salir se santiguaba, la mirada conmovida y quieta en el excremento.

Al imaginarse mendigando recuperaba el atributo desaforado de la juventud; equivalía a sentir la energía del cuerpo empujándolo hacia otro cuerpo irreal. Un matemático mendigando planos, rió pausadamente, mundos paralelos. Sí, el cuerpo le resultaba incontrolable, ilimitado, una atrocidad irreparable, una cicatriz cada vez más honda. Podía tanto emular a un mendigo como matar. El crimen como una de las bellas artes. Había leído, a pesar

de no apreciar ningún tipo de literatura, a De Quincey. ¿O lo imaginaba? No importaba, todos los escritores en el fondo eran desprendimientos de la imaginación perversa de algunos lectores. Un crimen bien planeado podía desencadenar una obra de arte. Necesitaba un plan para evitar equívocos: nada tan fácil para un extranjero como pergeñar un crimen en Estambul. Primero que nada, debía levantarse.

Imaginó, los ojos bien cerrados y las rodillas plegadas contra el pecho y el sudor helado, puntilloso, bajándole por el rostro atormentado hasta el cuello:

Se incorpora, emprolija su ropa y camina sin rumbo. El calor cede y corre un viento templado y verdoso. En una calle, resuelto y sin nerviosidad, detiene un taxi y le ordena ir hasta la Iglesia San Estaban de los Búlgaros, en Fener. El coche baja por las calles concurridas de Taksim. El cielo se nubla y las nubes verdes como el espesor de un río, arrojan una luz veteada, de diamante. Cruzan un puente, el auto va lerdo y destartalado, las bocinas, delante y detrás, persisten. Van paralelos a la costa y el coche ahora toma velocidad y él apenas puede apoyar la mirada en los paisajes blandos y en un tumulto de gente y autos detenidos en torno a un accidentado. Está tranquilo. Desvía los ojos atentos, agudos, disconformes. El taxi ahora anda despacio y el chofer sonríe con indulgencia. Un accidente, le dice, lo han atropellado, todos los días alguien muere, todos morimos, poco a poco nos agota-

mos, y se detiene frente a la Iglesia y recibe la paga por el viaje. Germán baja y el taxi de inmediato arranca y se aleja. Mira, inmóvil, una columna de humo negro perforando el horizonte reverdecido. Luego camina. Los colores del cielo, vertiginosos y planos, parecen a punto de ceder y dejar a la vista la luz blanca, la claridad cegadora, la carne del cielo. Cruza y aborda una calle angosta; apresura el paso y sube al cordón porque siente la presencia de un auto a sus espaldas. No hay sonidos; la tranquilidad es sinuosa, desbordada. Sigue cuesta arriba y después de detenerse a observar una esquina, decide internarse en la primera entrada. Olor precario a excrementos; maraña de moscas azules girando pausadas en torno a una montaña de basura. Llega al patio lacio y gris y choca con algunos rostros familiares y borrosos, como si sobre ellos se impusiera una capa lechosa de niebla. Los evita y se introduce en el hueco de la escalera para descansar; se apoya contra un muro y siente que la necesidad insatisfecha de respirar lo ahoga; el aire es seco, insuficiente, y rezuma en sus pulmones un cansancio abrumador. Piensa en ella e intenta reanimarse. Sube despacio la escalera; luego atraviesa un pasillo y se detiene ante la puerta del vecino difunto, que sigue abierta. Entra. El desorden es el mismo. Llega hasta la ventana sorteando restos de comida, animales improbables y ropa. En la habitación de enfrente, otra vez, Maryam y Akbar están desnudos y casi pegados. Aunque no logra discernir bien las siluetas, tiene la impresión de que ella tiene una mano entre las pier-

nas de su padre y la frota, gradual, paciente. Él se apresura a revisar la cocina y en unos cajones halla un cuchillo que esconde bajo el pantalón. Sale y resuena, como una señal, el aullido entrecortado de algún gato que ha pisado.

Frente a la puerta de Maryam toma impulso y arremete con todo el peso de su cuerpo una, dos, tres veces. El pestillo cede y la puerta golpea contra un muro. Él entra, desconcertado e imponente. Mira hacia un lado: la mesa y las sillas y más allá la ventana que transparenta la mirada de un niño sin cuerpo en el edificio contiguo. Esquiva la presencia inoportuna de esos ojos y avanza a través del corredor. Empuja una puerta entornada y se adelanta unos pasos en la escena. Enseguida Maryam lo mira, desnuda, la árida piel blanca y la entrepierna exuberante que exhala un vaho untuoso; lo observa, sí, con piedad y desamparo, y moviendo la cabeza le señala el corto miembro erguido que acaricia. A medida que el sexo se pierde en las manos, sus ojos se cierran agobiados y los olores se tornan más profusos y tibios. Germán acerca la mano a la cintura, empuña el cuchillo y con vehemencia empuja cuatro estocadas en el cuerpo de Maryam, que apenas se resiste y cae de espaldas, la boca entreabierta y temblorosa en el cuerpo sin vida. Hay heridas en su pecho, en su rostro hundido y espectral, en la espalda igual a una vieja raíz, pero ella no sangra: se ha entregado a la muerte con una pulcritud más evidente que la santidad.

Akbar sigue de pie; con las manos inofensivas se aprieta el sexo y empieza a hablar en su lengua secreta. Germán

lo mira, indeciso, el puñal preparado en la mano. El anciano declama con un timbre cada vez más alto; las palabras se suceden, masticadas y pastosas, y de pronto, como conmovido por la visión de su hija muerta, empieza a sangrar. La voz crece y Germán retrocede con pasos cortos. Akbar recoge a Maryam y la acuesta sobre sus piernas huesudas y claras, casi sin carne, y la acaricia con lentas manos de padre dolorido. Germán se vuelve hacia la salida y permanece de espaldas a la escena. Escucha un sollozo ritual, suelta el cuchillo y se aleja, firme, como si el asesinato lo hubiera colmado de certezas.

XVII

Penetrante y sola, declinaba la luz del atardecer. Germán abrió los ojos y miró a un oficial que tiraba de la manga de su camisa. Por un momento supuso que lo buscaban por el crimen, y se incorporó con dificultad, decidido a entregarse, a confesar todo. Pero el oficial no le preguntó ni le exigió nada al ver su pasaporte, y con la mano le hizo un gesto para que se alejara. Germán caminó, balanceándose; en su cabeza crepitaba el calor de la tarde y el de todo el día que había pasado sentado en la calle, dormido o haciendo planes que se dispersaban en la voracidad del sueño.

Los sonidos eran más indefinidos y espesos; la humedad se acentuaba y en la grietas del horizonte se agolpaba el color macizo y terroso de la noche.

Sin rumbo, buscó una pared y se apoyó sin dejarse caer, porque sumirse otra vez en el sopor era entregarse a un

recalcitrante delirio. Debía mantenerse en pie, no ceder de ningún modo al sueño. Se palpó la cara y no sintió las facciones, sino más bien la tensión floja de una máscara, el vacío, gestos sin espesor... La lengua ya no supuraba el dolor del silencio; sólo percibía en su cuerpo el olor disperso y acre de la fiebre. Tenía que ir hacia lo de Maryam. Bajó por la calles pobladas de Taksim afirmándose en los muros. La ciudad, más laberíntica y difusa, parecía abrirse a medida que sus pasos crecían. En el fondo de la tarde se diluía el cielo copioso, un resplandor evasivo y subyugante cuajado en pliegues y láminas vastas. Más abajo, una parte oscurecida del Bósforo y un puente que no era el Galata, sino el Atatürk, que jamás había cruzado; un puente sólido para una mirada flaca y sin poder de distinción. Se apresuró a descender. Mientras cruzaba el puente veía el agua renegrida ondeando a los costados. La senda era estrecha y cada tanto algunos peatones lo llevaban por delante. Las bocinas y el humo se reproducían y empastaban el aire brillante y endurecido por el calor. Él avanzaba, cada vez más despacio, porque el puente se tornaba interminable y la barra de humo y luz rala que se extendía sobre su superficie borraba el límite del horizonte. Sólo percibía, debajo suyo, la oscuridad brusca del agua, el efecto terso y quebradizo que en su volumen dejaban los barcos. Se detuvo, empapado y frío. Hurgó en la niebla con la mirada, y a lo lejos, en manchas que se desprendían del atardecer, intuyó la zona de Fener. Adujo en algún lado la presencia de Maryam y Akbar; estaban allí,

en la casa, dormidos. Lo supo. En la casa dormida bajo el peso sobrenatural del atardecer. Él, Germán, sediento, necesitaba una franja sombra, un pedazo desmoronado de tarde... Un árbol, un árbol doloroso como un hermano. O un cuerpo, al menos uno. Un espacio elemental, impenetrable.

Reanudó la marcha y tuvo la impresión de que el puente era interminable porque estaba incompleto. La luz lo partía y entre la ribera y la mirada de Germán había un trozo ausente. Tenía la impresión de que no llegaría al otro lado, donde sin duda había sombra y frescor. Avanzó. La grieta se alejaba y él se adelantaba, el cuerpo ansioso e incandescente, y de pronto se vio del otro lado de Estambul. El puente, detrás suyo, completo y largo: sin abismo ni sombra. Bordeó la costa unos metros y se parapetó bajo el techo de una parada de autobús. Sintió que el calor de su cuerpo se descomprimía; la visión se volvía nítida y el paisaje más límpido y concentrado. En lo alto de una colina, la mezquita de Fatih; más a la izquierda, la de Suleymaniye. El crepúsculo espumoso, desgarrándose sobre los minaretes, parecía inagotable. ¿Dónde o cuándo caería el anochecer? La tarde se había paralizado. O su mirada se había suspendido en la tarde y ya no había sonidos y ya nadie se movía a su lado y ni siquiera intuía en sí la gravedad del pensamiento. Lento, se fue desmoronando.

Una hora después lo despertaron unos niños que no tenían sobre quién ejercitar su escueta maldad. Mientras

la madre los reprendía, Germán se incorporó, somnoliento, y distinguió un grupo de autobuses detenidos a pocos metros. La madre y los niños subieron a uno de ellos, y él, con más ánimo que fuerza, los siguió y preguntó a duras penas:

—¿Fener?

El conductor, un hombre de facciones exaltadas y ojos preocupados, asintió con la cabeza mientras algunos pasajeros reían. A un lado un boletero que parecía dormitar le cobró el pasaje. Germán se abrió paso hasta la puerta trasera entre cuerpos uniformes y oscuros, gestos agobiados e interrumpidos por una luz sombría que apenas traspasaba las ventanas polvorientas. Las miradas tensas lo estremecían. Percibía el olor a sudor en los torsos, en la piel atezada y soberbia de los rostros y en las ropas rancias; percibía las voces y las bocas desdentadas que se abrían y se cerraban rítmicamente dejando un ruido ronco. Las mujeres, gruesas y de vestidos holgados, miraban con pudor y cierto regocijo más próximo a un placer íntimo y vedado que a la mordacidad de los hombres; iban sentadas y eran un grupo numeroso, escrupulosamente callado. Los hombres, con boinas y barbas crecidas, estaban de pie, gesticulaban, algunos señalaban disimuladamente al extranjero para luego esbozar risitas que se extinguían cuando las miradas se cruzaban y Germán, asediado por la incomprensión, denotaba indicios de fastidio. De pronto el autobús se detuvo. Las voces se multiplicaron y una multitud de brazos enérgicos se abalanzó

sobre Germán induciéndolo a bajar. Los rostros fatigosos, que al hablar le parecían desencajados, giraban en torno suyo; las facciones hondas y maduras se sucedían de un modo vertiginoso, alucinante. Entendió, mientras descendía pasmado, que estaba en Fener y que todos, al tanto de su destino, se lo hacían saber con una exaltación religiosa.

Permaneció de pie al borde de la carretera. En el horizonte apagado discernió una barra de humo negro y un hacinamiento de autos y gente. Un accidente, se dijo, otro accidente. Cruzó la calle desierta; todo parecía volver a paralizarse y posponerse en un grosero rasgo onírico. La avenida acababa de ser cortada y a lo lejos discernía el autobús que lo había traído. Las calles de tierra y penumbra se iban poblando de vecinos que comenzaban a salir de sus casas. En los rostros vencidos apenas había silencio, quietud de anochecer. Resonaba el llamado, consolador y lejano, a la última oración del día.

Dobló en una calle familiar y fue cuesta arriba, la visión imprecisa, otra vez, porque el movimiento, como el sol, enturbiaba la percepción, las distancias ajenas e incomprensibles. Entre la hilera de casas se esparcían achatados los restos del atardecer. Las sombras, más cabales, se iban ensanchando sobre las fachadas que perdían los colores diversos y cobraban un tono equilibrado y opaco. Sólo en las esquinas algunos faroles alumbraban los muros raídos, las ventanas descubiertas, y llenaban de brillo los charcos desgarrados en la oscuridad. En los

balcones algunas mujeres recogían la ropa y paseaban los ojos por el extranjero que se balanceaba en la calle y se apoyaba en los muros y devolvía con desprecio las miradas. Los perros, húmedos y malolientes, iban tras él similares a buitres; lo olfateaban, le cerraban el paso cruzando sus lomos macizos y de pelambre rala. Germán torcía el paso, cambiaba el rumbo para evitar la jauría, pero ya no sabía dónde estaba; lo desorientaba, más que la inoperancia de su percepción, la certeza de no conocer ningún camino, la posibilidad de que en realidad no existiera ninguno. ¿Por dónde? ¿Hacia dónde? Los perros le lamían los pies, y mientras más se empeñaban en estorbarlo adquirían un perfil más trágico y por ello más humano. ¿Podía reconocer la casa de Maryam si la cruzaba? No alcanzaba a diferenciar las fachadas; parecían unidas al cielo, que en ese anochecer ensañado y gris bajaba plano hasta las terrazas y se diluía sobre los muros desabridos. Al ver los torsos desnudos y terrosos de algunos niños que lo seguían por curiosidad, al respirar la presencia de los perros empecinados, al intuir las casas indefinidas y sin sonido, Germán tenía la impresión de que recorría los escombros de una ciudad bombardeada. Todo se esfumaba y volvía bajo otra apariencia; todo, excepto los perros acechosos que empezaban a desesperarlo y a morder su desamparo. El viento ondulante y espaciado difundía un lamento apenas audible. De los caminantes —o de sus miradas— se desprendía un aliento que él no llegaba a explicarse y que oscilaba entre la clemencia

y la provocación. Nubes abultadas se extendían sobre el anochecer, y la profundidad arrinconada del horizonte ya no delataba un cielo estrellado sino un vacío chato, fijo, igual a un pozo.

En una esquina, bajo la luz de un farol, se detuvo. La jauría permaneció a su lado, quieta porque el resplandor la apaciguaba. La oscuridad, en cambio, exacerbaba el hambre y la sed, y la penuria se hacía insoportable. Consideró la posibilidad de azuzarlos, pero desvió la mirada y creyó distinguir el edificio de Maryam: una alternativa inesperada. Se apresuró a entrar. Los perros permanecieron mansos, embozados en la luz, como si comprendieran.

Una vez adentro, sintió un alivio que le pareció escandaloso. ¿Por qué temer el desamparo de los perros? ¿Por qué tanto pudor para azuzarlos si al fin y al cabo eran sólo bestias que no reflexionaban ante el miedo? Atravesó veloz un pasillo en el cual las sombras se mecían iguales a telas empapadas y le rozaban el rostro. Ya casi no veía; discernía contornos gruesos y la textura nudosa de algunos olores añejos. En un patio, un grupo de señoras formó una ronda al percibir la presencia del intruso. Más allá, contra los muros, se agolparon niños sigilosos y de un misterio provocativo, casi femenino. Un hueco, en el fondo, denunciaba la presencia de la escalera. Debía estar en el sitio correcto... Fue hacia allí, evitando chocar con alguna de esas presencias que por insondables le parecían riesgosas, y ascendió mientras los niños, detrás, persistían en su juego y murmuraban sin subir.

La oscuridad era seca, áspera. Germán trepaba por la parte más ancha de los escalones de cemento, tanteando los muros que al roce despedían el sonido de una respiración agotada. La escalera parecía interminable; flotaba un olor maduro, a fermentación, y el aire tirante no corría y no se percibían ventanas ni resquicios de luz. Subió varios pisos hasta cansarse. A su lado pasó una silueta escurridiza que se deshizo en la boca de un corredor. La escena era borrosa, ya no por la incertidumbre sino por la oscuridad desplegada, impenetrable. Transitó, despacio, ese pasillo húmedo y de techos altos. A los lados percibió puertas que filtraban algunas voces inseguras y risas tercas como arcadas; en el fondo, gritos femeninos, el ruido macizo de objetos que rebotaban contra las paredes, luego una voz de hombre, furiosa pero no alta, y otra voz femenina, distinta a la anterior, que parecía celebrar el enfrentamiento con frases graves. Dos mujeres y un hombre, sin duda... ¿O tres mujeres, una con voz gruesa? Germán se apoyó contra la puerta para escuchar. Ya no caían objetos; ahora se oía una voz apaciguada y desenvuelta, que cada tanto se interrumpía para dejar paso a una risa extravagante, ebria, que parecía instigada por una presencia masculina. Sin duda entre ellas debía haber un hombre, pues las mujeres, solas, reían de un modo más falso y enternecido.

Una puerta se abrió a sus espaldas y por un instante un hilo de luz cortó la oscuridad del pasillo. Alguien salió. Pudo discernir a un individuo pequeño, de barba larga y

fez, que caminaba balanceándose con las piernas demasiado abiertas. Fue tras él, escaleras abajo, pero lo perdió de vista: no se escuchaba ni el sonido de pasos ni el de una respiración contenida. Nada. Continuó bajando hasta dar con otro pasillo, menos sombrío gracias a la luz coagulada de la luna que se colaba por un ventanal descubierto. Caminó y percibió ruidos diversos y discontinuos detrás de las puertas: conversaciones tenues que insinuaban habitantes acostumbrados al sosiego; el sonido desprolijo y visceral de las familias, expuesto en el llanto de algunos niños y en la impaciencia cruel de las madres. En el fondo del corredor el llanto de uno fue tan intenso y repentino que Germán tuvo la impresión de que los niños estaban en el pasillo y acababa de pisar a alguno. Se alejó con cuidado, deslizándose contra un muro, el llanto aún resonando, estirado como una invocación. Alcanzó la escalera y descendió temblando; el sudor incesante le empapaba el rostro y le bajaba desde la frente hasta el pecho.

Otra planta: ¿la primera o la última? Cerró las manos y las sintió hinchadas, toscas, y comenzó a respirar sin pausa. Se detuvo frente a la primera puerta del corredor; se arrimó a la cerradura para espiar y se topó con un ojo grueso y masculino, el iris amarillo y surcado de estrías rojas, que ensayaba la misma curiosidad inocente. Retrocedió y sintió sobre sí el peso de esa mirada incompleta; hasta creyó percibir la respiración trabajosa e invitadora del desconocido. Se adentró unos metros en

el pasillo para evadir la mirada y se apoyó contra otra puerta: música árabe y los aplausos intermitentes de una sola persona. Giró la cabeza hacia otro lado y percibió una luz vaga que apenas se desparramaba en el pasillo. Había una puerta abierta. Dudó entre abandonar la música árabe e ir hacia ese apartamento, o permanecer allí y esperar algo. Se deslizó hacia la puerta abierta, porque tuvo la premonición de que podía ser la casa del anciano difunto. Entró y en la habitación inmediata observó un velador volteado en el suelo que difundía una luz débil; al lado, un hombre vestido que dormía roncando con la boca abierta; más allá, dos gatos amenazantes erguidos sobre una mesa. Recordó a Pietro, su sueño falso, la oscuridad afligida que compartían y que no difería de esa claridad estéril que flotaba en torno suyo. Retrocedió, convencido de que Maryam estaba en el apartamento contiguo. Salió al pasillo, tomó impulso y se arrojó sin éxito contra una puerta. Repitió la maniobra, cada vez más obstinado, hasta que alguien abrió y Germán aprovechó para escurrirse adentro... En un sillón miraban televisión dos niños, una anciana, una madre y un padre, que se alarmaron al percibir su rostro descompuesto, los sonidos guturales que emitía mientras con la mirada amenazante buscaba a Maryam. Hubo gritos y el padre se puso de pie; algunos vecinos acudieron y comenzaron a llegar otros hombres, que junto al inquilino, vociferaban injurias hacia el intruso. Lo sacaron al pasillo, donde lo aporrearon con las palmas abiertas y sin dejar de insultarlo. Germán in-

tentaba encaminarse hacia la escalera mientras los golpes, continuos y cortos, le rebotaban en la espalda y en la nuca. Empezó a sentirse mareado y pensó en esas manos porfiadas en lo oscuro de un corredor: ¡qué indecencia, qué prematura y precaria era la relación que tenían con su cuerpo! Tuvo la impresión de que el castigo, además de injusto, era lujurioso, impredecible y eterno como Dios. Alguien lo empujó; hubo gritos de algarabía y él rodó escaleras abajo. Al advertir que el grupo bajaba insatisfecho, se incorporó aferrándose a la balaustrada. Se palpó la frente lastimada; un hilo de sangre le surcaba la sien y los pómulos y exageraba esa mezcla de mareo e incomprensión que lo abrumaba y se transformaba en la única forma de discernimiento. Poseído por un inexplicable instinto de supervivencia, salió al patio y tambaleó, incapaz de temor, de desesperación y de coraje. Detrás sintió risas cada más poderosas y cercanas; delante, los niños, inmóviles contra los muros, un inusitado temor en sus ojos grandes y esponjosos. Las sombras derrumbadas y ardientes, alrededor.

El racimo de manos nerviosas y toscas otra vez alcanzó el cuerpo del intruso. Lo tomaron de la ropa y sin golpearlo, casi enternecidos por la brutalidad, lo arrastraron, humillado, hasta la salida. Luego lo arrojaron sobre un charco.

Enseguida Germán se arrastró hacia un muro contra el cual apoyó la cabeza para recuperar el aliento. Miró la calle tendida, interminable; la bruma goteando, gruesa,

trozos inciertos de blancura; el mismo cielo vacío similar a un pozo; el polvo como espinas horadando el aire; algunos cuerpos que se esfuman en la niebla y arrastran la presencia dañada de algo femenino y secreto. Recuerda a Ileana, su porte juvenil, su piel lisa; a la criatura etérea de pelo largo y mirada dolorida. Percibe Estambul, iluminada por ese aliento negro y viscoso que domina el cielo. La tormenta. La tormenta agria, consoladora. ¿Ya nadie la recuerda? La tormenta, repite como si repitiera un nombre, y una sonrisa amarga se abre en su rostro socavado por la fiebre. El viento sacude el farol suspendido por cables en la altura; la luz se balancea y parece raspar el piso calcinado de tierra y las fachadas bajas de colores cada vez más inseguros. Falta poco para regresar, se dice. Poco. Con la mirada repasa la escena y a unos metros percibe los perros, quietos, los ojos codiciosos, fuertes como huesos, ligados a su cuerpo. Esperan, la respiración entrecortada, la niebla subiendo desde sus hocicos lastimados. El farol se balancea. Los haces de luz son más tirantes y giran y de pronto flaquean. Germán siente una mano suave y seca que busca la suya y la aprieta con compasión, con un dolor fraternal.

Esta edición de mil ejemplares de
Tierra de vigilia
de Oliverio Coelho
se terminó de imprimir en los
talleres de Edigraf S.A.,
Delgado 834, Buenos Aires,
República Argentina,
en el mes de septiembre
del año dos mil

En medio de un viaje a la alucinante Estambul contemporánea, desfilan sueños, olores, paisajes ambiguos y personajes de acogedora extravagancia. Todo tiende a elucidar las hebras de una trama oculta que se cierra sobre un solitario matemático. Entonces la duda, la desesperación, el remordimiento, la evocación desmesurada desatan el ritmo de una narración de pronto demorada, de pronto poética y ambiciosa, que el autor logra proyectando la ciudad y sus habitantes desgarrados sobre el interior de un hombre que se desliza con el lector hacia un final insospechado.